

DIOS Y PÁTRIA

POR

VICTORIANO PARADÍS PÉREZ

Redactor de

LA INTEGRIDAD

PERIÓDICO DE TUY

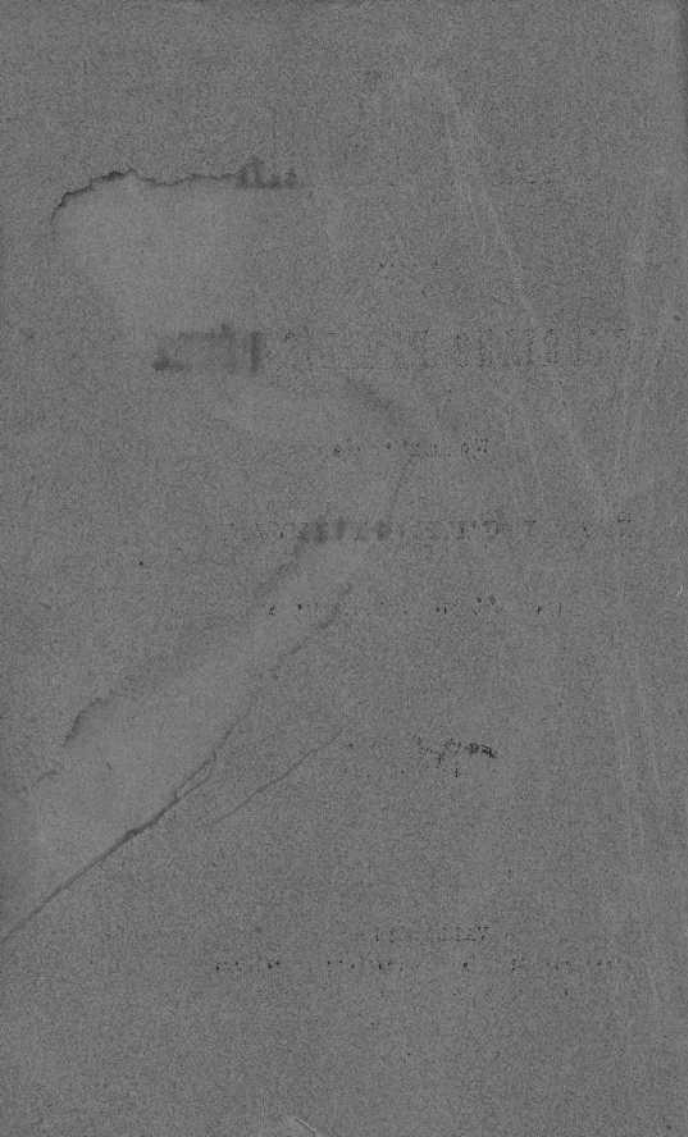


VALLADOLID:

IMPRENTA, LIBRERÍA, HELIOGRAFÍA Y FOTOGRAFADOS
DE JOSÉ MANUEL DE LA CUESTA
Cantarranas, núms. 38 y 40

1896

G 35284



DIOS Y PÁTRIA

POR

VICTORIANO PARADÍS PÉREZ

Redactor de

LA INTEGRIDAD

PERIÓDICO DE TUY



VALLADOLID;

IMPRESA. LIBRERÍA, HELIOGRAFÍA Y FOTOGRAFADOS

DE JOSÉ MANUEL DE LA CUESTA

Cantarranas, núms. 38 y 40

1896

h. 145058
C - 1186891



R.13295

A mis Hermanos

Fr. Casto B. Paradís Pérez,

DEL ORDEN DE PREDICADORES Y

Sor Amelia de la Purificación Paradís Pérez,

HERMANITA DE LOS POBRES ANCIANOS DESAMPARADOS



HACE ocho meses me trasladaron á esta villa de la Guardia, situada en el extremo más occidental de Galicia en la desembocadura del Miño.

Culpareis con razón mi silencio; creereis me olvidé de vosotros. No podreis saber las razones que me obligaron á aislarme de vosotros por tanto tiempo, si yo no las manifiesto.

Sería crueldad imperdonable haceros sufrir por mi causa. Quise evitaros un disgusto; procuré que mi silencio os mantuviera ignorantes de mis infortunios, para que el recuerdo de las aflicciones de este hermano no turbase vuestro reposo y la envidiable paz del claustro que disfrutais.

No me olvido de vosotros, no: al publicar este librito me acordé de la analogía que hay

entre nosotros. La santa pobreza es en mí, no la consecuencia de un voto, como en vosotros, sino el efecto de mi crítica situación. La obediencia me hace amable el destierro, la ausencia de la familia, el alejamiento de mis amigos y conocidos. ¡Nunca creí que la obediencia encerraba tantas dulzuras! ¿No es verdad que al obedecer cumplimos la voluntad de Dios? No es cierto que Dios siempre es un padre amoroso? Vosotros lo sabeis mejor que yo: habeis saboreado mil veces el suavísimo panal de rica miel que se oculta en la tribulación; habeis gustado las dulzuras de la cruz y os será familiar el gozo que se experimenta al sufrir con santa resignación.

Titulé este libro que os dedico Dios y PÁTRIA, porque esos fueron los móviles que me impulsaron á trabajar en la prensa. Algunos querían que lo bautizase con el nombre de *Mi proceso, Un premio y un castigo, Frutos de la franqueza* y otros titulos ambíguos, poco inteligibles para la mayoría y expuestos á comentarios desfavorables.

El libro nada tiene de novedad; está formado por los artículos que publiqué en el periódico católico de Tuy *La Integridad*, que vé la

luz pública con censura eclesiástica y beneplácito de todos los buenos católicos y españoles.

Forman la presente colección todos los publicados por mí en dicho periódico desde la muerte del inolvidable Obispo tudense señor Húe y Gutierrez, Marzo del 93, hasta el 14 de Octubre pasado, desde cuya fecha dejé de pertenecer á la redacción de *La Integridad* y me hallo en esta villa.

Conforme se escribieron y publicaron esos artículos, á vuela pluma, sin leer muchas veces, sin corregir casi siempre, así os los envío reimpresos.

Como no busco aplausos, ni pretendo se me tenga por literato, dejo ir las mismas incorrecciones, las faltas de estilo, las repeticiones, las frases sin limar, los conceptos incompletos unos, resobados otros, tal cual vieron la luz por vez primera, así se reproducen.

No quise que ningún amigo pusiese un prólogo á mi trabajo, para que no se creyese que me arrimaba á buen árbol para que buena sombra me cobijase. Entre mis antiguos compañeros no faltaría quien me lo escribiese con aquel primor de estilo, con aquella majestad

con que saben manejar el habla castellana. La amistad y compañerismo le haría decir alguna mentira ó ver algo de literatura en donde no hay más que *carpintería* literaria.

Esos fueron mis trabajos en la prensa, sin contar con aquel otro penosísimo y constante que pesó sobre mí durante ocho años seguidos. En este trabajo no creo haber emitido una idea que no pueda ratificarme en ella.

Fr. Casto, á tus oídos llegarían tal vez los rumores propalados por la maledicencia, y creerías que tu hermano escribía en un periódico anarquista ó cuando menos era un demagogo terrible. Para que te enteres publico *Nuestra bandera*, —único que no escribí— que fué siempre nuestra norma de conducta y escrito por aquel gallego ilustre, que allá en la América del Sur tan alto puso el nombre de Galicia escribiendo y dirigiendo el periódico católico *La Nación*.

Sor Amelia, lee esas líneas, y si en ellas ves algo indigno del santo lema de DIOS Y PÁTRIA, rasga el libro y maldice á tu hermano.

Hermanos míos: si me creéis inocente, si os figurais hallarnos en aquellos tiempos en que los cristianos eran depuestos de sus

empleos, acusados ante los tribunales, perseguidos como enemigos de los Césares, desterrados al Quersoneso, reducidos á la miseria de la cárcel ó llevados al Circo, por amor á Cristo, entónces elevad vuestras puras oraciones al Dios de la misericordia, para que no me falte la resignación cristiana.

La tranquilidad de la conciencia y las oraciones de los buenos, son los consuelos que, recibimos los defensores de *Dios y Pátria*.

En mis angustias me conforta la esperanza de hallar en el cielo la recompensa de mis fatigas. Arriba nos espera nuestra madre, que nos llama y nos bendice; vuestro hermano que os ama en J. M. y J.

Victoriano Paradis Pérez.

La Guardia (Pontevedra) Mayo de 1896.





NUESTRA BANDERA.



REPETIDAS veces hemos explicado las palabras del lema que sustentamos: *Dios y la Pátria.*

Sin embargo muchos afectan no entenderlas ó tal vez sea verdad que no alcanzaron el significado de ellas.

Apesar de nuestras terminantes afirmaciones, nuestros enemigos nos motejan con nombres que rechazamos y que no entran en el credo de la comunión á que pertenecemos.

Por eso creemos conveniente insistir en el tema tantas veces traído á estas columnas: *Dios y la Pátria.*

No venimos de ningún partido militante ni seguimos ninguna bandera política, más ó menos ligada con los intereses de los bandos

que actualmente, y con encarnizamiento, se disputan la posesión del poder.

Nuestros ideales son más altos que los ideales de las menguadas fracciones políticas que aspiran al gobierno de la nación.

Y sin embargo somos políticos, porque la política está completamente ligada con la religión. Somos políticos, pero subordinando siempre la política á la causa religiosa.

No somos políticos de este ó del otro bando; somos políticos cristianos que aspiramos á cristianizar el gobierno de los Estados, porque los Estados deben obedecer á Cristo y seguir las banderas de Cristo.

En este sentido somos políticos; en cuanto que no queremos una política divorciada del Evangelio.

El Evangelio se predicó á las naciones lo mismo que á los individuos, y es absurdo creer que pueden ser las naciones ateas, indiferentes, protestantes, no pudiendo serlo los individuos ni en su vida pública ni en su vida privada.

Dios, en nuestro credo, quiere decir que las instituciones, las leyes, todo cuanto constituye la máquina de los poderes públicos, deben estar informados por el Evangelio, que es salud y vida para todos.

Dios, en nuestra bandera, quiere decir que la ley santa del Señor debe dominar todas las leyes, y bajo ella han de caminar todos los pueblos.

Dios, quiere decir que es el Rey de los Reyes y el Señor de los Señores.

Dios, quiere decir que la Iglesia tiene derecho á enseñar independientemente de las ligaduras del Estado, y que entre éste y aquélla ha de haber armonía, legislando ambos poderes con autoridad soberana, cada cual en su esfera y dentro de sus propios límites.

Dios, quiere decir que el Estado no tiene derecho á ser ateo ni á dictar leyes incompatibles con la profesión de cristianos y contrarias á las leyes de la Iglesia.

La *Pátria*, en nuestro lema, significa nuestras tradiciones, nuestras grandezas, nuestras glorias en las ciencias, en las artes, en la milicia.

La *Pátria*, en nuestro programa, representa todos nuestros amores, el hogar, la familia, el suelo bendito, la tierra regada por nuestros sudores, el templo en que oraron nuestros padres, el cementerio que cobija sus cenizas y recibirá nuestros despojos.

La *Pátria*, es la gran familia española, grande, venturosa, respetada, robusta, llena de

fé y de ardor, como en los siglos en que representaba la civilización, el valor y la gloria entre todas las naciones de la tierra.

Esto somos y esto queremos, solos ó acompañados, sin respetos ni humillaciones, sin miedos cobardes ni arrogancias soberbias.

Respetamos todas las formas, cuando sostienen y alientan esos dos sublimes ideales; los combatimos cuando los persiguen.

No seguimos á ningún jefe por espíritu de bandería, sinó en cuanto está á nuestro lado y trabaja con nosotros por la gloria de Dios y la ventura de la Pátria.

Dejamos á todos desembarazado el camino para implantar estas ó las otras instituciones sociales, siempre que no toquen á esos dos objetos sagrados: la *Religión y la Pátria*.

Cristo en todo, dominando con su ley santa el corazón de las sociedades y el corazón de los hombres: *Omnia et omnibus Christus*; Cristo en la Pátria, Cristo en el hogar, Cristo en la vida pública y en la vida privada; ese es nuestro programa, que sintetiza y compendia el título de nuestro periódico, el título de LA INTEGRIDAD.

Amamos la Monarquía, porque es símbolo de nuestras glorias nacionales; porque bajo el estandarte real pelearon nuestros padres y

llevaron la religión, la lengua y las leyes católicas hasta los confines del mundo.

Amamos aquella monarquía que, después de reconquistar el suelo de la patria del poder de los moros, ganó para España innumerables provincias y puso bajo su cetro todo un vastísimo continente.

Pero no queremos ligar á ninguna forma el triunfo de la verdad católica, porque el estandarte de Cristo, puede flotar lo mismo en medio de las repúblicas que en medio de las monarquías y cobija igualmente á unas y á otras.

Dejamos libre el campo á las especulaciones y á las disputas acerca de las formas en el gobernar, inclinándonos no obstante, de parte de los que prefieren una monarquía cristiana, un rey católico, á estilo de los Recaredos y Pelayos, de los Fernandos é Isabeles.

Firmeza en lo dógmatico, intransigencia en lo definido, libertad en lo que Dios entregó á las contiendas de los hombres, tal es nuestra bandera, limpia, pura, inmaculada, que desplegamos desde el primer día de nuestra aparición en el palenque de la prensa periódica, que continuaremos tremolando con valor y constancia enfrente de enemigos francos ó de enemigos solapados, de todos los que nos combaten ó

por espíritu de secta ó por prevenciones injustificadas ó por pasión ó por odio, ya por personal antipatía, ya por miedo á las ideas que sustentamos.

Levantamos en nuestras manos la bandera que entregó el Pontífice reinante á los periodistas católicos, secundamos su pensamiento, y unidos á la Cátedra de la verdad y bajo la dirección de nuestros prelados, á quienes estamos prontos á obedecer sin reparos, reñimos las batallas de la Cruz y las batallas del honor, ó solos ó con ayuda, que no contamos los enemigos cuando marchamos á la guerra en nombre del Señor.

¿Nos llaman integristas?

Lo somos en el sentido explicado.

¿Nos llaman intransigentes?

No transigimos con el error; nos conciliamos con cualquier sistema que proclame á Dios y á la Pátria.

¿Nos llaman nocedalinos?

No admitimos ese apellido sinó en encunto Nocedal esté á nuestro lado, sostenga los mismos ideales y despliegue la misma bandera que nosotros desplegamos. Nosotros tenemos un jefe que es el Papa, varios caudillos, que son los obispos. Con este jefe y con estos caudillos admitimos cualquier apodo, y contra

estos jefes y caudillos rechazamos todos y cualesquiera motes.

Integristas en cuanto somos católicos sin distingos.

Nocedalinos en cuanto Nocedal esté á las órdenes del Papa, soldado de fila con más bríos tal vez, con más talento, con más elocuencia, no con más entusiasmo ni más decisión que los redactores de LA INTEGRIDAD.

¿Hay un carlista que proclamando al *Rey*, defiende también á *Dios* y á la *Pátria*?

Ese es nuestro amigo.

¿Hay un republicano que enamorado de la república defiende á *Dios* y á la *Pátria*?

Ese es nuestro amigo.

¿Hay un silvelista que desentendiéndose de los errores doctrinarios de Cánovas y de Sagasta, procura rodear el trono de D.^a Cristina con los prestigios del orden, de la moralidad, del respeto á la religión y á las leyes tradicionales del país?

Ese es nuestro amigo.

¿Hay un conservador ó un sagastino (¡por ventura posibles!) que anatematizando los odios africanos de estos dos partidos contra las enseñanzas y las obras de la iglesia, jura implantar en el Gobierno un criterio católico, un procedimiento católico, un régimen católico,

derogando constitución y leyes en cuanto ellas se oponen á la unidad de la fé y á la independencia y libertad de la iglesia española?

Esos son nuestros amigos.

Nuestra bandera, pues, es la más amplia de cuantas tremolan en la lid diaria de la política y flotan al frente de las fracciones de los partidos.

¿De dónde, pues, el odio, la saña que nos profesan los políticos y aún muchos que se adornan con el título de católicos?

¿De dónde procede la persecución incesante, cruel, con que nos afligen á diario?

Sin duda, de la misma bondad de nuestra causa. Todas las obras buenas han sido perseguidas según el vaticinio de Cristo: *Si me persequuti sunt et vos persequentur.*

Todas las propagandas católicas han tenido detractores y calumniadores, que han procurado desfigurar, bien la intención de los que las secundan, bien á los hombres que las sustentan.

¿Y será esto un motivo para el desfallecimiento y el cansancio?

Este desfallecimiento se asemejaría á una cobardía y esta cobardía á una traición.

¡No queremos ser jamás traidores á la causa de la verdad!

A. C.



Ante su cadáver.



EL sol cuando se oculta deja tras sí los rastros de sus esfluvios y sus resplandores iluminan algunos instantes la atmósfera antes de envolverla la noche en sus tinieblas.

Al separarse el alma del cuerpo, cuando la materia se corrompe, permanece en ella, aunque sea por breves momentos, la huella del espíritu que la animó.

La rigidez cadavérica, el helado soplo de la muerte, no borró de aquel semblante las suaves líneas que reflejaban la bondad, ni destruyó en su rostro la majestad llena de dulzura, que revelaban maravillosamente al Pastor y al Pontífice.

Aquellas manos, pálidas con el tinte marmoreo de la muerte, eran las que bendecían

á sus hijos, las que se alzaban ante el Sagra-rio y como las del caudillo de Israel suspedían la cólera de un Dios airado por nuestras prevaricaciones.

Manos que empuñasteis varonilmente el cayado pastoral, manos que me habeis ungido, manos que sosteniais al débil contra el poderoso, que erais la mano de la providencia y de la caridad para los desvalidos tudenses recibid al pobre tributo que os ofrece un pecho bien nacido. ¡Una lágrima!

El tributo de las lágrimas no envilece al que las derrama. Jesús santificó el llanto cuando derramó lágrimas ante el sepulcro de Lázaro.

Ante un cadáver la indiferencia se conmueve, la gratitud llora, el hijo amante llora y reza. Solo el odio tiene entrañas para ensañarse en los píos despojos de un cadáver. Solo Satán tiene diabólicas sonrisas para celebrar la caída del fuerte de Israel.

El mismo estremecimiento, que sintió mi corazón cuando en momento solemne acercabais esos lábios á mis mejillas de jóven levita, siento ahora cuando acerco á mi boca, que murmura una plegaria, tu mano ungida.

Los hijos que no reverencian á sus padres merecen la maldición divina, merézcala yo si mis lágrimas no son sincera expresión del dolor.

que me embarga, me anonada y hace caer de hinojos ante esa tumba bendita por el cielo y regada con el llanto de tus hijos.

Sepultado, no podrán ver mis ojos ese cadáver, pero mi corazón guarda un sentimiento, mi memoria un recuerdo y mi alma mientras viva, que siempre vivirá, guardará vuestro nombre unido con el de mi santa madre y cuando en mis aflicciones vacile, y cuando el corazón llore gotas de sangre, esos recuerdos dulcísimos endulzaran las amarguras de la existencia, daránme fortaleza para luchar con brío y serán mi égida y escudo.

Cuando en la soledad y retiro contemple la pequeñez del mundo y brote de mis lábios ferviente plegaria, pediré al Eterno brille la luz eterna de la gloria, para mi bendito Pastor y mi querida madre.

Marzo de 1893.





¿NO HA MUERTO?



UESTRO Prelado no ha muerto, vive, la grandeza no muere, la majestad no muere, la inteligencia no muere.

El alma es inmortal; ¿que importa que la fiera parca haya segado esa preciosa vida? La descomposición de la materia no rompe los suaves y eternos vínculos de la caridad.

Es impotente la muerte para reducir á polvo lo que nos anima, nos engrandece, nos hace pensar en esa misma inmortalidad, ante cuya valla insuperable retrocede la frialdad del sepulcro para dar libre paso al amor, que franquea esas vallas, remueve las frias cenizas del sepulcro y penetra altivo en los arcanos de la eternidad.

Don Fernando Húe no solo vive esa vida común á los espíritus sino que vive entre nosotros.

Indeleble será su grato recuerdo; vivirá cuanto viva la silla tudense; vivirá cuanto vivan sus perpétuas bondades; vivirá cuanto viva la memoria humana.

En el pecho del tudense se alza un altar y en ese altar se alza una venerable imagen, la bondadosa, la paternal imagen del santo sucesor de Hermoigio, del sábio sucesor de Sandoval, del amante de la justicia cual Ambrosio de Milán.

El perfume de la caridad envuelve en místicas nubes su figura venerable, ante ese altar se quema el incienso de la gratitud. No es innoble el tudense: por sus venas corre sangre hidalga, sangre que sus antepasados derramaron generosamente en Val de Junquera en defensa de la fé, sangre que hace latir á corazones bien nacidos y de nobles sentimientos.

Por eso no muere la memoria del venerable Sr. Hñe; por eso ha de vivir, mientras sobre la haz de la tierra lata un corazón tudense. El recuerdo de los beneficios derramados á manos llenas avivará esta memoria. La bendición de los pobres perpetuará su nombre; el amor de sus fieles le rodeará de eterna corona, cuyas verdes hojas no marchitarán ni el lapso de los tiempos, ni la sucesión de las venideras generaciones. Ese nombre amado, el recuerdo de

ese padre cariñoso, pasará de padres á hijos rodeado de veneración, cariño y respeto. Será el legado que deje esta generación á la posteridad, será un nuevo timbre, que unido al de nuestras glorias tudenses, realzará la dicha de nacer en este bendito suelo fecundado con el sudor apostólico de San Telmo y engrandecido con la gloria del mártir Pelayo.

No ha muerto el que vive y vivirá en la memoria de sus diocesanos, que han visto á su Pastor recorrer solícito y sonriente las asperezas de nuestras montañas, las riberas de nuestros rios y cruzar nuestros inimitables valles Miñor, Louriña y Fragoso, visitando su amada diócesis.

No puede morir aquel que muere en el ósculo del Señor. Hermosa ante los ojos del Altísimo es la muerte de los que desean se disuelvan los lazos de la carne para volar al gozo de Dios.

La fé nos muestra á los justos inundados con la luz eterna de la gloria. Muerte del justo tuvo nuestro amado Padre, que sufrió con heroica resignación los dolores más atroces, que devoró en silencio las amarguras más crueles, que bebió hasta las heces el cáliz repugnante de la ingratitud humana, de la tribulación con que Dios acrisola á sus siervos.

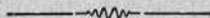
¡Corazón generoso que no rehusaste la contradicción y á ejemplo del divino Pastor te ofreciste en holocausto para salvar á tus extraviados hijos!

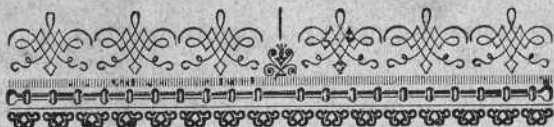
El que ama la justicia, ódia la iniquidad, y tiene su pecho henchido de caridad santa, es inmortal. Todos los amantes de la virtud necesariamente le aman.

Hijos de la fé, amantes de nuestro celoso Pastor, no temais la maledicencia, los ódios del Sanhedrin, los conciliábulos de los fariseos y escribas, la virtud orlará con resplandores inmortales la grata memoria de nuestro Obispo, arrebatado de entre nosotros para ser premiado con las eternas delicias de la gloria.

Christus vincit, Christus regnat. Christus imperat era el blasón de nuestro virtuoso Prelado muerto. Quien se acomodó en su vida á tan cristiano lema, Cristo le hace vencer de sus detractores, reinar en el corazón de sus hijos y gozar de sus venturas eternas.

Marzo de 1893.





RECUERDO



Llanto humedece todavía nuestros ojos y silenciosas lágrimas corren por nuestras mejillas al recordar al Pastor perdido. Parece que fué ayer cuando besamos por vez postrera aquella paternal mano, que tantas veces nos bendijo. La fé nos alienta y repite en nuestra mente aquellas palabras que escuchábamos cuando el dolor embargaba nuestros corazones «No os dejaré huérfanos».

Cayó el caudillo y la bandera del combate pasó enhiesta á manos de su sucesor. En vano batieron palmas y se alegraron los enemigos del santuario, que si el valeroso Matatías abandona el campo del combate, después de atravesar con la espada al representante del soberbio Epifanes, le sucede al frente de la hueste

aguerrida, otro caudillo que no abandonará la grey.

No muere la Iglesia, no mueren sus Pontífices; se retiran del valle de lágrimas para recibir la eterna recompensa. Desde la eternidad velan por su grey y ruegan por sus hijos, que permanecen arma al brazo luchando contra el enemigo común.

La esperanza de la divina protección nos da alientos para seguir las huellas de los santos varones, nuestros progenitores en la fé, nuestros maestros en la doctrina y guía de nuestras costumbres.

El perfume de aquellas virtudes, que durante su vida mortal embalsamó al ambiente que respiramos, vive entre todos, arrastra todavía en pos de sí los pechos hidalgos y bien nacidos. El odio de los malvados sobrevive á su muerte, para que brille más la aureola de su frente.

Los que no respetan la memoria de los muertos no merecen la consideración de los vivos; los que aman las tinieblas necesariamente aborrecen la luz; la luz solo la aborrecen los que obran mal.

La cruz cristiana que cubre el sepulcro simboliza á Dios, que es caridad. Ante esa cruz bendita el creyente se arrodilla, ora y gime,

pero el imitador de Lucifer, ante el signo de nuestra redención blasfema, se yergue y lanza un reto á la Divinidad.

Diré con S. Jerónimo, no muere mal aquél que ejerció con gusto la caridad. El caritativo tiene muchos intercesores; y los ruegos de muchos son oídos.

Roguemos, y no olvidemos de seguir caminando por el sendero que nos traza la venerable figura del Padre muerto y dormido entre los hombres, pero vivo y vigilante entre los ángeles. La eterna luz brille en su frente.

Marzo de 1894.





EL TEMPLO DE MELÓN



DA grima y pone espanto en el corazón ver como el tiempo, la falta de recursos y la indolencia de muchos va concluyendo con nuestras artísticas joyas.

Parece que el soplo devastador de los vándalos volvió en nuestro siglo á hacinar en España y con especialidad en Galicia ruinas y escombros.

Nuestro monumental Osera yace escondido entre los montes próximos á Cea, esperando su completa ruina y desmoronamiento, cuando era honra de España artística restaurar sus preciosos claustros, de sin igual riqueza arquitectónica; y gloria de Galicia evitar que manos pecadoras continúen arrancando maderas, descubriendo techos, vendiendo teja, y abriendo boquetes para que sobrevenga el derrumbamiento.

Pertenece á esa galería de joyas artísticas gallegas, de la que forman parte otros templos y monasterios como San Martín de Compostela, San Clodio y el monasterio de Oya, la iglesia de Melón. Las obras de restauración de este último templo nos pone la pluma en las manos.

Poco tiempo há decía una escritora gallega refiriéndose á este emporio de santos y sábios de nuestros siglos de oro:

«Acabamos de registrar las ruinas y la iglesia vimos en pie aún la gran campana del hogar, en lo que fué cocina, y contemplamos caídos y amontonados los escombros de la torre, derribada hace algún tiempo por el rayo. La iglesia, considerablemente reducida en la restauración que está haciéndose, conserva una bella arquería semicircular de airovas ojivas, que rodea el deambulatorio. En la sacristía aún pueden observarse restos de arquitectura románica. Lo demás pertenece al periodo del Renacimiento, en que estas opulentas comunidades reconstruyeron sus casas».

Hoy, gracias á Dios ya no es una lamentable ruina el célebre templo del famoso monasterio cisterciense de Melón. Hoy el celo de las autoridades eclesiásticas, guardadoras fieles de nuestra fé y de las joyas de arte por esta misma fé inspiradas y construidas en los

siglos de nuestra antigua grandeza, y el generoso desprendimiento de los católicos restituyeron á Melón un templo parroquial de que carecía, á Galicia una de sus glorias y á España artística un preciado monumento, testimonio de sus tiempos de ventura.

Un querido amigo nuestro nos remite una larga descripción de los festejos con que celebraron los vecinos la restauración de su derruido templo, y nos suministra detalles de las obras llevadas á cabo en dicho templo, para evitar su total y completo derrumbamiento. Entre lo mucho bueno que dice al referir las angustiosas peripecias, por que tuvieron que pasar los muchos expedientes formados para solicitar del gobierno la subvención necesaria, y después de describir pintoresca y virilmente la indolencia de los gobiernos liberales, indolentes para todo lo que á la religión atañe, nos suministra los siguientes datos, que con sumo gusto publicamos.

Sentimos no poder insertar íntegras las jugosas notas que hemos recibido. La carencia de espacio nos priva de complacer á los lectores y de cumplir nuestro deseo.

«El edificio de referencia (habla nuestro amigo) además de ser monumento arquitectónico, tiene innegable importancia histórica, y

tanto por estas condiciones como por sus dimensiones verdaderamente grandiosas, y las preciosidades artísticas que atesora, se le tiene por uno de los principales templos parroquiales de la diócesis de Tuy. Por esto sin duda fué declarado monumento artístico provincial (Orense) según consta del Real decreto de 30 de Septiembre de 1887, inserto en la *Gaceta de Madrid*.

Su origen es antiquísimo, habiendo principiado, según se asegura, por una capilla llamada entónces de Santa Fara, y hoy del Santísimo Cristo de la Salud, cuya imágen de la Santa construida de piedra, se ostenta en la actualidad en la fachada de la misma. Andando el tiempo se colocó allí la efigie del Santísimo Cristo, que es una de las mejores que poseía el convento y hoy la iglesia parroquial. Por tradición constante se dice que aquella santa gallega estableció aquí un monasterio de religiosas. Pasado algún tiempo se formó el grandioso templo de hoy, el cual se comunica con dicha capilla por medio de una hermosa puerta de arco.

Dicho templo fué edificándose en diferentes épocas, y se remonta al siglo XIII. De aquí que aparezcan en él estilos distintos, como son el románico, ojival y del renacimiento. Son

verdaderamente notables la preciosidad de sus bóvedas colocadas á soberbia altura, que parecen hechas de filigrana por su trazado y excelente ejecución artística. Es de la misma manera notable el gran abside rodeado de altos y estrechos ventanales ojivales, con la combinación de cristales de diferentes colores y sus grandes columnas redondas coronadas por hermosos capiteles que sostienen dicho abside.

El hermoso deambulatorio con su bella arquería semicircular de airoas ojivas y sus intercaladas capillas, coge en medio al excelente presbiterio y altar mayor que se halla elevado, como el de la Catedral de Santiago.

El magnífico crucero principal con sus delicados arcos al aire, los cuales sirven de apoyo y dividen las dos grandes capillas colaterales, con sus altares é imágenes, todo de piedra; el admirable tejido de bóvedas pasmosamente dibujadas á una soberbia altura central, que se viene destacando primorosamente sobre dichas capillas laterales; la rica nave de entrada principal, con sus diferentes capiteles góticos y lindas bóvedas flamígeras, un coro ó tribuna de mucho mérito, que gusta á simple vista por su gran altura y sorprendente perspectiva, demuestran cuán rica es la cantería del templo.

Es de muchísimo gusto la balaustrada de piedra, cincelada con toda la maestría del arte, que se destaca en el frontispicio».

Desde hace muchos años se observaba que tan notable monumento amenazaba inminente ruina por el Oeste, en donde se alzaba la gran torre.

En 1871 el difunto párroco Sr. Fernandez Reguillo, de grato recuerdo, promovió el oportuno expediente para alcanzar la necesaria subvención para reparar el templo. Este expediente fué hecho sirviéndole de base un luminoso informe dado por el ingeniero Sr. Saréu, y remitido al ministerio de Gracia y Justicia, en el cual quedó sepultado.

Fué necesario apuntalar la torre y la pared, quedando con los maderos inutilizada y cerrada la puerta principal que dá acceso al templo.

Un rayo, que cayó en dicha torre en la madrugada del 2 de Febrero de 1885, causó grandes desperfectos, no solo en la torre, sino también en el resto del templo. Practicado un reconocimiento por el arquitecto diocesano D. Domingo Sesmero, este informó ordenando la inmediata demolición de la torre y fachada principal, prohibiendo la entrada en el templo, para evitar desgracias. En tan ruinoso estado se hallaba la iglesia parroquial de Melón, cuando

el 16 del mismo mes y año sorprendió al vecindario el estruendo causado por el derrumbamiento espontáneo de la torre, fachada y parte de dicho templo.

Aquí comenzó el calvario de los vecinos de Melón que se hallaban sin templo y sin auxilio ministerial para repararlo. La reparación costaría veinticinco mil pesetas, según cálculos del Sr. Sesmero. El expediente segundo corrió igual suerte que el primero. De nada valía acudir el ayuntamiento con razonadas exposiciones, nada se lograba con las promesas de los caciques, ni con las buenas palabras de los diputados por la provincia de Orense.

El párroco actual Sr. Garrido, animado y alentado por sus generosos sentimientos partió para Madrid y no regresó hasta haber alcanzado del ministro de Gracia y Justicia, señor Canalejas, la promesa de resolver favorablemente el expediente, que se hallaba en su departamento. Palabras, como siempre, y las palabras desaparecieron ante el espantajo de las economías proyectadas por el Gobierno y hechas solo en sacratísimos créditos de justicia, y, como en el caso actual, en lo más necesario y perentorio. Todo quedó en tal estado.

Estos contratiempos no desalentaron á los esforzados defensores de la restauración del

derruido templo. Todavía hay fé en Israel, se dijeron; querer es poder. No desmayemos; los obstáculos deben ser acicate que mueva nuestras voluntades, no rémora á nuestros ardientes deseos.

«Afligía sobre modo (continúa nuestro querido amigo) á nuestro Excmo. y Rvmo. señor Obispo, que con tanto celo vela por los intereses de la diócesis tudense, ver desaparecer un monumento tan precioso de arte sagrado, único en su especie existente en el Obispado de Tuy. Amante el Sr. Hñe Gutiérrez de la arqueología sagrada, cuyo estudio hizo obligatorio á los alumnos del Seminario, tomó á pechos la restauración de esta joya artística.

Excitó paternalmente el celo y entusiasmo del párroco de la villa, el diligente D. Juan Garrido Martinez, para que escogitase los medios posibles para llevar á cabo la ansiada restauración. Fué un hecho admirable, que todos aplaudimos, la realización de los deseos del Prelado tan maravillosamente secundados por nuestro celoso abad párroco.

Bajo la dirección del actual arquitecto diocesano Sr. Quintana, se hicieron los planos, y, aprobados por el Sr. Obispo, comenzó la ejecución de las obras de reparación inspeccionadas por el inteligente Sr. Quintana.

Hoy se hallan terminadas estas obras; hoy ya puede decirse que la joya artística de Melón se ha salvado con verdadera actividad, entusiasmo y delicado gusto artístico. Se construyó la fachada principal, de nueva planta, con botareles, respondiendo á la arquitectura y magnificencia del antiguo convento, reducida en sus antiguas dimensiones. La reconstrucción de las bóvedas comprendidas entre la nueva fachada y el crucero exigió un arco chapado nuevo, que enlaza las paredes laterales del primer tramo del referido templo y fortalece poderosamente los grandes machones del crucero superior.

Sobre este arco maestro descansa el nuevo coro que no dudamos calificar de obra de primer orden, tan hermoso como el del monasterio de Osera, llamado el Escorial gallego.

El coro está cerrado por el frente con una balaustrada de piedra labrada con primor y que en nada desmerece de la belleza del templo. La antesacristía fué reconstruida por completo; solo se aprovechó un pedazo de pared. Con majestad y gallardía se alza la nueva torre de estilo románico, en el mismo lugar donde se alzaba la destruida por el rayo. La torre moderna mide unos veintiocho metros de altura. En ella se hizo una hermosa esfera

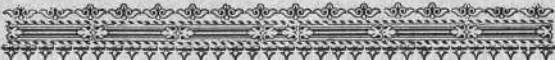
para un reloj y se colocaron tres campanas, de regulares dimensiones y recientemente fundidas, bendecidas y colocadas el once del pasado mes de Diciembre.

Está terminándose un precioso enverjado de hierro que circundará el presbiterio, aislándolo del deambulatorio y del resto del templo. En carpintería son muchos los trabajos hechos, puertas, ventanales, maderas del tejado, escalera y pasamano del coro (estilo del siglo XVII) con dos espaciosos descansos antes de llegar á lo alto. De albañilería no digamos; el techo del coro imitando piedra, la antesacristía y tantas otras menudencias, con que no quiero molestar á Vds.»

Así habla nuestro amigo. Con verdadero placer damos cuenta de la reparación de la monumental iglesia de Melón y desde las columnas de *La Integridad* enviamos nuestro aplauso y parabién á nuestro amadísimo Prelado, restaurador de nuestras glorias artísticas, al infatigable y celoso párroco Sr. Garrido, al arquitecto Sr. Quintana, y al amigo que nos suministró la nota, y á todos les decimos ¡Dios se lo pague!

No desmayen los vigilantes pastores, que Dios les favorecerá y colmará de bendiciones; porque les arde en el pecho el celo por su Santa Casa.

Marzo del 93.



ENTRADA TRIUNFAL



REGOCIJATE, noble y católica ciudad de Tuy. Trueca el luto que llevas por las blancas vestiduras de la alegría. Hoy aparece en tu recinto el enviado del Señor, que trae en su mano paternal el paño que enjugará tus lágrimas, que disipará tus tristezas, ahuyentará las sombras y hará brillar con nuevos resplandores la gloriosa silla de los Adelfios y Hermoigios.

El cayado pastoral lo empuña hoy el continuador de aquellos pontificados, que te honraron grabando en tu historia páginas indelebles llenas de memorables hazañas. Vén, pueblo hidalgo, póstrate ante el ungido de Dios; venera en su persona la divina autoridad de que se halla revestido, préstale pleito homenaje de obediencia, sumisión y amor.

La alegría que se manifiesta en los semblantes de los tudenses los honra, los enaltece,

los sublima, porque es la fiel expresión de sus nobles sentimientos.

Un pueblo que sale al encuentro de su Prelado, que ante él se postra humillado, que anhela su paternal bendición, que se conmueve y derrama lágrimas de júbilo, cuando le vé acercarse y tiene á gran honra besar su anillo pastoral, es un pueblo digno, un pueblo entusiasta, un pueblo católico. Es que ese pueblo conoce su pasado glorioso, lamenta su decadencia actual, y desea un porvenir de ventura.

Los tudenses, amantes de nuestras glorias inmarcesibles, nos alegramos de ver entre nosotros al sábio, virtuoso y celoso Sr. Menéndez Conde que viene á continuar la obra de los Prelados de esta silla. Él simboliza el indomable valor de nuestros antepasados, que supieron morir con gloria en Valdejunquera, capitaneados por S. Hermoigio, antes que recibir el Korán y la servidumbre mahometana.

Él viene á poner término al luto de esta diócesis. No se concluyó la raza de los valientes adalides de Cristo. El pendón de Dios lo levanta en alto Valeriano y contra su apostólica firmeza se estrellarán las asechanzas del infierno y sus secuaces. Si arrecia el peligro ó la nave de la iglesia tudense vacila y las embravecidas olas intentan conducirla al escollo,

nuestro Obispo será el perito y sereno piloto que guíe la nave al puerto y venza la tempestad.

Cuando el lobo trate de arrebatarse á las almas incautas; cuando el hombre enemigo venga á sembrar la cizaña, Valeriano ahuyentará la fiera, salvará al rebaño, y su doctrina arrancará la cizaña descubriendo los sofismas arteros, con que se oculta el error.

Si la desgracia nos visita y la tribulación nos aflige, Valeriano será nuestro Padre y su caridad hallará un fondo de ternura para enjugar nuestras lágrimas, para endulzar nuestras penas.

Brame el infierno al ver retratados en nuestro semblante el júbilo y el entusiasmo. Es instinto de corazones bien nacidos alegrarse ante los bienhechores y dar muestras de agradecimiento ante los beneficios recibidos. El pueblo noble de S. Telmo se regocija porque á la Religión Santa debe todo lo que fué y de ella espera su futura restauración.

El amor al representante de la Iglesia es el amor á la religión. Santo regocijo que transporta nuestras almas á las serenas regiones del espíritu. Destellos gloriosos, que iluminan la obscuridad de los pasados tiempos, son los nombres de nuestros preclaros obispos.

Mártires de la fé, confesores del Evangelio, debeladores de la herejía, mantenedores de la disciplina eclesiástica, sábios cronistas, guerreros indomables, libertadores del pueblo, defensores de su independencia, valladares contra las irrupciones normandas, agarenas, francesas y holandesas; tales fueron los antecesores del sábio Prelado, que hoy viene á nosotros con la paz, que ha de distinguir á los hijos de Dios.

Para continuar esa série de ilustres varones viene hoy el infatigable sembrador de la divina palabra. No se admire el incrédulo de que un pueblo como el de Tuy sea extremoso en su alegría y dé tan señaladas muestras de sincero júbilo.

El pueblo tudense en D. Valeriano espera hallar un padre, un pastor, un defensor de sus legítimos intereses, y su esperanza no será defraudada. En vano esperan los pueblos que confían en los hombres, no así los que esperan en Dios y en sus representantes en la tierra. Los caudillos del pueblo hebreo ponían su corazón en Dios y Dios los guiaba al triunfo; los guías del pueblo católico llevan la cruz sobre el pecho y ella les conduce á la victoria, porque la cruz venció al mundo.

Pueblo católico de Tuy, eres digno de grandes venturas y Dios te concede al nuevo

Obispo como prenda de ulteriores bendiciones. Esta alegría, que hoy inunda tu pecho y rebosa de tus lábios, es la gota de miel derramada en el mar de tus desventuras. Victorea á tu Pastor; ensordezcan los aires los gritos de júbilo, que la hora de tu resurrección se acerca.

Bienvenido sea el que viene en el nombre del Señor. Esta sombra bendecida es la nube del Carmelo que fertilizará nuestras almas con el rocío de las celestiales bendiciones; esta es la sombra amada bajo la cual nos reclinaremos los hambrientos de justicia, los sedientos de verdad, los que deseamos el engrandecimiento de este pueblo, antes glorioso y hoy sin ventura, los que vemos en D. Valeriano la santidad de Valero y la firmeza evangélica de Hùe.

Póstrate de hinojos ante el nuevo Pastor pueblo amante de tus glorias, prorumpiendo en himnos de *bosanna* y guarda en el fondo de tu alma el recuerdo de este para ti venturoso día.

Octubre 1894.





BIEN VENIDO!



UNA voz potente y sonora se deja oír en las hermosas riberas del Miño; es la voz del pasado.

En el silencio de la noche, cuando todo descansa y la naturaleza adormida prosigue en silencio su incesante labor, se oye el murmullo de las aguas del río, que baña á la antigua Tyde.

La luna envía sus argentados rayos y las aguas se sonríen al recibir su amoroso beso, esta sonrisa riza los límpidos cristales, que semejan encajes de filigranado tejido.

Suspende por un instante su curso el Miño y entona armonioso himno á la vetusta ciudad de S. Telmo.

Himno de parabién, saludo respetuoso á la tierra bendita, que oculta en su seno el rico tesoro de las reliquias del Patrón de los mares y santo tutelar de los navegantes.

«—¡Oye, ciudad predilecta del Altísimo, oye mi canto y dá treguas al dolor.

Sombras venerables de los mártires del Hijo de Dios crucificado, bendecid la helenica ciudad, que se halla defendida por la cumbre del Aloya. Julián y compañeros, que con vuestra sangre enrojecisteis y santificasteis las vertientes del sacro monte, sedme propicios.

Un día no lejano derramaste amargas lágrimas sobre la abierta fosa del Pastor, que bajaba al sepulcro lleno de gloria y dejando tras sí luminosa estela de majestad y grandeza. Hoy, ciudad augusta, siembra de flores el camino por donde pasa el nuevo Prelado que te envía el cielo.

Seca el llanto de tus mejillas y vuelva la alegría á encender la apagada lumbre de tus llorosos ojos. Atrás el duelo, paso al santo júbilo. Rásguese el fúnebre crespón y cubránse tus hombros con albas vestiduras. Menéndez Conde surge de la noche de tu orfandad, como faro luminoso en medio de las nocturnas tinieblas, Él es la aurora del nuevo día, que será para tí, noble matrona, día de dicha y eternal ventura.

El nuevo Prelado se levanta sobre el antiguo pedestal de tu tradicional grandeza, para resucitar tus glorias y añadir nuevos timbres á

tu preclara historia. Alza la frente y mira sobre la almenada torre de tu insigne catedral la gigantesca figura del heredero de tus blasones.

Una mano empuña el cayado pastoral para apartar de tu recinto la venenosa ponzoña con que la herejía de nuestro siglo trata de envenenar el raudal purísimo de las aguas del evangelio. El manantial de esas puras y cristalinas aguas lo aumentó el esforzado Boanerges, cuando regó con sus apostólicos sudores la región galáica.

La otra mano se extiende sobre tí, ciudad venturosa, para colmarte de bendiciones y beneficios.

Valeriano alza su frente y dirige su mirada suplicante al cielo para contener las iras de Jehová y alcanzar con sus ruegos misericordia y perdón para la fiel, leal y noble ciudad de Diómedes.

Esa majestuosa figura, que corona tu silueta y toca con su mitra el escabel del trono del Altísimo, es la figura de tu Padre, de tu Pastor, de tu Obispo.

Serás dichosa mientras cobijes tu cabeza bajo esa sombra veneranda. No te faltará la fé mientras permanezcas unida á tu Prelado, sucesor de los apóstoles.

La esperanza alentará á tu esforzado corazón, si unida al enviado del Señor en él confíares.

Emprenderás con brío la empresa de tu redención y llevarás á término feliz tus homéricos ensueños, si caminas adherida al gran Valeriano, que hoy te envía el Señor para ser tu caudillo, tu maestro y tu protector.

Amale, obedécele, síguele—».

Así habló el Miño y siguió su perezoso curso pasando por las riberas y dejando en las espadañas de la orilla gotas de rocío, como lágrimas arrancadas de su seno por el sentimiento de abandonar tan pronto las encantadas vegas del Louro. Al llegar á Areas dirige una melancólica mirada á la risueña ciudad que comienza á reflejar sus vetustas murallas en el tranquilo Miño al ser bañada con las suaves y hermosas tintas de la aurora.

Un suspiro largo, prolongado y triste ahoga la voz del río, sus murmullos se ván extinguendo y fatigado del camino halla su sepulcro en el proceloso Atlántico al doblar el pico de Santa Tecla en la Guardia.

Tuy se alborozaba al comenzar el nuevo día. Sus sagrados bronce repican alegres; los cohetes hienden el aire y lo pueblan con sus estallidos, las músicas recorren las calles

difundiendo alegría sus ecos armoniosos. Corren los niños, apresúranse los ancianos, riéanse las doncellas, se humedecen con lágrimas los ojos de las mujeres. La juventud escolar rebosa contento y animación, todos, sin distinción de clases ni edades, salen gozosos á recibir al nuevo Pastor.

¡Bien venido! dicen los corazones de la jubilosa muchedumbre.

¡Bien venido! repite el Louro con sus murmullos.

¡Bien venido! dice al Prelado el Aloya con sus tajadas peñas, umbrosas robledas y oloroso tomillo.

¡Bien venido! es el grito, que sale de todos los pechos: el eco del bronce de nuestros templos, el estallido de las bombas, el alegre tocar de las bandas musicales, y el armonioso canto del órgano forman ese himno que por doquier resuena.

¡Bien venido! repercuten las tumbas de nuestros mayores, que se abren para contemplar un momento al pueblo que heredó su fé inquebrantable y su católico entusiasmo por sus obispos, y al volver á dormir el sueño del sepulcro nos aplauden con sus bendiciones.

¡Bien venido! se oye en las regiones celestes á nuestro ínclito patrón San Telmo, á San Pelayo y San Julian.

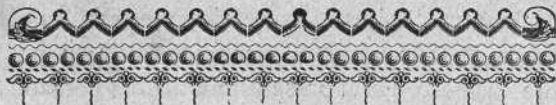
¡Bien venido! es la expresión que testifica el amor de todo un pueblo católico hacia su padre cariñoso. Es el presentimiento del corazón que busca en el prelado, que hoy le visita por vez primera, el término de sus duelos.

¡Bien venido! señor, os dicen los pobres porque en Vos miran á la providencia; los desgraciados, porque sereis su consuelo; todos porque sereis nuestro Padre y Pastor.

¡Bien venido! ¡Bien venido!!!

Octubre 1894.





LA CRISIS



El telégrafo nos comunicaba ayer la noticia de que se acentúan más y más los rumores de próxima crisis ministerial.

Es una verdad, que demuestra la experiencia hasta la saciedad, la corta vida de los ministerios, que rigen los destinos de la pobre España.

Son innumerables los gobiernos que se sucedieron en el poder en lo que va de siglo. Todos suben al poder llenos de vida y con savia exuberante y con tal robustez, que parecen capaces de eternizarse en las altas esferas del disfrute del presupuesto. Con todo, esos gobiernos, al parecer tan robustos, tienen una anemia que los consume lentamente, los envejece y los mata prematuramente.

No es el partido A ó B el que al llegar á las alturas del mando comienza á debilitarse de

tal suerte que á los pocos meses de gobierno aparece como un viejo decrepito y en sus manos temblorosas vacilan las riendas del Estado, que un turno pacífico ó un afortunado motín pusieron en sus manos: son así todos los gobiernos liberales.

Tan general es el fenómeno de la corta vida de los gobiernos, y lleva ya repitiéndose tantos años, que se nota, no solo en España sino también en naciones que se precian de tener estabilidad y desahogo económico.

La causa debe estar encarnada en el sistema político que se halla establecido en Europa. Es superior á la forma del régimen, considerada la forma de gobierno simplemente como tal forma. El mal pues, debe reconocer una causa más íntima, más general, y más potente que la simple forma de gobernar.

Se observa que la corta vida de los ministerios tienen lugar tanto en la España monárquica, como en la Francia republicana, La misma brevedad, la misma mudanza, igual falta de vida tienen los gobiernos tanto en la poderosa Alemania, como en la Grecia; así en Portugal como en Austria.

Gobiernos que escalan el poder por la violencia, lo mismo que los llamados á gobernar por que unas Cortes, que no son la representación

genuina del pueblo, les llevan á la dirección del Estado, mueren de idéntica manera, gastados, rendidos y despreciados.

Esta carencia de vida es la resultante de la apostasía social y del desprecio, que se hace por los gobernantes de nuestro siglo, del Evangelio santo, único código que puede dar robusta vida á las sociedades enfermas y corroidas por la anarquía y su padre el error liberal.

El desprecio de Dios trae como consecuencia necesaria para los gobernantes naturalistas la caída en el abismo y la caída ignominiosa. No mueren nuestros gobiernos como los antiguos espartanos, ni aguardan á buscar postura honrosa para morir, como los gladiadores romanos; mueren á manos de sus torpezas, envueltos en las redes que ellos mismos formaron, sin tiempo á excoger postura: les aplasta de repente la piedrecilla venida de la montaña que destroza la colosal estatua de piés de barro.

Mientras el liberalismo impera en las leyes, mientras siga la enseñanza, la legislación y el poder alejándose de Dios, no habrá vida verdadera, ni poder estable, ni florecerán los pueblos, ni se engrandecerán las naciones. Un rey sábio dijo: «Los que se alejan de tí perecerán», y esta verdad la confirma cada día la experiencia.

Por eso creemos que las crisis ministeriales en España y en toda Europa se sucederán sin interrupción y no debe extrañarnos que sean tan frecuentes.

La raíz del mal no está en las ramas del árbol, está en la mala savia que por él circula; savia venenosa que todo lo agosta, seca y destruye.

Un partido que lleva al poder programas de gobierno excelentes, levanta en alto la bandera de la moralidad administrativa, que jura nivelar el presupuesto de la nación y ofrece tantas venturas se vá y nos deja con las más halagüeñas esperanzas defraudadas.

Sagasta baja del poder sin haber hecho nada bueno, y baja para no subir más tal vez. Sus cacareadas promesas no se cumplieron. España no le debe ningún beneficio positivo. En el exterior lo dirá la historia cuando descubra el velo misterioso que envuelve los sucesos de Melilla, los tratados de Alemania, la Argentina y otros más, que para colmo de desventuras ocurrieron en estos tiempos.

En el interior San Sebastian, Navarra, los famosos presupuestos, los nuevos impuestos y reformas económicas del Nécker español; la gran escuadra que nos lega Pasquín, los empréstitos, el *déficit*, la protección al *Pae*

Cabrera, los planes de reforma de la segunda enseñanza, los jurados y otras salvadoras instituciones, que darán gloria no envidiable al partido que dirigió D. Práxedes.

La caída del poder del partido fusionista, nos tiene sin cuidado; tal vez nos alegrásemos en extremo si ella fuese para siempre y no le sucediese en el gobierno otro partido tan malo ó peor si cabe como el partido que espera recoger la malbaratada herencia del partido fusionista. Hablo de los partidos que turnan pacíficamente en el poder. Para desgracia y colmo de males ambos están dañados en la raíz que les informa, ambos son y se llaman liberales y España no puede lograr el remedio de sus crónicas dolencias del árbol maldito del liberalismo, porque el liberalismo es pecado y el pecado hace infelices y desdichados á los pueblos, según la gráfica expresión del Profeta.

La mudanza de personas no trasforma en nada el modo de ser del sistema, y el sistema liberal en todos sus matices es desastroso, mortífero y funestísimo á nuestra nación. Llámase Sagasta ó Cánovas, Montero Rios ó Romero Robledo el que lleve la presidencia del Gobierno, España seguirá gimiendo, y sus males no se terminarán tan pronto.

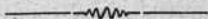
Seguirán los mismos escollos estorbando la libre navegación á la casi hundida nave de la Hacienda española, saldremos de Scyla y caeremos en Carybdis.

Resuélvase la crisis como quiera, sea total ó parcial, no vemos solución satisfactoria á los asuntos pendientes y para cuya resolución se muestran incapaces los actuales ministros, que se llamaron de altura, ¡y tanta altura!

Vendrán nuevos ministros á deshacer lo hecho por sus antecesores, á innovar con leyes los antiguos procedimientos y volveremos al caos administrativo, al desbarajuste financiero, á la depreciación de los valores, á la confusión en las reformas planteadas, que esto es lo que significa una crisis en el actual sistema que nos domina.

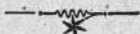
No adelantaremos un paso en el camino del verdadero progreso. Es que la hiedra se enrosca en los piés del pobre pueblo español y le impide caminar. Un día vendrá en que rotas las ligaduras, lanzados de nuestro suelo los enemigos, clamemos ¡viva la justicia que eleva á los pueblos! La justicia y libertad que sólo pueden tener los hijos de Dios que la buscan primero y ante todo.

Octubre 1894.





MARCIALIDAD



AYER tarde entraron en nuestra ciudad las fuerzas, que forman el regimiento de Murcia destacado en la provincia de Pontevedra. La entrada de la tropa dió margen á que la Corredera se viese muy concurrida y se agolpase la gente en la Glorieta para presenciar el paso del regimiento.

Mientras avanzaban las compañías de Murcia acudieron á nuestra mente gloriosas ideas traídas á la memoria por recuerdos gratos. No sólo se llenaba la memoria con recuerdos del pasado y bullían en la mente grandiosos pensamientos de engrandecimiento y esperanzas de mejores tiempos, sino que se interesaba el corazón ante aquel espectáculo, que le hacía latir en nuestro pecho con la violencia que le imprime el acendrado amor pátrio.

Aquellos eran nuestros soldados; aquella marcialidad después de una larga jornada de veintidos kilómetros, era genuinamente española. La gallardía de los jefes, la gentileza de los infantes, la precisión de los movimientos, nos enorgullecía y nos hacía exclamar: ¡No hay infantería como la española!

Vino á nuestra mente el pasado de nuestra infantería, pasado lleno de gloriosas hazañas, coronado de inmarcesibles laureles, y brillante como el acero fulgurante de sus bayonetas. Esta infantería es la heredera de las glorias pátrias.

Infantes eran los compañeros de Viriato y Sertorio, primeros caudillos que sacudieron el yugo de romanos ambiciosos. Infantes eran los indomables astures y galaicos, que se opusieron en los riscos de Covadonga á la invasión musulmana. Infantes eran los que hace siglos entraron en nuestra ciudad, capitaneados por Alfonso I el Católico y Alfonso III el Grande, para librar á Tyde del cautiverio mahometano. Infantes eran aquellos indomables tercios castellanos, que arrojaron á la infiel media luna de los muros de Granada y acorralaron el islamismo en los arenales abrasados del Africa, después de hacerle repasar el Estrecho, derrotado en mil combates y vencidos en los campos andaluces.

La infantería era la que cubría á España de gloria inmortal en San Quintín y Pavía, en Italia y en Flandes, en Alemania y en Nápoles, cuando nuestros tercios del siglo XVI llenaban con la fama de su indomable valor los ámbitos de Europa.

Pequeño el antiguo mundo para contener tanta grandeza, no habiendo ya pechos en Europa, que se atraviesen á luchar contra nuestros infantes, la Providencia descubre un nuevo mundo y se lo dá á España para que hallen nuevo y amplio teatro en donde se continúen las homéricas epopeyas de nuestra valiente y victoriosa infantería.

Con nuestros infantes, sin rival en el mundo, conquista la América Cristóbal Colón. Hernán Cortés quemó las naves, contando con el valor nunca desmentido de nuestros infantes y con ellos conquistó á Méjico y derribó la secular monarquía de los Motezumas.

El bravo Pizarro venció á los incas y sometió á España el Perú con la bizarra infantería española.

Napoleón, cuando soñó someter la península ibérica al poder de las ambiciosas águilas francesas, halló en la infantería un cuerpo opaco, que se interpuso ante el sol de su gloria militar y eclipsó el brillo de su grandeza.

Castañes, Mina, El Empecinado, Morillo y Márquez hicieron morder el polvo de los vencidos á los arrogantes franceses, que no creyeron lo que la historia dice de nuestra invencible infantería.

Bailén, Zaragoza, Puentesampayo, Gerona, Puenteaceldas y otros cien sitios más, regados con sangre francesa, son testimonios indelebles del arrojo, bizarría y heroicidad de nuestra sin par infantería. Esos nombres la immortalizan y harán famoso su nombre en los anales militares del mundo entero.

Las naciones, que la presenciaron desde sus escuadras ancladas en el Mediterráneo y en el Estrecho de Gibraltar, pueden contar la marcha victoriosa de nuestra infantería desde Ceuta á Tetuan en el año sesenta. Wad-Ras, Castillejos, Tetuán son timbres preclaros de la brillante historia de nuestra infantería. La guerra de Africa fué un continuo triunfo: ni una derrota eclipsó el sol refulgente de su victoria.

O'Donell, Prin, Ros de Olano, Echagüe y otros cien se cubrieron de laureles, se coronaron de immortalidad, luchando con incontrastable brío contra los marroquíes, enemigos de nuestra fé y ultrajadores de nuestra bandera, símbolo de la pátria.

La infantería mandada por esos guerreros ilustres hizo reverdecer los primitivos laureles y cosechó nuevos blasones para ceñir sus frentes.

Vuelva el agareno á tocar la rizada melena del león español y sentirá sobre su cabeza la garra poderosa de nuestra infantería. Nuestra infantería nunca cuenta el número de sus enemigos; á ella ni la arredra la aspereza del camino, ni la asusta la altura de las montañas, ni la detiene el agua de los ríos, ni la espanta la falta de provisiones, ni la debilita larga jornada, ni la retira del combate la falta de municiones; sólo obedece á la consigna de sus jefes; si ellos ordenan el avance, no hay obstáculo que no venza, no hay valladar que la detenga, no hay enemigo que la resista.

Admira el valor, la sobriedad, la resolución y empuje de nuestra infantería. No tiene rival su bravura y bizarría. No hay fuerza que la resista, ni enemigo que no huya ante ella, y si no huye ¡ay del que intente cortarla al paso! no podrá contar después su temeraria resistencia. Resistencia nécia y de efecto contraproducente, porque el soldado español se agiganta ante la oposición, centuplica sus fuerzas ante el enemigo poderoso y despliega una bravura irresistible para con el que intente cortarle el

paso ó impedirle la defensa. Por la espalda no ataca al enemigo, ni se enseña con el vencido ni martiriza al que yace en tierra; es tan valeroso como magnánimo, tiene la fuerza y generosidad del león y como el rey del desierto, sólo ataca de frente y sólo al poderoso, nunca al inerme y que pide misericordia.

Tal es nuestra infantería, orgullo de nuestra patria y factor principal de nuestra antigua grandeza. Si hoy no repite sus anteriores hazañas legendarias no es por falta de valor, es por falta de ocasión ó por que no se la conduce al campo de batalla, para conseguir la realización del testamento de Isabel la Católica.

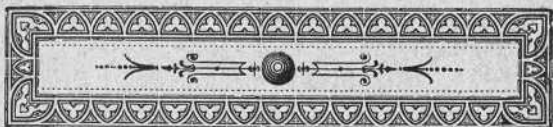
Si cuando los sucesos tristes de Melilla nos entusiasmábamos ante el porvenir de nuevos triunfos y gloriosos combates, era porque contábamos con la infantería y con el resto del ejército español, invencible con toda suerte de enemigos. Hace un año cayó herido mortalmente por el plomo rifeño el bizarro Margallo. Este héroe sucumbió, como saben hacerlo nuestro infantes, al pié del fuerte de Cabrerizas y acribillado por los proyectiles enemigos.

Corría por sus venas sangre española y no dudó morir en el campo defendiendo la inmaculada bandera gualda y roja de nuestra patria.

Regimiento de Murcia, heredero de esos gloriosos tercios castellanos, defensores de nuestra independencia y campeones de nuestra grandeza, la noble ciudad de Tuy os saluda con cariño. Jefes y oficiales de Murcia, soldados, en vosotros tiene la nación puesta su confianza. LA INTEGRIDAD vé en este regimiento la esperanza de futuras grandezas, el recuerdo de mejores tiempos y con su cordial saludo os ansía nuevos lauros con que coroneis á España.

Octubre 1894.





DECADENCIA



EN fenómeno se observa en nuestros tiempos, que parecen tiempos de decadencia asombrosa, fenómeno que podrán explicar satisfactoriamente los estadistas y cuyas causas pueden ser múltiples, pero á la verdad, no son menester explicaciones, basta tener ojos para presenciarlo. El fenómeno consiste en el rebajamiento de caracteres.

Concretándonos al carácter franco, leal y ardiente del tipo español, notamos que son tan raros los ejemplares, disminuyen tanto en nuestra raza, que nos parece estar presenciando su desaparición.

No hablemos del carácter español modificado por las razas púnicas, romanas y visigodas, porque esas razas fueron las que aportaron al celta sus cualidades de nobleza, tenacidad y amor á la independencia. Pasemos por

alto el período de nuestro siglo de oro, cuando se hallaba el tipo español en el apogeo de su desarrollo y llegaba á la meta de su perfección física, moral é intelectual.

Concretémonos al carácter del verdadero español, que se reveló á comienzos del siglo actual sacudiendo briosamente el yugo del invasor y venciendo en desigual pelea al coloso del siglo.

No hace muchos años, á pesar de los horrosos estragos que el enciclopedismo francés había causado en España, nuestra raza daba muestra de conservar algunos restos de sus primitivas cualidades.

Había amor á las ideas, lealtad á las personas y entusiasmo por las glorias pátrias. Guiaba á unos la verdad, ofuscaba á otros el error, estaría falsificado el amor pátrio. Con todo, ya fuese el error quien se vistiese con el majestuoso ropaje de la verdad, ya fuese la perfidia quien ocupase el trono de la virtud, había hombres de carácter indomable, que sabían sacrificarse por la verdad, por más que ésta solo fuese subjetiva.

Hoy, espantoso desengaño, ya no reina entusiasmo en el corazón, porque el corazón no se mueve como antes á impulsos de generosos sentimientos, sino que tiene puesto precio á sus latidos y solo le entusiasman, si puede

llamarse entusiasmo, las novedades, las cotizaciones de la Bolsa ó la satisfacción de ruines pasiones.

La política carece de ideales; no se lucha ya por el restablecimiento de la moralidad, ni por la implantación de un régimen, que se considera como remedio de los males que afligen á la nación. Hoy se emplea la política como un medio de medro personal, no se busca con ella otro ideal, ni se persiguen más aspiraciones, ni se pretenden otros fines más que el disfrutar del presupuesto.

Lograr un plato de lentejas en el banquete oficial, llegar á cobrar una nómina que nos exima del trabajo, poder sacrificar al que nos estorbe la digestión pacífica, es el sueño del político de nuestros días.

No negamos que antes habría iguales ambiciones, las mismas ideas egoistas, idénticas aspiraciones, pero al menos había el decoro de no revelarlas públicamente, se cubría con honestas formas ese fondo cenagoso, se velaba ese cáncer con vistosos cendales y no era el descaro la nota característica de la política, sería, en una palabra, más hipócrita el mal, pero no era tan desvergonzado.

De la política pasemos á la filosofía, á la júrispudencia, á todos los ramos del humano

saber, y si antes veíamos á un sábio luchar en la arena contra sus enemigos, era defendiendo una teoría que él juzgaba ser la verdadera; hoy hallamos á un escritor que defiende cualquier teoría si le pagan su trábajo y mañana la combate si le aumentan el salario.

Así se halla el antes viril y enérgico carácter español decaído, rebajado y tan prostituido, que á los mismos españoles nos pasma hallar un corazón templado en el fuego sacro del amor á la pátria, nos llama la atención poderosamente encontrar un desinteresado investigador y defensor de la verdad. No queremos decir con esto que no existan corazones generosos que latan á la antigua usanza española, ni que haya desaparecido del todo el carácter tenaz, leal y amante de lo bello, sino que escasean tanto los tipos genuinamente españoles y es tan general la mescolanza de elementos extraños en nuestra raza, que pasma ver los estragos en ella causados.

Debemos procurar que no desaparezca de nuestro suelo la franqueza castellana, la constancia aragonesa, la lealtad navarra y la tenacidad gallega; debemos con estos elementos reconstituir nuestro rebajado carácter nacional. Debemos expulsar la volubilidad francesa, expurgar nuestro carácter de elementos

extranjeros y de todo aquello que nos trasforme en afeminados, y borrar todo lo que puede hacernos débiles é hipócritas.

Nuestra raza no debe decaer tan pronto; la meticulosidad jamás fué conocida del verdadero español. La firmeza, la valentía en arrostrar peligros, la bravura ante el obstáculo eran los distintivos de nuestros padres.

Si con rastreras adulaciones se logra un honor, despréciese ese honor que rebaja. Si con velar nuestros sentimientos y ocultar nuestras ideas se llega á obtener gracia del poderoso, maldigamos esa protección y levantemos la frente ante el que intente humillarnos.

Nunca fué patrimonio de pechos nobles la bajeza y servilismo. La hipocresía quede como distintivo para las razas caducas y débiles, para los que temen la lucha por la verdad; nosotros los que nos preciamos de españoles rancios debemos luchar á pecho descubierto con armas dignas y de frente sin esconder el rostro. Ellos, los degenerados, busquen una mascarilla con que evitar los golpes, acometan por la espalda, y rehuyan presentar el pecho al contrario. No les envidiamos su suerte.

Mientras no se regenere la raza, mientras no se tenga el valor de confesar la verdad ante



los enemigos, España será juguete de sus detractores, perderá sus bríos y llegará á ser confundida con las naciones que perdieron su carácter y con él su independencia.

Atrás los degenerados, adelante los que no temen perder su porvenir á trueque de poder levantar limpia y honrada su frente. España necesita para su regeneración mártires de sus grandezas y no cobardes que se postran de hinojos ante los que dispensan los tesoros de su riqueza.

Octubre 1894.





LOS JUDAS



La hipocresía de los sentimientos es uno de los caracteres distintivos de los tiempos actuales. Ya pasó de moda presentar frente á un dogma una heregía y combatir una verdad con un error. Está más en armonía con el ambiente que hoy se respira no presentar la batalla de frente, sino combatir de soslayo al enemigo. Nadie se atreve descaradamente á negar los dogmas de nuestra fé, y si alguno lo hace es caso raro y poco común. Lo general es no combatir el dogma; la táctica moderna empleada en contra de la verdad consiste en ponderar la intransigencia de la verdad, la tiranía con qué se niegan derechos al error y lo duro que se hace al creyente romper lanzas con los enemigos de ella.

Para cubrir mejor los ataques, para no levantar polvareda, se censura el despotismo católico, el absolutismo teocrático y se emplean palabras de efecto, sonoras y que se opongan á las ideas triunfantes de condescendencia, libertad y transigencia. «—No hay posibilidad de entenderse con la doctrina de los católicos, dicen á menudo, ellos lo quieren todo para sí, su doctrina es la única verdadera, su moral es la única justa y salvadora, su magisterio es el único infalible. Así es imposible la vida del entendimiento y la libertad de acción. Poner cadenas al pensamiento y trabas á la voluntad, es matar la vida intelectual y anular todo progreso.—»

Estas frases ampulosas son creidas por muchos como verdades inconcusas, y sin más exámen, sin profundizar el fundamento en que se apoyan, son motivo para menospreciar la doctrina de la iglesia y rechazar las enseñanzas del Vicario de Jesucristo en la tierra.

Faltan abiertamente á la verdad los que las hablan, los que rechazan la doctrina católica fundándose en tan pueriles razones. Nuestros dogmas no temen la discusión racional, al contrario los fundamentos de nuestras creencias desarrollan el entendimiento, le elevan á una esfera superior en donde puede ejercitar

su acción, en donde puede engolfarse en el estudio de la verdad, llevado de la mano por la antorcha luminosa de la revelación. Esta luz soberana le hará ver los misterios más recónditos, le mostrará horizontes más dilatados y lo que antes conocía envuelto en tinieblas, ahora lo verá rodeado de luz meridiana.

El magisterio infalible de la Iglesia es una barrera fortísima contra la que se estrellan los ataques insidiosos del error; es un escudo impenetrable que defiende la verdad y la conserva incolume á través de los siglos y sin mancharse con el hálito impuro de las heregias, nacidas de la soberbia humana, cuando á imitación de Luzbél, lanza un reto de independencia á la sabiduría infinita.

Estaba reservado á nuestro siglo combatir nuestras eternas verdades, nuestras seculares tradiciones, nuestra purísima moral, no con sólidos argumentos, que no puede haberlos, ni con sofismas ó argucias, que son producto de un entendimiento ejercitado en la dialéctica; sino con frases huecas, con sátiras, ó con una desdañosa sonrisa. Verdades defendidas y creidas por millares de sábios, dilucidadas por talentos como Tertuliano y San Jerónimo, Orígenes y San Agustín, tenían que ser objeto de la censura de un gacetillero de nuestros días

ó de la frase volteriana del imberbe escolar de nuestra aulas. La doctrina que resistió á la filosofía del Pórtico y del Liceo, que eclipsó la ciencia de Roma y la sabiduría de Atenas, que tuvo paladines en todos los siglos y cautivó con sus fulgores las inteligencias privilegiadas de un Dionisio del Areópago de Atenas, de Ireneo é Hilario, doctrina que salió triunfante de la lucha con la filosofía pagana y venció á los socráticos y platónicos, debía luchar con los pigmeos de nuestros tiempos de decadencia, en que, á falta de argumentos con que combatirla, apelan al sarcasmo y al ridículo.

El arrianismo, como el nestorianismo, los discípulos de Sabelio como los de Prisciliano, novacianos y otros cien que en los siglos medioevales se levantaron contra la integridad del credo católico é intentaron mutilar sus dogmas, mixtificar sus doctrinas ó corromper la moral de la Iglesia santa pasaron á la historia cubiertos de oprobio y heridos por el anatema. Más tarde se levanta la reforma envuelta en las nieblas del Norte y ocultando sus siniestros resplandores, pero en Trento se reúne la flor y nata de la sabiduría europea y allí son triturrados los añejos errores, que con nuevo ropaje se presentan en la arena del combate para dar nueva batalla á la doctrina católica. En Trento

muerden el polvo y son vencidos por Cano, Salmerón, Lainez y otros mil apologistas, los Calvinos, Luteros y Melántons.

La verdad católica vive del fragor del combate y su ambiente es la lucha con el error. Cada batalla es una nueva victoria, cada combate un nuevo triunfo.

Derrotado el error en Trento vuelve á levantar la cabeza con el nombre de enciclopedismo y acosado y mal trecho por la férrea dialéctica muda de nombre y se escuda con el amor á la perfección, con la máscara de puritanismo. No le valen sus ardides; llámese jacobinismo, llámese jansenimo, llámese filosofismo, con con cualquier nombre y en todos terrenos es combatido y huye derrotado.

En nuestros tiempos ya se convenció el error de que las crudezas progresistas de mediados del siglo actual no dán el apetecido resultado. El grosero ataque, la burda calumnia, el aplastemos al infame, es grito de guerra que les atrae sobre sus cabezas la indignación, el peso de la verdad y se apela al beso amigo, para entregar á la verdad, como Judas entregó al divino Maestro en Getsemaní.

Hoy la mentira se oculta como la serpiente entre flores para así poder inocular su veneno en las manos incautas, que se acerquen á tocar

las perfumadas corolas de brillantes rosas. Bajo una forma galana, con frases suaves y llenas de amor á la verdad se deslizan ideas disolventes, se proclama la independendencia de la razón, se ataca al dogma y la divina autoridad del Sumo Pontífice. Con semblante de amigos y presentando el rostro de hermanos cariñosos, presentan sus mejillas y sus lábios para besar la verdad y representan muy bien el papel de la paz y la justicia que se abrazan y besan, cuando en realidad son los modernos Judas que traicionan á su maestro; son los Caines que sacrifican á los inocentes Abeles, son los Nicolaos, son los Arrios, los Luteros, los Jansenios, los Loysons, los enemigos de la verdad que, no pudiendo matarla en campo abierto y luchando legalmente, traen oculto el puñal asesino, traen la cobardía y la traición anidada en su pecho para entregar la verdad en manos de sus enemigos. ¡Ilusos! la verdad no muere: en vano traéreis sayones para ahorrarla, la verdad católica es hija de Dios, es inmortal. ¡Dios no muere!

Judas traidores ved el árbol del que pendeis dentro de pocos momentos, leed la historia, esa maestra de la vida, ella al relataros lo pasado os profetiza vuestro porvenir. Calumniad, combatid, negad la verdad católica, ella

será siempre el faro luminoso que alumbre el mundo moderno sentado á la sombra del árbol maldito de la herejía de nuestros días, como iluminó el mundo pagano sentado en las mortíferas sombras del pecado.

El catolicismo es luz y luz inestinguible; recojamos esa luz en la inteligencia y no temamos á los modernos Judas.

Octubre 1894.





LOS HERODES

NUNCA pudieron unirse ni hermanarse la inocencia y la perfidia, ni es posible unir la justicia con el despotismo. Esta es una verdad tan evidente, son tan opuestas estas ideas que no pueden coexistir en un mismo sujeto y mucho menos encontrarse en una misma acción. Este absurdo maridaje, esta confusión espantosa es no obstante el ideal de muchos hombres, que teniendo cegado su entendimiento y torcida su voluntad, intentan confundir los conceptos y hacer amalgamas barajando los nombres y cubriendo con apariencias honestas los horrores de la perfidia y con formas legales la tiranía de regir por el capricho.

El inocente es perseguido, se le conculcan sus derechos, se le atropella, se le hace sufrir torturas sin cuento y luego se pretende que bese la mano del que le fustiga injustamente, se quiere que reconozca la justicia del capricho, que abusa del poder que tiene en sus manos. La honradez manifiesta sus generosos sentimientos, protesta indignada contra la osadía del más fuerte, ó lanza un gemido, que arranca de su hidalgo pecho la iniquidad triunfante. Entónces con saña inaudita se ahoga aquel gemido, se tortura aquel generoso corazón, envenenando la atmósfera que respira, saturándola con embustes, denigrando, calumniando las acciones más rectas, para que salga triunfante la perfidia y beba las amargas aguas de la tribulación aquel espíritu noble, que no quiso doblegarse ante las imposiciones deshonorosas del fuerte, y no aplaudió las demasías del poderoso.

¡Cuántos infelices bajaron al sepulcro con el alma lacerada y víctimas de ese loco empeño! Así es la humanidad, que lleva en su seno el gérmen del mal y sufre las consecuencias fatales de la caída de nuestros padres.

Siempre hubo víctimas inocentes y déspotas que oprimieron al justo. Prescindamos de los cuadros horrorosos que nos presenta la historia

de la civilización pagana. Entónces la legislación recibía su savia de una filosofía grosera y materialista, savia emponzoñada que producía los mortíferos frutos de la justificación de la tiranía y la proscripción de la virtud. Ni la política del divino Platón era capaz de extirpar el mal, ni Licurgo y Solón acertaban á dar leyes justas que regenerasen aquella sociedad, corrompida por una religión que deificaba el vicio, esclavizaba al débil y estimaba buenos y santos unos códigos que reconocían el derecho de la fuerza: religión que empujaba á la sima de los vicios por carencia de verdad, falta de camino, y alejamiento de la verdadera vida.

Corramos un velo sobre los horrores de Roma y cerremos los ojos para no ver los desvaríos de Atenas. Vengamos al mundo regenerando por la divina savia del evangelio. Estudiemos el mal en nuestros tiempos y veremos que, por desgracia, ó quizá por ventura nuestra, no faltan Herodes en nuestros días que decreten cruel degüello de inocentes niños, porque hacen sombra á sus ambiciones; Herodes incestuosos que decapitan á nuevos precursores, por que tienen la santa libertad de proclamar muy alto, como el Bautista: *No te es lícito*. Herodes nécios y malvados que visten ropaje de rica púrpura y colocan sobre los

hombres de la verdad misma la blanca vestidura del loco, porque sus menguadas inteligencias no llegan á ver los rayos esplendurosos de la verdad inmutable.

Nerón prendía fuego á la ciudad de las siete colinas y luego castigaba y martirizaba á los cristianos, como si la inocencia y mansedumbre de aquellos fieles diese bríos á su cobarde corazón. Aquel poderoso cantaba sus triunfos y pulsaba su lira paseándose por sus jardines en lujosa carroza, mientras servían de antorchas á sus orgías los cuerpos inflamados y ardiendo de los discípulos de Cristo. La perfidia y crueldad gozan con el tormento de las víctimas por ellas inmoladas. Es un gozo satánico, pero ese gozo no entibiaba los pechos de los confesores de la divinidad de Jesús.

Juliano el apóstata se finge cristiano y trata de corromper á la niñez poniéndola en manos de gentiles para que el mundo vuelva al caos en que yacía antes de recibir la luz del cristianismo y los atletas, que se opusieron á sus depravados designios, sufrieron el destierro, la confiscación de sus bienes, el tormento y la muerte, porque sus lenguas clamaban muy alto *no te es lícito*.

Seríamos interminables si fuéramos á relatar uno por uno los Herodes que hace diecinueve

siglos tiranizan á la Iglesia, á los cristianos y á los amantes de la justicia.

No te es lícito, clamaban ante la hoguera y el potro los primeros cristianos y, antes que profesar lo contrario á sus creencias, antes que someter su razón á los delirios de los Césares, derramaban su sangre y sufrían la persecución, Diocleciano, Domiciano, Decio y otros Herodes de los primeros siglos, enrojecieron mil veces las arenas del Circo con generosa sangre cristiana, pero nada lograron con sus despotismos, que arrancaban la vida del cuerpo, pero nada podían sobre el alma.

No te es lícito, dicen, San Pedro á Simón Mago, el concilio de Nicea á los arrianos, San Agustín, San Jerónimo y Paulo Orosio á los pelagianos; los apologistas á Celso, Novaciano; los padres de la iglesia de Oriente y Occidente á todos los enemigos de Cristo y su obra santa. En Letrán, en Basilea, en Braga, en Toledo, en Constanza y en Trento se alza este grito de la verdad oprimida contra la injusticia del César dogmatizante ó del soberbio herejarca: la justicia se abre paso por medio del laberinto de las pasiones sublevadas contra ella, y la verdad luce con nuevos fulgores y eclipsa la fosforescencia momentánea del error protegido por el orgullo.

...*No te es licito*; balbucea un santo anciano, en nuestros días, cuando presenta contra la absorbente ambición piamontesa aquel *Non possumus* que es el escudo contra las asechanzas de sus enemigos; ese es el lamento del santo Pio IX, de feliz memoria, y si los modernos Herodes hacen caer a millares los valientes defensores de la causa santa de la iglesia en Solferino, si la artillería abre la brecha en la Puerta Pia, ellos, los mártires de la justicia y la inocencia pisoteadas, se coronan con inmarcesibles laureles.

No te es licito retener el patrimonio de la Iglesia, dice el sapientísimo León XIII á los Herodes modernos, que poseen la mujer legítima de Felipe, que siguen reteniendo lo que otros usurparon á su legítimo dueño, y este anatema del Pontífice es el estigma, que marcará con el sello de la ignominia á los Herodes de nuestros días, quienes abusando del poder de sus cañones, se gozan en tener prisionero á un anciano inerte, al descendiente de Pedro y al representante de Cristo en la tierra.

Los designios malvados del Herodes asesino de los niños inocentes quedaron burlados por la providencia que salvó al niño Jesús en Egipto. Las maquinaciones de los enemigos del Pontificado caerán por tierra cuando sople el

viento de la justicia y barra de sobre la haz de la tierra el efímero reinado de la iniquidad y del despotismo.

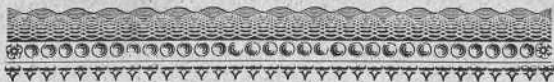
No te es lícito, clamamos á voz en grito los católicos del orbe, con nuestro guías y pastores á la cabeza, en Congresos y Concilios, en la prensa y en la cátedra, en la plaza y en el Parlamento, no te es lícito tener prisionera en el Vaticano á la luz del mundo, por su sabiduría, á la sal de la tierra, por su prudencia, á la paz de Europa, por su destino providencial.

Este es el grito de los inocentes, este es el gemido del mundo católico, que siente rugir el volcán del socialismo fomentado por el imperio de los nuevos Herodes, que dán rienda suelta á los verdugos de la verdad, y solo tienen cárceles para los que se atreven a echarle en cara sus crímenes, sus iniquidades y sus monstruosas injusticias. Gritemos sin temor á los modernos tiranos, gritemos sin cesar, y si por nuestros justos clamores se nos destierra, se nos multa, se nos encarcela en España como hacen en Italia á colegas nuestros en el estadio de la prensa; si por decir *no te es lícito*, cuando el protestantismo burlándose de nuestra leyes seculares y rasgando nuestra unidad católica trae á nuestra pátria como su representante á un apóstata, á un digno discípulo del

renegado Lutero, se nos persigue: si por decir que no puede haber paz con los impíos, ni unirse la luz con las tinieblas, ni Cristo con Belial, ni es justicia el latrocinio, ni es honradez el crimen, ni se puede vender la conciencia por un puñado de oro; si por esto se nos persigue, se intenta decapitarnos, amordazarnos, ó vestirnos con la ropa blanca de la locura por los Herodes hipócritas, incestuosos y sanguinarios de nuestros días ¡felices de nosotros! la burla, la mordaza, la muerte nos darán el premio de nuestra fortaleza, de nuestra constancia y de nuestra fé, porque primero es obedecer á Dios antes que á los hombres.

Octubre 1894.





LAS ANTILLAS



No son optimismos ni pesimismos, ni hay exageración ni afán de censura en lo que vamos á decir, lo que hay es una triste realidad, una verdad amarga y que llena de congoja nuestro corazón católico y español. Las ricas antillas, que España posee en el golfo de México, van á emanciparse de la metrópoli y tratan de sacudir el yugo español, que tanto les molesta.

Pocos años pasarán y poco ha de vivir el que no vea desprenderse de la corona de España esas dos perlas del Atlántico, Cuba y Puerto Rico. Tal vez no finalice el siglo XIX sin que veamos á esa porción de nuestra pátria declararse independiente, ó como una

potencia ambiciosa se la anexiona para aumentar sus dominios. El malestar que se siente en Cuba y Puerto Rico es antiguo; la enfermedad, que padecen nuestras posesiones ultramarinas, es crónica é incurable. Se suceden los gobiernos y se turna en el poder; pero los partidos políticos, que hace ochenta años gobiernan á España, todos ellos no acertaron á evitar el mal; se declaran impotentes para remediar el padecimiento y todos los diagnósticos ministeriales resultan fallidos, cuando el tiempo se encarga de descubrir la horrorosa llaga que corroe á nuestras antillas.

Cuando el liberalismo por medio de Riego y otros compañeros de la misma ralea, nos hizo perder las posesiones americanas, un hombre de corazón noble y de buena voluntad nos conservó las antillas del golfo mexicano. Este leal español era D. Dionisio Vives, general y gobernador de Cuba; su buena administración y el amor que profesaban los cubanos al general Vives, fueron la causa de que aquella isla no siguiera el ejemplo de las restantes posesiones americanas.

Colón descubre aquellas lejanas tierras y lleva por compañeros los frailes, que extendían el reinado social de Jesucristo y aumentaban los súbditos españoles. Hoy las sectas penetraron

en aquella tierra robando almas al redil de Cristo y maquinan contra la integridad de la pátria.

Antes el catolicismo enviaba allá á sus misioneros, que con la luz del Evangelio, les llevaban la civilización; ahora el liberalismo les manda masones, que explotan á sus habitantes y arrancan del corazón el amor á la religión, que los regeneró y á la pátria, que los hizo libres y civilizados.

Antaño la fraternidad cristiana les hacía pronunciar con reverencia y amor los nombres de Cristo y España; hogaño el egoismo político les hace maldecir á la pátria y renegar de la religión. ¡Lástima grande que no se atajase el mal en sus comienzos! Tal vez sea ya tarde.

Cuba y Puerto Rico se quejan, y desgraciadamente con razón y sobra de justicia. El Estado envía á las antillas empleados venales, que no llevan otro objeto que el de enriquecerse defraudando á la Hacienda y explotando al cubano y puertorriqueño con exacciones odiosas é insufribles.

El daño causado en ultramar por el liberalismo imperante es grande, grandísimo. La falta de moralidad en la administración es tan evidente que las mismas estadísticas oficiales

la demuestran con la irrefutable lógica de los números.

Llámesese autonomismo, separatismo, filibusterismo, la insurrección está latente, no ha muerto. Acecha, como el chacal, el momento oportuno para lanzarse sobre su presa; no cesa de trabajar, se extiende, gana prosélitos de gran valía y en las sombras fragua sus planes de independencia, y no faltan naciones que la auxilien en sus trabajos y la presten ayuda. No nos cojerá de sorpresa la noticia. Eso será una consecuencia lógica de la libertad concedida al mal, de la opresión en que allí se tiene á la iglesia, será el fruto amargo, pero natural, del maldito árbol del liberalismo, que allí como aquí, favorece á la impiedad y persigue al catolicismo, dá libertad á la mala prensa y encarcela á los defensores de la verdad.

Cada día que transcurre crece el malestar en las antillas. Los gobiernos proyectan reformas, reformas que no curan el mal de raíz y sólo sirven para excitar los ánimos, cuyas reformas, en vez de llevar el bienestar á aquellas posesiones, llevan el trastorno económico, la paralización del comercio, la creación de odiosos monopolios, la tirantez de relaciones entre naturales y peninsulares, entre el elemento productor y el oficial, que agobia al primero con gabelas, con

nuevas tarifas y con la clausura de excelentes mercados para nuestros inmejorables productos antillanos.

Ni Romero, ni Arbarzuza, ni Maura, ni Berra sabrán atajar el mal. Las fórmulas de transacción son anodinos, que para nada sirven. Las reformas tienen que ser más radicales y penetrar en el fondo de ese carcomido organismo, si han de lograr contener el mal.

Empréndase una campaña enérgica de moralidad administrativa; persígase sin contemplaciones ni descanso á los defraudadores. Enviénsen empleados probos é inteligentes á las antillas; búsquense no entre los amigos políticos sino entre los patriotas honrados. Escúchense las justas quejas del productor, del comerciante, del industrial y atiéndanse las reclamaciones legítimas. Abandónese el criterio de contemplaciones con las sectas y préstese eficaz auxilio á la religión del Estado, persiganse sin tregua ni descanso las sociedades secretas, tan espantosamente extendidas en aquellas islas; fórmense centros para educar á los habitantes del campo, y con estas reformas no habrá que temer á los separatistas. De lo contrario, ¡pobre Cuba! ¡desgraciado Puerto Rico! España perderá unos cuantos hijos más, sacrificados vilmente en aras de la

integridad de la pátria; el Tesoro aumentará su espantosa deuda con algunos millones más, y al fin perderemos las antillas. Ese será el resultado de las vacilaciones actuales. Todos debemos interesarnos en la conservación de las antillas; pero si por el contrario seguimos el torcido derrotero de hoy, no debe extrañarnos que sacudan el yugo y maldigan nuestro nombre.

Noviembre 1894.





INMORALIDAD.



ALGUNAS veces habían de coincidir con nuestras ideas los mismos enemigos que las combaten. Cuando no hay decidido empeño en cerrar los ojos á la luz esplendorosa de la verdad, esta se impone y subyuga á la inteligencia; y no es de extrañar rompa convencionalismos de escuela y se manifieste, por más que venga envuelta en neblinas del error y con resábios de orgullo humillado, pero al fin rompe los estrechos moldes de partido y se declara. Es un triunfo de la verdad, es una imposición de la evidencia.

Testimonio valioso, porque es de uno de los corifeos del error del siglo; confesión preciosa, porque se escapa de los labios de un doctrinario; prueba palmaria, porque la suministra un buen sastre, que conoce el paño liberal.

Hablando con los republicanos progresistas, que desean la revolución para restablecer la república, dice un periódico de la corte—No empujar ciudadanos,—y escribe un atinado artículo titulado *¡Valiente remedio!* burlándose del que ofrecen los Sangredos republicanos, para curar los males que nos abruman, remedio inútil, que aplicado al enfermo hace años le puso peor, y tan mal que todos creían deshauciada la nación española allá por los años setenta y tres de nuestro siglo.

La revolución no es un remedio, será más bien una enfermedad, que complicada con la crónica que ya padece España, concluiría con ella; la revolución derribaría el trono, arrancaría el presupuesto de las garras del fusionismo, produciría trastornos trascendentales, pero no es panacea para nuestras dolencias, pero no impediría que otros carnívoros más hambrientos devorasen no ya la carne del presupuesto, porque ya no queda carne en el cuerpo de la nación, devoraran los descarnados huesos, chuparan la poca sangre anémica, que aun queda en este antes robusto, fuerte, rico y valiente pueblo español.

Una chispa de la verdad se decubre en la siguiente confesión: es la condenación del sistema, es la sentencia del liberalismo, que es

el factor único del cáncer social que nos devora las entrañas y nos corroe y se extiende por todo el cuerpo. Este cáncer se llama la inmoralidad. De ella se dicen lindezas en el periódico liberal de Madrid, el eco de los Catones liberales, el defensor acérrimo de las excelencias del sistema, que se titula *El Imparcial*:

«¡La inmoralidad! La inmoralidad es como una epidemia, que se dá en todos los climas y bajo todas las formas de gobierno. La inmoralidad aparece hoy lo mismo en la república federal de los Estados-Unidos, que en la unitaria de Francia, que bajo la monarquía constitucional de Italia, que en el autocrático imperio de los czares. La inmoralidad es de todos los tiempos y más de aquellos *en que se oscurece la idea religiosa y prepondera la vida de los sentidos*. La inmoralidad viene de la masa social y se manifiesta lo mismo en los negocios privados que en los públicos.

¡Qué han de curar la inmoralidad las revoluciones! La revolución rompe cadenas, derriba barreras, allana obstáculos; pero no edifica en lo moral. Tanto daría decir que sirve para la construcción la dinamita.

No caen de la luna los revolucionarios; salen de la masa social con todos sus defectos, que serán menos visibles mientras no se pongan

á la luz del poder público, pero que se advierten á poco que se le mire.

Lo que hay es que en los períodos de decadencia moral abundan los fanfarrones de la moralidad, como abundan matones y barateros donde es muy general la cobardía. Pero ese es un vicio que está en la sangre de la sociedad, y que no se ha de curar cortando un dedo ni siquiera un brazo ó una pierna».

El Imparcial no se atreve á recetar al enfermo, se contenta con desechar el remedio propuesto por los republicanos.

Razón le sobra al periódico para decir que la inmoralidad es de todos los tiempos y más de aquellos en que se obscurece la idea religiosa, que son los tiempos liberales, los tiempos que corremos desde comienzo del siglo.

El liberalismo, no pudiendo destruir ni deterrar de Europa la idea religiosa católica, trabaja por obscurecerla, por involucrarla, por separarla de la idea política. La idea política atea é irreligiosa es la que encarna en el sistema liberal, la negación de la soberanía social de Jesucristo, el destierro de su ley santa de los códigos del derecho nuevo, cortar la corriente vivificadora del Evangelio, que informaba antes nuestra legislación despreciar la

savía católica; esto y solo esto nos trajo al desgraciado actual estado de cosas.

La inmoralidad brota espontáneamente allí donde se destierra la justicia; la inmoralidad es el pecado, que hace miserables á los pueblos, que los desangra, los corrompe, envenena y aniquila; por el contrario la idea religiosa es la justicia de Dios imperando en las naciones, elevándolas, dignificándolas y haciéndolas poderosas, grandes y exuberantes de vida.

No sirve para la construcción la dinamita: tampoco sirven para la construcción las negaciones del doctrinarismo, ni los caciquismos del partido político, ni las ilegalidades cometidas al amparo del favor. Es más rápida la acción de la dinamita, pero no es menos destructora la acción lenta y perseverante del corrosivo. Espanta la anarquía, pero más odioso es el liberalismo, que lo engendra con sus deletéreas doctrinas. No quieren las destructoras, pero legítimas consecuencias, y no obstante luchan por sembrar los vientos, que tales tempestades producen. Lógica, liberales, lógica, si reconoceis, que el oscurecimiento de la idea religiosa y la preponderancia de la vida de los sentidos produce la inmoralidad, causa de los males que lamentais, cesad de una vez

de combatir esa idea, no prosigais amontonando tinieblas, para impedir que sus rayos iluminen las masas maleadas por vuestras falsas doctrinas, no proclaméis la libertad omnímoda del pensamiento, ni su manifestación por medio de la imprenta; porque el pensamiento tiene también sus leyes, á las que debe ajustarse.

Registremos esa confesión del periódico liberal como una prueba de la necesidad de defender en todos los terrenos la idea religiosa, en la prensa y en todas partes. Somos los amigos del pueblo, porque siempre les hemos manifestado la verdad sin ambages ni distinguos, la verdad íntegra, la verdad en todos terrenos y hoy nos dá la razón de nuestra propaganda un enemigo, uno que, aunque á medias, reconoce el daño que los liberales hacen al pueblo y á la pátria, al poner celajes á la idea religiosa, al obscurecerla con sistemas políticos, que destronan á Jesucristo de las constituciones y de las leyes.

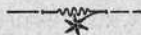
Ven el daño que causan, lo reprueban, pero no se enmiendan. Desgraciados, no quieren luchar por esa verdad, porque la lucha por la verdad impone grandes sacrificios. No tememos, ni retrocedemos un paso; en la lucha empeñada entre la luz y las tinieblas, haremos todos los esfuerzos para que aquella

brillé, y con sus benéficos rayos vivifique las masas é ilustre á los rectores de la sociedad.

La verdad religioso-política será la única regeneradora del individuo y de la sociedad.

No se cura el mal cortando un dedo ni un brazo, cuando todo está corrompido en Europa, cuando todo huele á podrido en España. Hay que unirse los hombres de buena voluntad y lanzarse como apretado haz contra el árbol maldito y arrancarle de cuajo y hacerle añicos y aventar después sus cenizas. Solo así nos salvaremos.

Noviembre 1894.





LONGINOS



ASMA y admira contemplar la Cruz de Cristo elevada en la cima del Gólgota y al pié de ella ver á un hombre gentil, un centurión de las tropas romanas postrarse ante aquella Cruz infamente é hincado de hinojos exclamar ante aquel ajusticiado: *Verdaderamente que este era el Hijo de Dios.*

Abrimos las páginas de la historia y vemos tres siglos más tarde al mundo entero postrado ante esa misma cruz bendita y volver sus ojos agonizantes á la cima del Capitolio para contemplar la divina antorcha, que con sus resplandores ilumina las naciones, poco ha sentadas á las mortíferas sombras del pecado. Vemos como se apresuran los pueblos, antes idólatras, á buscar la benéfica sombra del árbol santo, de aquel árbol, que era grano de

mostaza en el monte Mória y es hoy corpulento árbol en cuyas frondosas ramas anidan las aves del cielo y rodeando su inquebrantable tronco se recuestan las gentes convertidas en hijos de Abrahan.

Es un espectáculo grandioso la contemplación del mundo pagano convertido al cristianismo y postrado ante el madero en donde expiró el Hijo del hombre.

Una mirada retrospectiva nos horroriza al considerar que aquel triunfo de la Cruz costó á la Iglesia la sangre de más de once millones de creyentes, que sellaron con el martirio sus cristianas creencias, y que regaron con generosa sangre vertida en el Circo y en toda la redondez de la tierra aquel árbol bendito.

Víctimas de las iras de la sinagoga, del odio del gentilismo, de la tiranía, del vicio fueron sacrificadas aquellas vidas, sin que los tiranos con sus tormentos, que mataban los cuerpos, pudieran matar aquellas almas, que vivían vida abundante, vida que da Jesucristo, árbol de vida y verdadera vida.

Murió el Sanhedrin, desapareció aquella Sinagoga, y oculto en los ábrasados arenales de Africa ó acorralado en los bosques de Asia agoniza el gentilismo; por el contrario la doctrina católica vive y vivirá mientras haya un

pecho que aliente y un corazón que lata. Los Césares y el famoso imperio de Occidente cayeron en tierra y le hicieron añicos su trono los hijos de las selvas del Norte, cuando asolaron á Europa y con Odoacro dieron deshonrosa sepultura al tirano, que habia luchado contra la Iglesia.

Mahometo II concluye con el imperio de Oriente algunos siglos más tarde; y con la hecatombe de la toma de Constantinopla, purga sus crímenes aquel afeminado imperio, que solo tenía alientos para luchar con indefensos Pontífices, que sólo tenía energías para desterrar y perseguir á los Obispos católicos, que se oponían á los desmanes de los ignorantes emperadores, quienes hacían consistir el gobierno de las naciones en publicar edictos dogmatizantes y terciar en los debates teológicos, para apoyar con su poder á los fautores de las herejías, que adulaban al trono. Esto no podía ni sabía hacerlo la verdad.

Caen los imperios de Occidente y Oriente, cae el Panteón con sus innumerables dioses, cae el Liceo, el Pórtico y la Academia. Celso, Porfirio, Sergio, Teodoro, Arrio, Nestorio, Eutiques y cien más, que levantaron sus manos para arrancar el árbol de la vida y esgrimieron sus plumas contra la integridad del dogma,



pasaron á la historia envueltos en las tinieblas del error y sólo se conocen sus nombres porque el anatema les ilumina con siniestros resplandores. Si viven en la memoria de los pueblos, es porque sus impugnadores lograron la gloria inmarcesible de haberlos triturado defendiendo la doctrina santa de la Iglesia. Atanasios, Crisóstomos, Gregorios, Germánes, Flavianos, Basilio y otros mil más, vosotros nos mostrasteis el camino de vencer sufriendo: pero esas cárceles, esas muertes nos enseñan á padecer antes que abdicar; á morir antes que á abandonar la cruz.

...—¡Dios no muere!,—dijo el mártir de nuestros días García Moreno en Quito al caer mortalmente herido por el puñal homicida de la masonería, y este grito es la frase del centurión Longino traducida en el siglo XIX.

Lucha, guerra continua habrá siempre entre los hijos de la luz y los de las tinieblas, porque guerra es la vida del hombre sobre la haz de la tierra. Serán más prudentes, según la carne, serán más astutos, más hipócritas, más numerosos los hijos de las tinieblas, pero no por eso vencerán á los hijos de Dios, á los fieles creyentes, que puestos los ojos en el cielo, con la esperanza de la eterna recompensa en el corazón, se lanzan al combate sin contar el

número de sus contrarios, ni reparar en las armas de mala ley que los enemigos esgrimen en contra suya.

Una ventaja llevan los católicos sobre los enemigos de Cristo Jesus, aquellos buscan primero el reino de Dios y su justicia y éstos buscan el medro personal y escalar altos puestos para dar culto á su dios, que es su estómago. La causa de los unos es noble y divina, la de los otros es rastrera y humana. Centuplica las fuerzas, da valor en la pelea, el saber que se bate uno por un Rey inmortal y á la sombra de una bandera invencible. Un consuelo nos mitiga las fatigas de la guerra y es que así como pasaron de la escena de la vida al panteón de la historia aquellos malvados, que luchaban contra Cristo y su obra predilecta la Iglesia católica, así pasarán también los imitadores de Lucifer.

Día vendrá en que los engañados por el error vuelvan los ojos á la cruz y esta les presentará el mismo Dios hombre con los brazos abiertos hace diecinueve siglos para recibirlos y estrecharlos contra su seno paternal.

Día vendrá en que los enemigos de la cruz, cansados de combatir inutilmente para arrancarla del corazón de la humanidad, en donde echó hondas raíces, reconocerán sus yerros y

conocerán que es dura cosa dar coces contra el aguijón; entónces, como el Centurión romano, caerán ante esa cruz, de la que hoy reniegan, y dirán convencidos y contritos: *Verdaderamente que este era el Hijo de Dios.*

Unámonos los hombres de buena voluntad y mientras los impíos gritan paz, paz, sin que la tengan; si gritan es para acallar la desesperación de sus almas, en las que no puede haber paz, porque la paz es fruto de la fé, de la que ellos carecen; unámonos formando apretado haz al pié de la cruz de nuestro soberano Rey y Señor y poseeremos aquella paz que Él ofreció á los suyos, la paz que anunciaron los ángeles en Belén á los hombres de buena voluntad.

Longinos de hoy, herid con vuestras lanzas el costado de Dios y al brotar la divina sangre vereis caer de vuestros ojos las escamas, que os impiden ver la verdad. Venid al pié de la cruz, aunque sea con la lanza en ristre para rasgar el pecho del Dios de la caridad; venid, que esa lanza será la llave, que os abra la ciudad del refugio, el ancla que os sostenga sobre las embravecidas olas, y la luz que ilumine los senos de vuestras conciencias, para que veais el hondo abismo en que os hallais metidos.

La impiedad de nuestros días no quiere venir al pié del árbol santo, porque ciego voluntario no quiere abrir los ojos para no recibir los rayos del sol de la justicia. Los enemigos de Cristo Rey no quieren subir al Gólgota para no caer rendidos ante la evidencia de la cruz y verse precisados á exclamar, verdaderamente esta cruz es la salvacion del mundo, la sal de la tierra y la luz de las inteligencias.

Longinos tenía alma noble y sentimientos hidalgos, por eso al conocer la verdad, la abrazó; los centuriones de nuestros días como el poeta dice, «ven lo bueno y lo aprueban, pero siguen lo malo» porque al reconocer á Cristo como Dios y como Rey, hay que desterrar de nuestro corazón los ídolos y renunciar á las coronas del mundo para coronarse de espinas; hay que rechazar las galas que corrompen y vestir por Cristo la ropa de loco, según el mundo; hay que abandonar el servicio de las riquezas y no amar la adulación, porque no se puede servir á dos señores, ni el discípulo ha de ser más que su maestro, y si se quiere seguir á Jesus, hay que cojer su cruz y seguirle por ásperas sendas.

Los que no tengan fuerzas para esto retrocedan, no entren en combate con los enemigos de la cruz; los que se sientan con valor para

la lucha vengan á la palestra, que de ellos será la corona, para ellos está reservada aquella eterna recompensa ofrecida.

No teman los antiguos centuriones ser rechazados, que Cristo á todos nos llama. Confesándolo en todos terrenos, en el individuo, en la familia y en las naciones restableceremos su reinado; que es la justicia, esa virtud que engrandece á los pueblos, así como el pecado degrada y hace miserables á las naciones.

Confesemos con fortaleza como Longinos: —Este crucificado, esta doctrina, esta autoridad, esta bandera es verdaderamente del Hijo de Dios.—Peleemos por la reconquista del reinado de Dios en el mundo y si sucumbimos en la demanda, ¡felices de nosotros! El mundo nos odiará, pero nuestro Rey nos dirá venid benditos á poseer el Reino.

Noviembre de 1894.





DESCRÉDITO



DA grima ver nuestro parlamento español convertido, por las malas artes liberales, que nos dominan, en un reñidero de gallos, por no decir en otra cosa peor.

La seriedad parlamentaria, la inmunidad del legislador, los altos prestigios de la cámara legislativa solo sirven para decir al amparo de ellas algunos chistes, soltar algunas palabras de efecto teatral y á veces para hablar é insultar como lo hacen las verduleras en las plazas públicas. Este es el parlamentarismo ya decrépito y desacreditado, es la meta á que aspiraba el progresismo de mitad de siglo. Para llegar á esta expresión de la soberanía popular, con perdon de la sinceridad electoral, no hacía falta una revolución como la de Septiembre, ni una restauración como la de Sagunto. Bastaba aquel régimen cantonalista del setenta y que cada ciudadano, con su parte alicuota de soberanía, hiciese lo que le viniera en voluntad.

Hace cincuenta años luchamos los católicos para convencer á los liberales y á los incautos, que creían en tales utopías, de que la soberanía popular era un mito, que la sinceridad electoral sería un arma puesta en manos del cacique y manejada á gusto del gobierno liberal, que mande ó turne en el poder. Entónces, y aun hoy, se nos motejaba de retrógrados, de enemigos del progreso, de oscurantistas, de enemigos del pueblo.

En cambio, para reducir á las masas poco ilustradas y amigas de novedades, se entonaban himnos de triunfo; para cantar las conquistas del derecho nuevo, se ponderaban las excelencias del nuevo régimen parlamentario y se hacían lenguas de las ventajas y felicidades que reportaría al soberano pueblo, al que se adulaba y se le ocultaba la verdad, para conducirlo como manso cordero á las horcas caudinas en donde pierde su libertad, su prosperidad y en donde tal vez le arrancarán la vida. Tales son las consecuencias de la decantada libertad liberal.

No hacen las leyes nuestras Cortes, ni en ellas está representada la nación, ni se discuten las cuestiones vitales que mejorarán la decadencia de la producción é industria nacional. Allí presentan las leyes los ministros y se las

aprueba una mayoría dócil y disciplinada, que dice *sí* á todo lo que le place al Gobierno y *no* á lo que le desagrada. Los representantes del pueblo, salvo raras excepciones, y aun estas por condescendencia del ministro que dirige la elección, no son más que representantes del gabinete que le toca turnar, del jefe del partido que á la sazón reparta credenciales y agobie con el peso del poder al que intente sustraerse á esta tiranía ministerial. Se discuten, hablan y votan cosas que la mayoría no entiende.

Concretemos nuestros cargos á la tan debatida cuestión antillana, en la que se ocupó todo el Congreso y en la que metieron baza todos los prohombres del liberalismo imperante. Las reformas proyectadas por Maura, aprobadas por sus compañeros de ministerio y hoy desechadas por unos, abandonadas por otros y hasta combatidas por diputados de la mayoría, á quienes sin duda se les dejó en libertad para desbaratar las reformas antillanas, obra predilecta del actual ministro de Gracia y Justicia, han muerto sin plantearse envueltas en el ridículo.

Autonomistas por un lado, unionistas cubanos por otro, callejistas, villanuevistas, y todos los que se creen con derecho á llenar tiempo con vaciedades, consumen turnos en pro y en

contra de las reformas: como pudieran consumir caña de azúcar, ó lo que igual dá, todos hablaron á maravilla del arquitrabe, ciencia peculiar del liberalismo.

Uno de los personajes que con derecho propio y con conocimiento de causa terció en el debate antillano, fué el Excmo. Sr. Romero Robledo, expresidente del Congreso, académico de la de ciencias Morales y Políticas, exministro de la Gobernación, Ultramar y futuro sustituto del Sr. Cánovas del Castillo; pues bien, ese señor conoce á fondo la cuestión antillana, habla con un aplomo y una soltura que admira. El debía dar quince y raya al señor Abarzuza, que al fin se halla en Ultramar por equivocación y por no haber otro hueco en la última crisis, para encasillarlo en el ministerio, él debía saber mejor que nadie lo que piden los partidos antillanos, lo que debía admitirse ó deshecharse de los proyectos de Maura, porque no en vano cobró sueldo largo tiempo como ministro de Ultramar, y sin embargo.....; no pidamos gollerías.

Habla Romero y, como de costumbre, arremete contra lo primero que se le presenta, que son los autonomistas, sin saber lo que dice hablando del programa político de aquel partido, del ejército independiente que pretende

etcétera, etc. Un diputado, que promete, el señor Giberga, se levanta asombrado de oír tanto disparate en boca de un exministro y con toda la finura posible le dice que «el programa autonomista cubano debe ser conocido por todos los políticos españoles; y el que no lo conozca debe callarse: (*Risas*), que ellos no han pensado jamás tener un ejército independiente, ni otras muchas cosas que ha dicho el Sr. Romero Robledo».

Así lo dice *La Correspondencia*; y para muestra basta un botón. ¿Creerán los lectores de *La Integridad* que Romero se ruborizó, ó que la cámara mandó á estudiar al señor antequerano? Se contentó con reír la *gracia*.

Salmerón quiere hacerse célebre haciendo ruido aprovechándose de los grandes pulmones, que Dios le dió, y lo consigue. Insultos, ataques ora á la Religión, ora á la monarquía; unas veces contra sus antiguos amigos, que hoy van á gusto en el machito del presupuesto, otras contra los católicos que protestan contra las salvajadas de Valencia. Ya sea con motivo de cantar á la República, de la cual espera lograr el botín del presupuesto, ya para descubrir las llagas de los monárquicos, Salmerón no sabe hablar sino levantando polvaredas y armando borrascas parlamentarias.

Algún inocente creerá que en el parlamento se dá gran importancia á cosas de interés nacional; se equivoca. Se habla de un tratado v. g. el de España con Portugal? se vota y nadie se preocupa de leerlo siquiera. Contrata la Hacienda un nuevo empréstito? Diga que sí la mayoría y todo queda arreglado. El pueblo pagará.

¿Se pone á discusión un proyecto de ley, como el ruinoso de tributación de fincas urbanas, ó de aperturas de líneas secundarias de ferrocarriles, ó una proposición pidiendo al Gobierno gestione la introducción sin trabas en Inglaterra de nuestros ganados vacunos, se trata de algo útil, necesario ó siquiera conveniente? En ese caso ni se discute, ni se estudia, ni se aprueba; queda en categoría de proyecto.

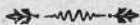
El sistema no puede estar más desacreditado: los diputados solo trabajan, se agitan en los ministerios buscando credenciales para sus paniaguados, protección para los chanchullos de sus agentes electorales, y traslados ó cesantías de los empleados que no se doblegan á sus injustos caprichos.

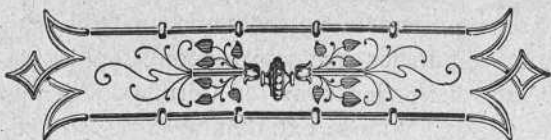
Estas cortes parlamentarias, estos diputados, que no defienden el bien común ni procuran el mejoramiento de las circunscripciones, que

dicen representan, no son como nuestros antiguos diputados que sabían oponerse á las demasías del poder, como en Coruña en tiempo de Carlos I y no se extralimitaban de la comisión que les confiaran sus electores. Hacen falta unas cortes á la antigua usanza española, que formen sabias leyes, como nuestros concilios toledanos, que graben su nombre en la historia como las de Toro, que representen á todas las clases sociales, que no se transformen en asambleas de paniaguados, en pugilatos de verduleras, ni en cuadra de cuartel, para insultarse y decir desvergüenzas.

El sistema representativo legítimo debe volver á informar nuestras instituciones y deben desaparecer las modernas mayorías parlamentarias, las dóciles masas y los diputados de real orden. El parlamento español actual muestra nuestra política bizantina y decadencia asombrosa.

Diciembre de 1894.





CANALEJAS.



SE salvó la pátria con el nombramiento de Canalejas para la cartera de Hacienda. No tanto como salvarse la pátria, ni la Hacienda, ni siquiera mejorar, pero ya cuenta con otro médico, que á fuerza de sangrias ó la mata más presto ó la pone agil como un galgo. Quien se salvó fué Sagasta que vió conjurada la crisis, y puede prolongar un poco más su estancia en la presidencia y el disfrute del presupuesto, que no es cosa tan baladí para que no nos regocijemos los paganos españoles.

Don Amós Salvador se salvó en una tabla. A punto estuvo de perecer entre el cieno que todo lo salpica. Salió del ministerio con la

bandera de la moralidad levantada y cayó como un gladiador romano en el Circo, cayó por defender la nivelación de los presupuestos, que tomó á pechos, cosa inusitada en nuestras costumbres liberales gobernantes. Era un sobrino que dió quince y raya á su tío; era un político que entró en el gabinete con poco nombre y sale con envidiable aureola.

Conoció que el amor á la justicia y la persecución á la inmoralidad administrativa eran estorbos insuperables para gobernar con ministerios liberales y se dijo:—Ahí queda eso. Igual conducta siguió Camacho. Creyeron los políticos que Salvador sería un ministro dúctil á las inmoderadas exigencias de sus compañeros y se llevaron chasco. Chasco no, pero se vieron precisados á despedir á la criada respondona, ó al ministro que no se conformaba tan sólo con cobrar la nómina, sino que despuntaba y ofrecía buenos frutos. Esta fué la causa de la crisis. Tres días fatales estuvo su tío buscando sustituto para gobernar la Hacienda. Era menester buscar una persona que no suscitase envidias en la mayoría, que no se diese cuenta de lo que le metían en las manos y encontró á Canalejas dispuesto á levantar la Hacienda y armonizar todos los intereses por encontrados que fuesen.

Canalejas resultó ministro de Hacienda, como poco há resultó Abarzuza de Ultramar, es decir, por equivocación. No negamos talento, ilustración y buena presencia al Sr. Canalejas para ser ministro. Ya fué ministro de Gracia y Justicia, pero ¿meter en manos de D. José las intrincadas cuestiones rentísticas? hacerlo árbitro de librecambistas y proteccionistas? dirigir él las reformas arancelarias, no dejarse sorprender de las aprovechadas pretensiones del Banco y no enredarse en las mallas de un empréstito? ¿Cómo no? Canalejas para todo sirve: ya estudiará las difíciles cuestiones á su cuidado encomendadas. Procurará enterarse, y si no llega á enterarse, él no ha de pagar los desaciertos que cometa.

¿Por ventura no se halla su colega Abarzuza en Ultramar? ¿Qué sabe él de reformas antillanas, qué entiende él del canje de los pesos mejicanos? Esto dirá el flamante ministro. Cobrará su sueldo, lucirá el uniforme, que creyó no podría lucir más en su vida y con el tiempo ya llegará á ser un pequeño Necker.

Los amigos del antiguo régimen y los que deseamos justicia distributiva somos muy exigentes con los ministros. Para ser ministro no se sufre exámen, como tienen que sufrirlo los pobres empleados de Correos; basta con

ser amigo del Jefe del Gobierno. Así anda nuestra pobre nación, medrada, floreciente y llena de vida!!...

No exageramos en decir que no entiende de Hacienda el Sr. Canalejas. Él mismo lo dice, y cuando lo dice hay que creérselo. Nuestros lectores no saldrán de su asombro y dirán, ¿es posible que en las difíciles cuestiones financieras, que en la cartera más espinosa de todo gobierno, en el timón del Estado pongan un hombre inepto?

Tan cierto es, como es cierto que él sabrá salir de sus apuros, y, como jóven que es, estudiará; lo peor es que con médicos ignorantes la enfermedad no llega á curarse, que, con ministros de altura como Abarzuza, Fabié, Isasa, Canalejas y Pasquín, España camina hácia el ocaso de su vida. Los males crecen con el lapso del tiempo. Cuba pide remedio urgetísimo, Puerto-Rico enseña su cáncer; la Península dice que no puede con tanto tributo, con tanta contribución indirecta y que no vé el logro de sus sacrificios, que á cambio del río de oro que recibe el Gobierno no le dá más que costas sin escuadra, ejército sin armamento ni fortificaciones, empleados inmorales é impunes y una deuda perpétua y otra flotante, que la avergüenza, la empobrece y arruina.

Esto lo remediará Canalejas, del cual dice el periódico *La Estafeta* de Madrid, hablando de la candidatura del Sr. Canalejas para ministro de Hacienda:

«Habría que pensar que se ha perdido en este país toda noción de patriotismo al encargar nada menos que de la cartera de Hacienda á un político que, si tiene excepcionales conocimientos en varios ramos del saber, en esto de los problemas económicos y rentísticos, según confesión que varias veces hemos oído de sus labios, se halla casi casi en completa penuria.

Recientemente hemos podido comprobar esta falta de conocimientos económicos del Sr. Canalejas en el discurso que leyó hace unos días en la Academia de Jurisprudencia, y en el cual, queriendo tratar un punto económico, dijo, aparte de otros dislates, que los rendimientos del capital han crecido en estos años en proporción geométrica y los rendimientos del trabajo en proporción aritmética.

Quien dice tales cosas no es posible que se encargue del ministerio de Hacienda».

¡Bah! ¿Y por qué no?

Para desempeñar esa cartera no hace falta en estos momentos más que una poca de habilidad para saber engañar á las dos tendencias económicas de la mayoría.

Y el Sr. Canalejas tiene demostrado hace tiempo que es hombre hábil.

Aunque declaré que los rendimientos del capital han crecido en estos años en proporción geométrica, y los rendimientos del trabajo en proporción aritmética.

Lo mismo son sus compañeros.

Diciembre 1894.





LA NACION

LEGAMOS á presenciar un espectáculo semejante al que vió Europa cuando los mahometanos triunfantes cercaban las murallas de Constantinopla. Los orientales en vez de prepararse á la viril defensa de su independencia y libertad amenazadas de muerte por la cimitarra otomana, malbarataban el tiempo en aquellas luchas intestinas, que por lo fútiles pasaron á la posteridad con el nombre de bizantinas.

Nuestra política española se reduce á un callejero pujilato, los programas políticos son un mito, y la moralidad política una quimera. No se busca el bien común, no se defienden los sagrados intereses de la pátria; lo que se pretende es el medro personal, los intereses

de la colectividad, la ley de razas. Las viles pasiones son los móviles que dirigen la máquina política y conducen al escollo la nave de la patria, anegada con el peso de sus deudas, con las averías causadas por los continuados desaciertos de nuestros indebidamente llamados gobernantes.

El Tesoro nacional no se repone, ni lleva trazas de reponerse; veinte años de paz marcial no extinguen nuestra deuda y parece que la aumentan los incesantes despilfarros y la desmedida ambición de empleos pingües.

El ejército, sufrido y valiente, se halla sin material, sin consignación en los presupuestos para construir necesarias fortificaciones, poco remunerados sus jefes y absorbiendo la mayor parte de los presupuestos las pasividades y la chusma de generales que cobran y ascienden por obra y gracia del... del tapón. La armada; pero, ¿hay armada en España? Acerca de la situación de la escuadra se debe correr un velo y ocultar el rostro. Millones se gastaron para construir una escuadra y la escuadra está en proyecto.

No puede uno fijarse en todas las calamidades que afligen á la esquilmada nación porque apena el ánimo y una fría sensación paraliza los latidos del corazón cuando se contempla el

cuadro triste y desconsolador que presenta España, la que debía ser la primera nación del mundo, como lo fué en pasados siglos, por la riqueza y fertilidad de su suelo incomparable, por la sobriedad y laboriosidad de sus habitantes y por el recuerdo de su pasado glorioso, que aun hoy electriza á la masa común, á los que no se hallan gangrenados por el cáncer moderno, al pueblo sufrido que ora y paga. Si; debía ser la primera nación de Europa por su riqueza, por su comercio, por su industria, por sus productos agrícolas y manufactureros, como lo es todavía por el indomable valor de su ejército, por el ingenio de sus hijos y por la generosidad de sus grandes sentimientos, si un gobierno paternal impulsara sus industrias, protegiera su comercio, levantara su agricultura y administrara sus caudales con justicia y moralidad.

España tiene indiscutible derecho de ocupar el primer puesto entre las naciones civilizadas; todos debemos contribuir, en la medida de nuestras fuerzas, á restaurar nuestra antigua grandeza y prosperidad. Nuestras miserias actuales no deben arredrarnos. Cegada la venenosa fuente, que enerva nuestras vitales energías, estirpado el cáncer que nos devora, y vueltos á la idea religiosa, esta nos devolverá

las primitivas fuerzas y resucitaremos á nueva y exuberante vida. Solo la idea políticoreligiosa podrá darnos gobernantes justos y probos, empleados morales á instruidos. La religión es la única panacea para nuestros males.

También ella será la savia de la nueva vida, y la fuerza que destruya el error. Parlamentos sin religión, gobiernos naturalistas, no producen más que leyes sin equidad y atropellos de la justicia.

Los españoles debemos unirnos bajo la bandera de la Iglesia y pedir la salvación de la patria, moralizando los municipios, pidiendo la supresión de organismos costosos y absorbentes de la vida de aquéllos, verdad en la representación nacional, sinceridad en la administración de justicia, y que las leyes se informen en el código divino del Evangelio y se saturen del espíritu de la Iglesia, y así terminará el socialismo, la anarquía, el malestar general y la actual anemia que abate, empobrece y conduce al abismo á la madre patria.

Como Héctor á los Troyanos, debemos escuchar las palabras que nacen en el corazón y vienen á los labios envueltas en amargura indecible:

«Un sólo agüero la verdad anuncia,
Y es el que dice: *Defended la Patria*».

La defensa de la pátria debe ser el lema de todos los políticos: la defensa de la pátria debía ser el impulso de todos los corazones, y si así fuese no se verían esos cuadros lastimosos, esas disputas bizantinas, esas miserias políticas. La política no sería *lo contrario del sentido común*, como dice un liberal conspicuo, sería el gobierno justo y acertado de los pueblos que haría reverdecer los marchitos laureles de la pátria.

Enero 1895.





PRESUPUESTOS



LA cuestión batallona de todos los partidos liberales, que turnan pacíficamente en el poder, es la confección de los presupuestos.

En verdad que los presupuestos de una nación son el termómetro de su prosperidad. Una nación que gasta más que lo que recauda no puede prosperar, no tendrá vida desahogada: poco á poco irá cayendo, primero en el descrédito y por último en la miseria. Esto sucede en nuestra España.

Desde comienzos de siglo comenzó á aumentar, paulatinamente unas veces y otras de repente, la cifra de gastos. La guerra civil primera, el desasosiego ocasionado por los progresistas, eran los pretextos para contraer deudas

que poco á poco formaron esa deuda perpétua asombrosa é inexplicable, que abruma á nuestro tesoro.

En verdad que no fueron las guerras civiles las que empobrecieron á España; la causa principal es la inmoralidad administrativa y la desmedida ambición de los partidos turnantes en favorecer con pingües sueldos á empleados inútiles, en remunerar servicios políticos, á costa del Erario publico. Otras muchas concausas pudieran señalarse. Perdonemos, en gracia de la franqueza, el error en que están los liberales. Supongamos que son justificadísimas la deudas solventadas con gravosos empréstitos; supongamos que el estado no malgasta un céntimo: ¿es motivo éste para que los presupuestos cierren con *déficit* asombroso? ¿es razón para que España se vea cada vez más empeñada y empobrecida? Si una guerra civil, tan corta como la pasada, que solo costó al Estado la mitad, mucho menos tal vez, de los gastos ocasionados se considera por los liberales como la causa del *déficit*, ¿qué no sucedería si luchásemos con otra nación? No puede admitirse como causa la deuda contraída por la última guerra civil, es menester confesar que no se calculan bien los gastos y los ingresos, ó se malgasta el ingreso.

La nivelación de los presupuestos es el *desideratum* de los partidos políticos, y esta nivelación mil veces prometida, no llega, no resulta, no aparece al cabo de veinte años de paz ...casi octaviana.

Es que no se extirpa de raíz el cáncer y solo extirpando la causa desaparecerá el efecto. Es que continúan aumentándose organismos inútiles, creando empleos, pagando partidas, que jamás debieron ser consignadas en los presupuestos.

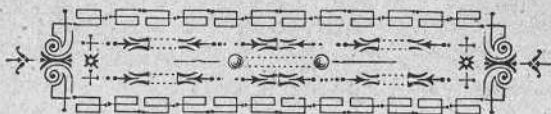
Maura no hará milagros, como tampoco los hizo Gamazo, ni Toreno, ni Puigcerver, ni los hará ninguno de los ministros liberales que entran en el ministerio con hartos compromisos políticos y particulares.

Es una necesidad que todos conocen, es una cosa inevitable: ó la nivelación ó la bancarrota. Capdepón aumenta las cifras de su departamento de Gracia y Justicia. Lopez Dominguez quiere aumento en el de Guerra. Puigcerver no será menos que Pasquín, y ambos desean mejorar el uno la Marina y el otro el Fomento nacional. ¿Qué hará Maura? Está visto, acceder á las pretensiones de sus amables colegas, ya que Sagasta no se opone. Al fin no es cosa de dejar la cartera como su antecesor D. Amós por cosa tan baladí.

Seguirá la trampa adelante, se economizarán unas cuantas plazas de á doscientas pesetas, pero en cambio, aparecerán subdivididas las secciones de algún ministerio, y si se hunde España, que se hunda, porque los liberales no tienen amor pátrio, ni conciencia, ni temor de Dios. ¿Durará mucho tiempo nuestra desgraciada situación? Dios quiera que no. Dios salve la pátria é ilumine á sus gobernantes.

Enero 1895.





LUGO



EN capricho de un ministro quita á la ciudad de Lugo el quinto regimiento de artillería, que poco ha reside en aquella ciudad. Gasta el municipio unos cuantos miles de duros para instalar cómodamente la artillería, se hace un contrato con el ministro y se compromete éste á conservarla en aquella plaza por seis años lo menos; ahora, sin reparar en la injusticia que se comete, ni atender al cumplimiento de sagradas promesas, y solo por complacer al Sr. Merino, yerno de Sagasta, se ordena el traslado á León del regimiento y en cambio se le ofrece una insignificante compensación á la ciudad ultrajada.

Con tal motivo en Lugo reina el consiguiente disgusto. La prensa refleja la protesta unánime del pueblo y levanta el grito, grito que sofocará el poder, pero que resonará en toda

Galicia y repercutirá en toda la península ibérica.

Estamos al lado de nuestros hermanos de Lugo. El centralismo despótico nos desprecia, no reconociendo el perfecto derecho que nos asiste de reclamar el cumplimiento de solemnes contratos. La pequeña pátria se vé oprimida, vejada y su derecho desconocido. Volvemos á los tiempos de Leovigildo, que arrebató la independendencia de la Suevia: se conoce que nuestra raza se halla en decadencia, y el espíritu del mal, que informa nuestra desgraciada política gobernante, enerva las energías indomables de nuestros antepasados.

En Galicia hay todavia un pueblo viril, y si es paciente tambien sabe ser heróico contra el que intente humillarlo. Ayer la Coruña, hoy Lugo y mañana otra ciudad gallega experimentará los perjudiciales efectos de leyes, que se fabrican para satisfacer bastardas ambiciones, y para complacer el nepotismo prepotente, sin atender al bien común.

Escuche la voz de la justicia el ministro de la Guerra, queden sin efecto sus órdenes de traslado, órdenes caprichosas que no justifican ni razones estratégicas, ni económicas, y no abuse por más tiempo de la proverbial paciencia gallega. Lugo se mostró resignado con la

supresión del colegio militar; los cuantiosos gastos hechos para el campo de tiro resultaron un despilfarro y ahora pierde ochenta mil pesetas. Sería el colmo de la paciencia sufrir nuevo desengaño, nuevo ultraje y nueva decepción.

El Miño nos trae envuelto en sus revueltas aguas el amargo lamento de nuestros hermanos. Los que de veras amamos la pequeña patria no podemos mostrarnos indiferentes á este atropello, que se nos hace con todo descaro y en son de amenaza de mayores males. Desde Fuente Miño á la Guardia se levantará un clamoreo, sonará una protesta universal y fuerte contra la imposición del poderoso, contra el desafuero del poder central, que así arruina á una ciudad y le arrebató sus ilusiones sin motivo racional que lo justifique.

Dentro de la legalidad, sin apelar á medios violentos, reclamad el cumplimiento del contrato. Lucenses, no temais á los poderosos, la justicia está de vuestra parte, la razón y la simpatía os acompañan en vuestras reclamaciones. Teneis á vuestro lado á todos los pueblos que cercan el Miño y el Atlántico; vuestra causa es la nuestra; vuestras autoridades os dirigirán en la lucha; con ellas al frente acudid en queja á los altos poderes, que nadie

puede privaros del derecho de representación. Estas desgracias ocurren á los pueblos que se ven dominados por la hidra de cien cabezas, de esa fiera sin entrañas, de ese árbol maldito del liberalismo, que todos debemos extirpar.

La política liberal absorbente, el centralismo, asesino de nuestra vida municipal y provincial, ese estómago que todo lo devora y nada devuelve, es la causa de nuestros males. Hé aquí los frutos y conquistas de la *gloriosa* de Septiembre del 69; estos son los derechos concedidos al pueblo soberano, pueblo al que viste de rey de burlas poniendo en sus manos esposas y cetro de caña. ¡Galicia despierta! Lugo, vuelve los ojos á tu blasón y mira en tus armas al verdadero Rey de los siglos, único soberano que puede levantar tu rostro del polvo en que quieren hundirte tus enemigos!

Estas disposiciones que no tienen otro objeto que hacernos sentir nuestra pequeñez; estas arbitrariedades, que no justifican ni la necesidad, ni causa alguna racional, deben hacernos pensar en la unión estrecha de los gallegos. Si; ya se abusa de nuestra mansedumbre; ya es burla sangrienta tanto ultraje continuado. Lugo no estará dispuesto á sufrir en silencio la nueva afrenta y en su conducta noble, varonil, enérgica, vemos reflejado el carácter de nuestra

región, que prefiere la muerte á la deshonra.

Para levantar cargas del Estado, para contribuir con dinero y sangre, somos los primeros; para sufrir, para padecer persecución somos el blanco preferido; pero en cambio para disfrutar algunos beneficios somos los últimos. Nuestros representantes en las Cortes debían ser el eco fiel de nuestra protesta: ¿tenemos representantes en las Cortes? Salvas algunas excepciones, la mayoría ni conoce nuestras necesidades, ni se interesa por nuestras desventuras. Otra razón más para que defendamos el regionalismo y pidamos la abolición del curerismo, del caciquismo y del nepotismo, cánceres que corroen nuestro Gobierno, llagas que enferman la sociedad, y polilla que come la nación.

Con todas nuestras débiles fuerzas nos ponemos al lado de los sufridos lucenses. LA INTEGRIDAD no cesará de reclamar del Gobierno que cumpla lo pactado con Lugo y no traslade el quinto regimiento montado de artillería á León. El Gobierno debe considerar los intereses creados y respetar sus compromisos. El pueblo debe insistir en el cumplimiento del contrato, y no dejarse seducir por promesas halagüeñas ni ceder ante exigencias de partido. El interés

del pueblo, el prestigio de la región y el honor de la patria piden de consuno la prosecución en el camino emprendido.

Adelante: no reparar ni en el número ni en la calidad de los enemigos. *Deus fratresque Gallæciæ*. La unión es la fuerza: unámonos los gallegos y venceremos.

Enero 1895.





A MONTEIRA



EN un periódico de la corte se publican unos artículos dirigidos á *Camilo de Cella*, y en ellos se habla del regionalismo y de la dirección que debe darse al nuevo despertar de nuestra amada región. Una indicación del articulista revela el deseo de que no resuciten nuestras antiguas artes culinarias é indumentarias. Reniega *do pote e da monteira*, que están íntimamente ligadas á nuestras tradiciones, forman parte integral de nuestra resurrección y no pueden ser relegadas al olvido.

No es sólo la parte estética, no es la razón económica; otras razones poderosas nos impulsan á trabajar por la restauración de nuestros trajes característicos y manjares indígenas. Vestir á la francesa, comer á la francesa, bailar á la francesa, afeminan el carácter viril, enervan las fuerzas y desdicen de la gravedad

galaica, de la religiosidad sueva; y mal que le pese al articulista, los suevos eran un pueblo fuerte. Que fueron vencidos y subyugados por los visigodos, ¿y qué? Tal vez su docilidad, su honradez no supo evitar los manejos de la corte de Leovigildo, ó la fuerza les arrebató su independencia. En nuestros días, Polonia perdió su nacionalidad política, porque cayó sobre ella la incontrastable fuerza del dilatado imperio moscovita. ¡Dejó por ventura de ser un pueblo noble y grande? En todo corazón generoso se guarda un recuerdo simpático de aquel reino mártir de la ambición rusa. No es un baldón para Galicia el recordarle la dominación sueva; es un timbre de gloria. Riquiario se postró ante la cruz bendita, antes que Recaredo lo hiciese en el concilio toledano.

Por eso mismo queremos se conserve en nuestra región el traje característico de nuestros paisanos. El traje refleja las costumbres, es símbolo de nuestras pasadas grandezas y antemural de peligrosas innovaciones. Desgraciadamente va desapareciendo: las prendas de vestir, que comienzan á usarse en nuestras aldeas, no son para comparar con las que se usaban todavía en mediados del siglo actual.

Eran costosas, y con todo resultaban económicas. Duraban tres y cuatro generaciones

aquellas capas; aquellas *muradanas* servían para abrigar á los tataranietos de las que por primera vez las confeccionaban. Hoy los percales, las telas francesas y las modas, además de no ser baratas, no duran ni revisten ese carácter majestuoso, noble y digno, que daban á nuestras campesinas aquellos antiguos trajes. La higiene, la comodidad, el buen gusto no están reñidos con el antiguo traje gallego.

Invade ciudades, villas y aldeas la moda francesa. La estrechez con que se oprimen las formas, las articulaciones sin soltura para los movimientos, y otros mil inconvenientes, no hacen preferible el traje moderno. Nuestra *monteira* no es contraria al buen gusto, y bien merece algo más que los honores de archivarla en un museo de antigüedades.

Ella cubría la cabeza de nuestros padres, cuando á comienzos del siglo lucharon, en los riscos de nuestras montañas, contra el ejército francés. Ella asistía á los concejos, cuando en la paz se ordenaban aquellas leyes patriarcales que nos hacían más venturosos. Ella se remonta á tiempos pasados en que no había infiltrado su veneno en las clases agricultoras el espíritu moderno. Con el restablecimiento de la *monteira* desaparecería de la comarca el cacique de chistera y el chupóptero de hongo.

La sencillez en las costumbres, la moralidad en la administración de justicia, la honradez en los contratos, la fidelidad en los compromisos, el amor y obediencia á las autoridades, parece que están vinculadas á la *monteira*. Desde que ella vá desapareciendo de esta hermosa Galicia, la criminalidad aumenta; los tribunales entienden en más pleitos; las ventas falsas y la negación de deudas crecen como la espuma; y la rebeldía á las autoridades vá sustituyendo á la hidalga obediencia con que se acataban las órdenes superiores.

Se registran más pependencias y desgracias desde que cayó en desuso la *monteira*. En una palabra, el malestar actual, la postración, la emigración, y otros males de esta pequeña patria reconocen como una de sus causas principales el abandono de las antiguas prendas de vestir y el deseo de imitación. El lujo siempre fué inagotable fuente de inmoralidad. La sobriedad gallega, la tenacidad de nuestra raza, su valor indomable, son efectos de nuestro carácter, costumbres y tradiciones.

Enero 1895.



CARIDAD



EL carácter cristiano de esta virtud sobrenatural lo bastardea, lo borra, lo destruye el racionalismo en nuestro días, y el racionalismo en el orden de los hechos es el liberalismo, como dice el sapientísimo León XIII.

Nuestro pueblo español tiene en sus venas aquella generosa sangre de los mártires, que regaron el árbol de la religión en los primeros siglos. Las ideas erróneas no pervirtieron sus generosos sentimientos y por eso la desgracia pública halló siempre eco en los pechos iberos; y en donde quiera que exista una pena allí acude el caritativo corazón español á consolarla.

En medio de la pobreza á que nos condujo la desastrosa administración pública liberal, entre tanta miseria como nos aniquila, hay un recurso supremo, hay un paño de lágrimas, hay un socorro á la desgracia en la inagotable caridad de los habitantes de esta península.

Se inunda Almería y Murcia; lanza su voz lastimera el huérfano, la viuda y el desampado, y esa voz repercute en todos los ángulos de la nación desde el Ebro al Miño, desde el Guadalquivir al Deva y retorna al lugar de la catástrofe ese eco simpático de la caridad traducido en copiosos donativos en metálico y en especie.

Consuegra desaparece bajo un mar de lodo y sus viviendas son arrastradas por las impetuosas aguas del Amarguillo. La caridad implora auxilios para los pobres, que se hallan desabrigados y sin vivienda y la nación vuelve á conmoverse ante el lastimoso cuadro, que ofrece un pueblo inundado, pobre y hambriento.

Una suscripción nacional amontona rios de oro en las listas de la *Gaceta* para contrarrestar los desastrosos efectos causados por el Amarguillo y desde la Regente hasta el modestísimo empleado ceden gustosos sus haberes en

favor de sus desgraciados hermanos. La prensa abre sus columnas y por ellas desfilan todas las clases sociales contribuyendo con su óbolo caritativo para consolar al triste y mejorar la suerte del desventurado.

Algunos millones se recaudaron en España para remediar los males causados por las inundaciones. Nuestros compatriotas residentes en el extranjero y en América escucharon el lamento de la desgracia y concurrieron presurosos con sus generosas limosnas hacer menos sensible la situación de aquellos pueblos tan duramente atribulados.

Parece que tanto recurso reunido debía remediar los males causados á dichos pueblos. Los trabajos y obras de desviación del río, todas las que aconsejaba la ciencia para evitar la repetición de aquellos desastres, debían hacerse, pronto y sólidamente. Recursos pecuniarios sobraban, la necesidad era patente, los perjudicados lo pedían y ¿qué se hizo? ¿qué se consiguió? Vergüenza da decirlo, poco menos que nada.

El liberalismo sabíamos que no tenía entrañas en política, que era ateo en religión, que era racionalista en filosofía, pero no creíamos que fuese á burlarse del santo nombre de la *caridad*, para encubrir con él mercantilismos, que

ni siquiera merecen el nombre de filantropía. El negocio, la especulación, el deseo del lucro, la prosperidad de una empresa, fué el nefando móvil con que se explotó la caridad, el sentimiento nacional en favor de los desgraciados.

Proyectos, listas, ofrecimientos total nada de provecho para los perjudicados. La comisaría régia, la comisión de la prensa liberal, las juntas, todos tergiversaron la virtud santa de la caridad. Todos trataron de negar las propiedades de esa virtud cristiana por excelencia, todos, con sus malas obras empañaron sus fulgores y apagaron el fuego del distintivo cristiano de esa virtud divina.

El liberal y el masón no conocen la caridad benigna, sufrida, paciente y que se sacrifica hasta dar la vida por sus hermanos, conocen si el dolo, la perfidia y el egoismo de Ananias y Safira cuando se atrevieron á mentir al Espíritu Santo.

El dinero ciega las inteligencias y las corrompe: el amor á las riquezas no permite el reinado de la caridad y si se quieren pruebas léase la prensa liberal de Madrid que se tira los trastes á la cabeza y se verá el resultado de la suscripción nacional y la de la prensa: se verá como reclaman los de Consuegra y como se filtró el oro de la caridad en los bolsillos

de filántrópicos liberales. Cargos tremendos contra las autoridades resultan ahora; y el dinero de la caridad malversado.

El liberalismo nos quiere quitar con las ideas sanas los sentimientos nobles, con la fé también la caridad. ¡Maldito sea! El amor á lo ajeno, el sentirse impasible ante los clamores de la miseria, el robar el caudal de los pobres, son sus sentimientos. Tu frio egoismo sea tu perdición; la ambición sea tu ruina. Pueblo español, considera lo que puedes esperar del que empobreció á tu Iglesia y roba el caudal de la caridad.

Enero 1895.





CONSUELO



o es grande que digamos el que nos suministra la prensa de todos los matices políticos al afirmar como nosotros que el mundo se halla convertido en un caos, la sociedad bambolea, el individuo se degrada y los gobiernos carecen de medios para regenerar el corrompido y hediondo mecanismo político.

Aterra el cuadro pavoroso que presenta el mundo actual. Grecia, Alemania, Francia, Buenos Aires, Brasil, Portugal y España, el nuevo y antiguo continente, se agitan y commueven. En sus angustiosas sacudidas, en sus estertóreos bramidos semejan la agonía terrible de un gigante, antes lleno de vida y robustez y ahora reducido á la impotencia y muriendo por asfixia.

El mundo era un gigante cuando circulaba por sus venas la savia vigorosa del catolicismo, cuando el Vaticano era el oráculo del universo civilizado, cuando Cristo reinaba en la

sociedad; hoy es un pigmeo. Una serpiente se enroscó en su garganta, le aprieta con sus férreos anillos, le impide aspirar el puro ambiente del evangelio, y le mata, asfixiándolo.

Esta serpiente, que primero empobreció su sangre y ahora le ahoga, es el liberalismo imperante en ambos continentes.

En esto discrepamos los católicos de los sectarios. Nosotros reconocemos como principal causa, como única causa del malestar general, el entronizamiento de la hidra apocalíptica, y el alejamiento de las naciones de los caminos del bien, y la guerra inicua contra el reinado social de Jesucristo.

Los amantes del derecho nuevo, los ilusos de la hipótesis y los malvados imitadores de Lucifer atribuyen este fenómeno tan universal, tan idéntico en todos los países, tan uniforme, á varias causas. Esto no puede admitirlo la sana filosofía, ni la economía política; ni la historia lo justifica, ni la crítica lo tolera.

No pueden producir causas transitorias ni eventuales un mal tan profundo y progresivo, tan constante y universal. El efecto es de la naturaleza de la causa que lo produce, ni puede ser superior al principio que lo origina.

¿Por qué pues atribuir á diversas causas lo que trae origen de una sola? ¿A qué viene esa

labor infecunda de multiplicar causas y discrepar en el principio y origen, cuando todos conocen la evidencia de las fatales consecuencias?

Da lástima ver discurrir á esos infelices, haciendo verdadero derroche de ingenio, buscando causas fantásticas, motivos pueriles, para explicar satisfactoriamente este malestar, que nos rodea y nos presenta un pavoroso porvenir preñado de catástrofes, nos enerva en la actualidad, y nos hace clamar por un salvador en el inminente naufragio.

Por más que cierran los ojos de la inteligencia á la meridiana luz, por más que cierran obstinados sus oídos á los sanos consejos, por más que sofoquen los generosos impulsos de su corazón, día vendrá en que los defensores del árbol maldito del liberalismo digan con nosotros: «La justicia engrandece, eleva y purifica á los pueblos; la inmoralidad, el error, oprime, empobrece y mata á las naciones».

Hoy van viendo que no es tan halagador el cuadro de venturas que trajo al mundo el reinado del error, que se emancipa de Cristo. Hoy no se atreven á negar la realidad triste, la verdad amarga, de los emponzoñados frutos, que nos da ese árbol; frutos que en proclamas, en tentadoras promesas, y en los credos políticos nos parecían, antes de tocarlos, agradables,

sabrosos y saludables. ¡Cuánto engaño oculto en aquellas peroraciones de las Cortes de Cádiz, en las manifestaciones progresistas y en los clubs revolucionarios! Aquellas promesas de bienestar social; aquellas propagandas en nuestras aldeas en los tiempos de la *septembrina*: aquellas leyes abolidas, aquellos *abajo, vivas y muéras*, que enloquecieron á nuestro desgraciado pueblo ¡qué caras las paga ahora!

La libertad trocada en tiranía, los tributos multiplicados, las quintas obligatorias para el pobre, los derechos inalienables convertidos en un padrón ignominioso, en una burla sangrienta, en un cetro de caña puesto por befa en sus manos. Estos son los frutos amarguísimos que saboreamos.

Hoy vemos los males, palpamos las consecuencias, lloramos los desvaríos y nos acordamos tarde para romper las cadenas, que nos atan al carro triunfante de la revolución. Nuestra anemia nos quitó la virilidad, nuestra prostración nos hace impotentes, nuestra enfermedad de hoy nos roba la energía necesaria para arrancar el árbol podrido, romper las cadenas y sacudir el yugo.

Las naciones son sanables; pero es menester que una catástrofe nos purifique, como purificó el diluvio á la tierra de sus impurezas;

una revolución es la que ha de aventar las cenizas del envenenado árbol, anegar la corrupción, y raer de sobre la haz del antiguo y nuevo continente, esa lepra, que todo lo corroe, ese error, que corrompe las inteligencias y pervierte los corazones.

No lo creerán así nuestros adversarios, pero se encargará de evidenciárselo la historia. Preocupaciones de escuela, filiaciones políticas, intereses creados, hipótesis inventadas, todo desaparecerá ante el ciclón, que pasará por el mundo para regenerarlo. La corrupción es causa de la generación.

Entonces caerán las destrozadas naciones en brazos de su madre la Iglesia; los pueblos devastados alzarán los ojos al faro del Vaticano y los imperantes, caídos de sus tronos dirán: «Nosotros insensatos creíamos una quimera la salud del Evangelio y una locura la vida que ofrecía Cristo».

Esta esperanza de retorno es un consuelo, en medio de tanta amargura como nos rodea.

¡Oh Cristo!

¡Que todos vean la luz de vuestra doctrina! Que no les habra los ojos la siniestra luz de la tea incendiaria sino la antorcha de la fé que salva al mundo!

Febrero 1895.



ALAMIDADES



N angustiosas circunstancias para la nación española se hace cargo del timón del Estado el Sr. Cánovas del Castillo.

No es fausto presagio el saludo que hace la Bolsa al advenimiento al poder del partido conservador. Tampoco lo es el repentino desarrollo de la insurrección en Cuba. Con todo, los conservadores se muestran muy satisfechos con el disfrute del presupuesto y no piensan en cosa mayor, ni se les dá gran cosa por los conflictos pendientes. Sólo piensan en el reparto de credenciales, en saciar su apetito en el Tesoro y en contentar á sus amigos, que se hallan esperando hace dos años el momento de hincar el diente en la codiciada nómina.

De aquí proviene que sea la cuestión más trascendental para el nuevo ministerio la provisión de cargos. Los despechados, que necesariamente han de ser los que se queden sin ración en el festín, serán muchos; dentro de breve tiempo se trocarán en disidentes y más tarde en declarados enemigos.

Desgraciadamente en España no se concibe la política de otra manera, ni se trabaja por el bien común, sino por el medro personal y protección del pandillaje.

El gobierno, para cumplir su cometido, tiene que disolver inmediatamente las Cámaras después de legalizar la situación económica con la aprobación de los presupuestos. La disolución de las Cortes es una consecuencia necesaria de la representación que ellas ostentan.

Como se hacen las elecciones bajo el sistema liberal, como se practica la sinceridad, la libertad en la emisión del sufragio, y como se respeta el inalienable derecho del pueblo soberano, todos lo sabemos.

Con estos elementos, manejados por un ministro de la Gobernación hábil, resultará el Parlamento un representante del partido que manda y no la genuina representación de la nación. Los parlamentos así constituidos, no sirven para legislar; las cortes, viciadas en su origen, solo

pueden ayudar al Gobierno que las encasilló y entregó el acta declarada limpia, por muchos borrones que tenga y coacciones que para obtenerla se hayan ejercido.

Los fusionistas tenían sus senadores y diputados; los conservadores necesitan también los suyos.

A nadie extrañará, pues, ver disueltas las Cortes y convocar á nuevas elecciones. Las elecciones municipales se acercan, las de diputados á Cortes vendrán enseguida. Dos elecciones ¡cuántas inmoralidades no representan! el mover la máquina electoral y producir una mayoría en las Cámaras y en los municipios ¡cuántas injusticias, molestias, gastos y atropellos no acarrearán!... Esto es lo que ya preocupa á los encargados de complacer á los caciques, á los pretendientes de destinos: á esto se reduce la menguada política, liberal española, llámesela conservadora, apellídesela fusionista.

La benevolencia prometida, el apoyo ofrecido, el respeto á intereses creados, el turno pacífico lo cumplirán, lo observarán los jefes, los amigos del *do ut des*, pero acá en las provincias, aquí en los pueblos todo eso se traduce en odios africanos, en luchas sangrientas é intestinas, en persecuciones sin cuartel.

En los distritos, cada elección es más perjudicial que un pedrisco, más dañosa que una epidemia y más destructora que la filoxera.

La consideración de los perjuicios, que con estos cambios políticos se originan á los pueblos rurales, no arredra á los gobernantes, estos daños no son capaces de imaginarlos los llamados partidos turnantes. Dos grandes calamidades amagan á la agobiada nación, dos castigos la amenazan, las elecciones para municipios y para diputados á Córtes.

En Galicia más se sentirán estas borrascas, serán más intensas que en las otras regiones, porque las depresiones, los resortes que se mueven son aquí más tiránicos y opresores.

El caciquismo y la usura, el entrometido y el rico preparan sus aceradas garras para clavarlas sin compasión en las gargantas de nuestros pobres y desventurados labradores, quienes maldicen de la política, aborrecen las elecciones y se les dá un bledo porque cobre don Práxedes ó D. Antonio.

A la postre nada bueno esperan ni del uno ni del otro.

Compadezcamos á la nación que tiene que soportar un nuevo yugo; muévanos á lástima la terrible situación en que se vén nuestros paisanos.

Estas felicidades, estas dichas, nos traen los partidos que no quieren inspirarse en la justicia y equidad del antiguo derecho tradicional y beben su inspiración en las cenagosas aguas del derecho nuevo.

Estas son las nuevas calamidades que sobrevienen con la crisis ministerial y nos aumentan el ya largo catálogo de nuestras desventuras.

Febrero 1895.





¡NEFANDA!



N escritor estampó dias pasados un juicio erroneo en un periódico que se publica en esta provincia.

Hablando del siglo XVII y del tribunal del Santo Oficio llama á aquella época *nefanda* y pone tales calificativos á la Inquisición, que en verdad nos causó sorpresa ver al pié de aquel escrito la firma de un gallego, al que creíamos más versado en historia y más imparcial en sus juicios. Mayor sorpresa nos causó el leer aquel engendro en un periódico, que se llama católico, y es liberal de la peor casta, el cual sin un comentario, sin una advertencia publica aquel escrito y difunde así el odio al Santo Tribunal, guarda de nuestra fé y obra de la sabiduría de nuestros antepasados.

Llamar época *nefanda* á la época de la Inquisición española es desconocer la historia pátria,

es renegar de nuestras gloriosas tradiciones y hacer causa común con los enemigos de nuestra grandeza.

En aquella época comenzó España á constituirse y á ser verdadera potencia. Concluida la epopeya inmortal de la reconquista, obra de la fé de nuestros padres, los incomparables Reyes católicos Fernando é Isabel establecieron el tribunal de la Inquisición, para que este conservase la obra comenzada en Covadonga y victoriosamente terminada con la expulsión de los moros de la península y la rendición de Granada.

Lo que habían ganado las armas debía conservarlo la fé, lo que costara tanta sangre, derramada en mil combates por espacio de cerca de ocho siglos, debía custodiarlo y defenderlo un tribunal, que impidiera la introducción de fermentos funestos que corrompieran de nuevo la nación española. Este era el fin de aquel tribunal, este era el pensamiento de aquellos sábios gobernantes, que buscaban para sus súbditos el bien, la prosperidad y la grandeza.

Para los cristianos la fé es el supremo bien del pueblo, como para los gentiles lo era la salud. La fé es fuente inagotable de prosperidad, por que la fé es luz y camino para la inteligencia; es grandeza, porque con la fé nos vinieron juntamente todos los bienes.

La ilustración, el progreso, el apogeo de nuestra gloria nacional coinciden con los tiempos de más fé, y no sólo coinciden, sino que la razón y la historia demuestran que la civilización es fruto del cultivo de la inteligencia.

La inteligencia descubre ignorados horizontes, descorre el velo de arcanos impenetrables, conoce las causas, averigua los fines, progresa y avanza segura por los caminos de las ciencias, cuando la fé la ilumina con sus esplendrosos rayos, cuando la antorcha de la fé difunde su luz por las verdades, que la gentilidad vislumbró tan sólo, y no pudo comprender sino mezcladas con el error.

Progresaron las artes y llegaron á la meta de la perfección en nuestra pátria, cuando el ideal cristiano era el ideal de nuestros artistas, cuando las creaciones de la fé eran traducidas en esas filigranas de granito, que llamamos nuestras catedrales, ó se estampaban en los lienzos y llenaban el mundo con sus inimitables cuadros. La literatura de nuestro siglo de oro, era la literatura de Cervantes herido en Lepanto y cautivo en Argel por la fé.

La poesía era aquella poesía que floreció y tuvo vida robusta, porque la fé era la savia que nutría nuestras letras y las inspiraba: el santo tribunal velaba para que no se mezclase

con esta pura savia el virus ponzoñoso de la herejía.

No salimos del asombro que nos causó oír á llamar *nefanda* á aquella época gloriosa de nuestra historia; época llena de grandeza, de civilización y de bienestar para la nación española.

¡Nefanda! ¿Y por qué? Porque con el establecimiento del tribunal, guardador de la pureza de nuestra fé, corre parejas la unidad de la pátria, consecuencia de la unidad de fé; porque con él comienza la decadencia del feudalismo, el nacimiento de nuestra incomparable literatura, la escuela nacional de pintura, la fama militar de España en el extranjero, la teología escolástica, que pásmó en Trento, y la legislación, que sirvió de norma á los legisladores del mundo civilizado.

¡Nefanda!, y aquella época es la época de los Santos que brillan en el cielo purísimo de la Iglesia católica, como astros de primera magnitud. Domingo de Guzmán, Pedro Arbués, Telmo, Loyola, Calasanz y Teresa inmortalizaran esa época.

¡Nefanda!, y las artes levantaban el Escorial y producían esas maravillosas obras, que serán admiradas en todos los siglos y eternizarán los nombres de Herrera, Murillo y Velázquez.

¡Nefanda!, la época de los Cisneros, Rojas, Calderón de la Barca, Tirso y Garcilaso. *Nefanda*, la época del descubrimiento de las Américas, y de la imprenta: de las guerras de Flandes, Italia é Inglaterra.

Hombres como Colón, Arias Montano, Soto, Melchor Cano, Gonzalo de Córdoba, Juan de Austria, y otros mil no los produjo ni producirá época alguna en la historia pátria, ni se hallarán en la historia del universo.

Un prejuicio contra el santo tribunal, un error de la escuela liberal, un ruín sentimiento de menguar las grandezas pátrias, serían quizá el móvil que guió al menguado escritor para estampar ese desfavorable juicio contra la época más grande de nuestra gloriosa historia y lanzar esa acusación injusta contra la institución más beneficiosa á España y que tanto nos envidiaron otras naciones.

No podemos creer que un hombre medianamente ilustrado se atreva á sostener que aquellos tiempos fueron nefandos para España; ni que él se haga eco de las calumnias vertidas por los protestantes, fracmasones y liberales contra el santo tribunal, que fué odiado sólo por los malos y herejes, siendo admirado y querido de los buenos y de los amantes de las grandiosas tradiciones pátrias.

Después de los recientes trabajos de Ortí, de Menendez Pelayo, del P. Cappa y de tantos otros escritores españoles como trabajaron en el esclarecimiento de la verdad histórica acerca del Santo Tribunal, no cabe dudar, no puede alegarse ignorancia; sólo la mala fé y el deseo de ocultar la verdad será quien guie su pluma.

Aquel horror, aquellas negras tintas con que se pintaba la Inquisición, quedaron relegadas á los folletines de periódicos sin amor á la verdad y vendidos á las sectas.

Hoy pasó de moda aquel expeluznante relato de las novelas de mediados de este siglo, inspiradas en las calumnias de Llorente.

En los teatros de á real la entrada y de funciones por hora se verán desfigurados el carácter y fin del Santo Tribunal; pero el que se precie de ilustrado, el que tiene algún conocimiento de la historia, y que sabe apreciar los hechos usando de las reglas de la sana crítica, se reirá de los sábios á la violeta, de los ignorantes escritorzuelos, que quieren cubrir su pobreza de ideas y carencia de ingenio con altisonantes epítetos y calumnias asquerosas á esa gloria nacional, á ese tutor de nuestra civilización y progreso.

Febrero 1895.



CUBA

LARTOS de derechos y saciados con todas las libertades, que nos ha conquistado el derecho nuevo acá en la península, quisimos hacer partícipes á nuestros hermanos de la gran Antilla española de la bienandanza y prosperidad que disfrutamos, regalándoles unas reformas, que son lo mas granado, lo mejorcito que produjeron nuestros partidos liberales.

Esa obra maestra de todos los partidos políticos, esa panacea para los males antillanos, ese talisman que había de atraer venturas sin cuento sobre Cuba, es el fruto del ingenio preclaro de Maura, la fórmula salvadora de Abarzuza, y el extracto del talento colonizador de Romero.

Para que nada resultase y fuese esta una obra perfecta del liberalismo turnante, lleva en sí con las iniciativas del fusionismo la aprobación y beneplácito de los conservadores, el visto bueno de los republicanos, y, para que nada le falte... la maldición de los buenos.

Ese apresuramiento por parte de los fusionistas, esa transigencia y cooperación de los silvelistas y conservadores, eran indicio claro de que con tales reformas se quería atajar un mal inminente, se deseaba combatir un movimiento natural y espontáneo y se anhelaba arrojar una piltrafa á los hambrientos filibusteros, para acallar su hambre de justicia.

Los que seguíamos de cerca los sucesos de Cuba y conocíamos las necesidades, que tanto en las Antillas como aquí en la península se sienten, nos dijimos: «las reformas son deficientes, el remedio del mal no está todo en la organización. No es teoría, es práctica lo que necesita Cuba para mejorar su precaria situación».

Desconfiabase de aquellas noticias, que se anticipaban á los sucesos y publicaban los órganos del ministerio en la prensa. La prensa cubana asalariada al poder central nos pinta la situación de Cuba regocijada, al tener noticia de la aprobación de las reformas, como si un libertador

les declarase independientes y les otorgara con la emancipación un bienestar del que carecen. Aquellos telegramas oficiales, aquellas fiestas populares, aquellas recepciones fastuosas, aquellos balcones colgados y círculos iluminados, de que nos hablaban los cablegramas, se trocaron á los pocos días en rugidos de la fiera separatista, que ansía romper la cadena que la sujeta á la metrópoli; aquellos vivas al paternal Gobierno de Sagasta, repercutieron en los campos y en la manigua diciendo: «¡Viva Cuba libre!» Las reformas no sacian á los insurrectos.

Así son todos los liberales, así escriben la historia. ¿Qué adelantó Cuba con que se le ofreciese intervención en la administración, mayor número de representantes, etc.? Lo que adelantó España cuando al grito de «¡abajo los consumos! ¡fuera las quintas!» derrocóse un trono y se proclamó ella soberana. Muchos derechos, grandes conquistas; libertad, igualdad y fraternidad eran el tema de aquellos liberales; moralidad, justicia, descentralización es el grito de sus sucesores, y á la sombra de nombres tan venerandos se consumaron las mayores arbitrariedades; se cometieron manifestaciones injusticias y sancionaron inicuos atropellos.

Cuba no se satisfizo con el oropel de unas reformas que serán todo lo halagüeñas que se diga, pero que no pasarán de la categoría de leyes, que se acatan, pero no se cumplen, fórmula ésta muy liberal y española,

Cuba, al ver un Gobierno débil, que en vez de perseguir con mano fuerte la defraudación de aduanas, de exigir responsabilidades ante los tribunales de justicia á los prevaricadores y enviar altos funcionarios honrados, que levanten el desprestigiado nombre español, manda allá á hambrientos para que se sacien con el oro cubano, á malvados que no reparan en medios con tal de regresar con desahogada posición, á empleados ineptos (como el barbero de un ex-ministro de Ultramar) al frente de negociados de importancia; Cuba, repetimos, se aprovecha de la ocasión, é intenta sacudir la tutela de la madre pátria, para romper el yugo que la imponen.

Ya lo hemos dicho otra vez: el liberalismo nos hará perder Cuba, como perdimos las restantes posesiones americanas. No hacen falta reformas nominales: no son leyes lo que pide nuestra Antilla; pide hombres honrados, funcionarios probos. Tiene hambre y sed de justicia; allí se quiere moralidad, no libertad, para que con su sombra se la esclavice; busca buena

administración para que no se filtren por ignorados agujeros sus tesoros, busca igualdad ante la ley, verdadera fraternidad, abolición de toda esclavitud y esto ¡doloroso es decirlo! no se lo dará ningún Gobierno liberal.

Y no se lo dará porque no lo tiene; y no lo tiene porque el liberalismo se quiere emancipar de Cristo y de su Iglesia, y claro está que fuera de ella no hay salvación para el individuo, ni para las naciones.

Mientras el masonismo campee en Cuba con la protección oficial, y halle simpatías el protestantismo norteamericano, y se lleve ante los tribunales civiles á los representantes de la Iglesia, no hay que pensar en la salvación de Cuba.

Cuba en breve plazo se perderá.

Marzo 1895.





PUERTO RICO



UNA es la situación de la isla de Cuba, pero no es mejor aquel la en que se encuentra la otra perla de las Antillas, su hermana menor Puerto Rico. A la primera llevó el espíritu liberal con sus reformas el malestar y á la segunda la ruina en que hoy se halla.

Una vida angustiosa, una miseria, un clamoreo general se oye en la pequeña Antilla, en otro tiempo tan llena de vida, tan próspera y hoy arrastrando una existencia precaria y miserable. Las mismas causas producen iguales efectos; y en Puerto Rico, lo mismo que en Cuba, la desmoralización administrativa, la preponderancia del caciquismo y el agio absorben cuantiosos recursos, inutilizan la igualdad ante la ley, establecen una ley de razas insostenible en todos los pueblos y muy peligrosa en un país, como aquel, ardiente y meridional.



Hoy no debemos hablar de esos males crónicos, que producen la anemia en aquella antes robusta isla, tan floreciente y rica que mereció con justicia aquel nombre, que lleva hoy como un sambenito de sarcasmo y befa. Aquellos males son incurables. El árbol maldito extendió hasta aquella lejana región las envenenadas raíces de sus doctrinas deletéreas y su sombra mortífera se proyecta en Ponce, Mayagüez y San Juan.

Esa sombra agosta la exhuberante producción de aquel fertilísimo suelo, corrompe á los representantes del principio de autoridad, y empobrece á los habitantes de Puerto Rico.

Vamos á tratar la cuestión del canje de la moneda mejicana, cuestión capitalísima para aquella Antilla, cuestión que reclama con urgencia una pronta solución, para evitar la inminente ruina del comercio y la desaparición de la agricultura, fuente principal de la riqueza del país. Los representantes de Puerto Rico hacen presentes al Gobierno, á las Cortes, al trono y á la madre España las necesidades de aquella sufrida, pacífica y laboriosa Antilla; los centros importantes de producción, comercio é industria, reclaman con urgencia una solución al conflicto creado por la invasión de la moneda mejicana, autorizada por el Gobierno;

la prensa levanta su voz y pide al ministerio que contemple la crisis monetaria por que atraviesa la isla. Amigos y enemigos del canje todos reconocen que es de urgente necesidad dar pronta solución al conflicto.

¿Qué hace el Gobierno liberal fusionista? Lo que hizo el conservador y hacen todos los Gobiernos liberales; hacerse el sordo á las justas reclamaciones, salir del paso ofreciendo estudiar con detención el asunto, dejar correr los días, para que se cansen de reclamar, y apelar al expediente dilatorio de aplazar todo lo que pueda interesar ó convenir á la nación. Por algo se han de llamar gabinetes de altura; la altura la hacen consistir en gastar malamente tiempo precioso y energías poderosas en discutir cuestiones tan importantes como el acta de Vendrell, ó acordar el medio de complacer y agasajar á los moros. Puerto Rico es una isla pequeña dirán, no es levantisca como Cuba, no tiene protección de las potencias como Marruecos: pero no por eso debe desatenderla el Gobierno.

El general Dabán apela al recurso de hacer callar á la prensa amordazándola con multas y ordenando la prision de sus representantes, porque la prensa descubre la causa de las dilaciones y aplazamientos, porque manifiesta

quiénes son los autores y partícipes del agio y monopolio de la moneda mejicana. Apesar de todo, no faltan periódicos valientes que, como *La Correspondencia de Puerto Rico*, hablan clara y razonablemente en favor del interés popular, sin intimidarse ante amenazas del poder, ni ante la guerra provocada contra los que se hacen eco del malestar general.

Hágase el canje con descuento ó sin él, circule la plata española, pónganse límites á las operaciones del canje y estúdiense detenidamente la cuestión; pero lo que urge, lo que reclama pronta solución es el conflicto creado. El Gobierno debe tener en cuenta que no hay paciencia que no se acabe, ni mansedumbre que no se agote.

No se juega impunemente con la suerte de un pueblo digno y laborioso. Es crearse un serio conflicto para el porvenir abandonar una cuestión tan importante y de justicia. Esta reclama que se procure el bienestar de los súbditos y no que se les abandone en sus miserias, cuando una mala consejera, la desesperación, llama á sus puertas, y silba á sus oídos la serpiente separatista el grito tentador de ¡independencia y libertad! El mal ejemplo de Cuba puede ser imitado por los puertorriqueños, el filibusterismo halla terreno dispuesto para que en él germine su

mala semilla. Es hora de escuchar los lamentos de los puertorriqueños: los medios legales á que hoy apelan les hacen acreedores á que sus justas peticiones se resuelvan.

¡Tal vez se les atendiese si apoyasen sus reclamaciones en un ejército armado! Pero esto debe evitarlo el Gobierno, y poner cuanto esté en su mano para precaver cualquier movimiento, como el cubano, pues no sería extraño que al ser desairados y despreciados en sus peticiones se lanzasen al campo en busca de peligrosas aventuras.

Llamamos la atención del Gobierno sobre el pasmoso incremento que allí toma el enemigo de la pátria, el masonismo, lo extendido que se halla allí el espiritismo y la ignorancia de la verdadera religión entre los *jibaros* del campo. Estos factores podrían causar días de luto á la pátria.

Medidas de higiene contra esta peste tal vez evitasen un contagio.

Dios guarde á la preciosa Antilla, digna de mejor suerte y mayores venturas.

Marzo 1895.



EL PORVENIR

QUÉSTAMOS presenciando el comienzo del fin de nuestra España liberal. Cunde el desaliento entre las huestes liberales; ciega su inteligencia, atrofiada su voluntad, los gobernantes no ven la sima á donde caminan, el volcán que bajo sus piés ruje y la tempestad que sobre sus cabezas se cierne.

No es la crisis la que trastorna á los partidos liberales, ni la falta de hombres para ocupar las carteras vacantes, lo que les hace ser débiles ante los obstáculos que se les presentan; otra cosa más íntima les desespera, les obceca y hace temer, es el pavoroso porvenir que se les presenta lleno de peligros y letales presentimientos.

El sistema liberal, mil veces refutado en la teoría y convicto de erróneo, iba pelechando en la práctica, y muchos creían que el error doctrinario podía producir un Gobierno, si no del todo bueno, pasadero al menos y que

prolongaría para ellos largo tiempo el pacífico disfrute del presupuesto.

El tiempo se encarga de demostrar que nunca el árbol malo puede producir buen fruto y que no puede ser superior el efecto á la causa que lo produce. La historia contemporánea nos evidencia con luz esplendorosa que el liberalismo, cualquiera que sea su forma, cualquiera que sea el nombre con que se apellide, no causará la felicidad de la nación, no remediará los males de la patria, ni nos traerá la felicidad, prometida mil veces en sus engañosos programas de gobierno.

Una dificultad engendra otra; un borrascoso debate parlamentario es precursor de otro más escandaloso; una torpeza ministerial ocasiona el disgusto de un pueblo, de una región, y tras aquel primer paso mal dado se continúa por la senda de los tropiezos y se sigue recorriendo todo el escabroso camino de las torpezas, de los desaciertos: de tal suerte que el Gobierno tiene la triste fortuna de provocar un conflicto en cada cuestión que se suscita.

La inmoralidad cunde por modo maravilloso, la indisciplina toma carta de naturaleza en las mayorías y la debilidad ministerial encona las heridas, agranda las dificultades y hace incurables nuestros crónicos males.

Recurso gastado y que nada remedia es el apelar á una crisis más ó menos extensa. Las crisis reconocen por causa la mayor parte de las veces pequeñeces y miserias humanas. No son las soluciones que imponen los conflictos pendientes las que provocan una crisis, ni la cuestión triguera, ni la división territorial militar, ni los gastos superfluos de los presupuestos, ni la protección á la industria nacional, ni cualquier otro motivo digno y levantado que interese á la patria.

La mudanza de ministros ó de situaciones obedece á intrigas de gabinete, á despechos, á ambiciones no satisfechas, y los interesados entregan sus carteras, con pena tal vez, pero resignados, porque quien se las había dado se las pide, si así conviene á las exigencias políticas de su jefe.

Sagasta deja el poder á Cánovas y con el poder los conflictos creados. Un Gobierno que dilató la pacificación de Cuba, no resolvió el canje de la moneda en Puerto Rico, no facilitó medios para concluir con la guerra en Filipinas, no planteó las reformas judiciales, ni aprobó los presupuestos.

Un Gobierno débil ante Marruecos, sumiso ante las imposiciones de las potencias, atento á desagraviar á los Estados Unidos, y que falta á

su palabra en la cuestión de tratados con Alemania, en una palabra, un Gobierno que nos arruina en la península, que nos perjudica con su política ultramarina y que nos humilla ante el extranjero se retira del poder y le sucede otro que seguirá igual torcida senda.

¿Quién exige responsabilidades á los responsables? ¿Qué garantía tiene la nación? Salen como vinieron y el pueblo soberano se verá burlado una vez más.

Todo se reducirá á unas explicaciones en el Congreso acerca de la crisis.

¡Pobre España! Los sayones de la política echan suertes sobre tu pobre y desgarrada túnica en la cima del Calvario de tu postración.

Tu presente te hará ver con pena tu pasado glorioso y hoy amenazada con la espada dirigirás los ojos al porvenir. El porvenir no te se muestra con colores halagüeños; espera, ten confianza en el porvenir, pátria amada, que tras esas negras nubes, que ponen el luto y la amargura en tu alma, brillará el sol de tu regeneración.

Sin número de hijos tuyos se forman ese poderoso núcleo que trabaja, ora y paga, y de entre ellos saldrán varones esforzados que laven la mancha de tu afrenta, levanten tu prestigio y te libren tus opresores. Dios parece

que se apiada de tu miseria, cuando acelera el castigo merecido por tus culpas, y si hoy lloras la pérdida de tu *Reina Regente*, acuérdate de que en tu seno levantas un templo á la Reforma; si Cuba te se subleva, recuerda que en su suelo permitiste al mónstruo del masonismo pasear por sus calles el triángulo de la secta.

La sangre vertida en Rostrogordo y Cabrerizas, es sangre de mártires del honor y de la pátria; esa sangre te impetrará el perdón.

En las prisiones gimen tus hijos esforzados; desde allí elevan sus plegarias al Todopoderoso; ellas serán oídas.

¡¡Dios salve á España!! Más que nunca debemos orar por nuestra pátria porque la fé nos dice que los castigos actuales son el principio de la próxima regeneración.

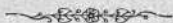
Tengamos confianza en el porvenir; tras las cautividades de Egipto y Babilonia, vinieron para Israel la tierra de promisión y el Desado de las gentes. Nosotros veremos también brillar en la hoy mística y manchada frente de España el sol de su grandeza.

Marzo 1895.





DOLORES



A cualquier parte que dirijamos la vista nuestros ojos no hallan más que miserias, calamidades y angustias. En torno nuestro se mueven las figuras de un cuadro vivo, figuras que traen á nuestra mente desconsoladoras ideas: sobre un fondo obscuro se destacan las blancas osamentas de esqueletos terroríficos. Estos esqueletos son restos de seres exuberantes de vida en otros días más felices: esos huesos se vieron un día cubiertos de carne, carne que consumieron viles gusanos.

La madre pátria pasea en ese triste cuadro su manto hecho girones, toda la antigua morbidez de sus formas se reduce ahora á descarnados huesos: acompaña la otro espectro, al parecer de antigua matrona, hoy sin manto

y sin corona, sin un girón siquiera que cubra su horripilante desnudez.

A España y Galicia reconoce el corazón español y gallego en esos restos, en esos esqueletos que trabajosamente caminan sobre un suelo cenagoso rodeados de reptiles, que se enroscan en sus ya blanquecinos huesos. Dolor y pena causa tan lastimoso cuadro. El deseo de rescatar á la pátria grande y á la pequeña pátria de tan dura esclavitud; el anhelo de restituirles á ambas su primitiva vida, exuberancia y grandeza trae á nuestra memoria el recuerdo de las causas que á tal postración las condujeron, y del fondo del corazón surge un grito de maldición para los causantes de tales desventuras.

La desesperación se apoderaría de nuestro ánimo y nos haría soltar desalentados la pluma de nuestras manos, considerando que la muerte es el único remedio para nuestra pátria y nuestra región, si la fé en el porvenir no anidara en nuestro pecho, y la esperanza en Dios, que hace sanables á las naciones, no guiara nuestra pluma para seguir peleando las batallas por Dios y por la pátria.

Humanamente pensando no se vislumbra todavía el sol de nuestra regeneración. Los partidos que turnan en el poder no remedian, sino que agravan los males de la nación. Las crisis,

los parlamentos, las instituciones no satisfacen al pueblo harto de sufrir, harto de trabajar, para recibir en cambio de sus trabajos y sufrimientos una corona de espinas, un acónito que debilita su poca sangre, un nuevo yugo que le hace sucumbir con la carga abrumado bajo su insoportable peso.

Hemos hablado en varias ocasiones, y creemos innecesario repetirlo, están palpitantes en la mente de todos los males de la pátria y la impotencia de la política maleada de nuestros días para restituir á aquella su merecida preponderancia. Es un axioma vulgar el dicho de que la política es una mentira, que no hay ideales, que solo se busca con ella el medio de disfrutar á costa del sudor de los demás.

Nuestros labradores, con su instinto práctico político, adivinan el crecimiento de sus males. En Galicia aumenta el malestar de una manera alarmante. Vemos que los ingresos por contribuciones directas merman porque la agricultura no produce lo suficiente para pagar tanta gabela, no hay dinero entre los tierratenientes.

Días pasados oímos lamentarse á un agricultor que nos decía amargamente: «—No sé qué hacer. La contribución territorial nos abruma, vencen los trimestres y el recaudador nos avisa,

nos notifica; pero ¿qué remedio tengo? Estoy viejo y no puedo emigrar; los años me impiden labrar mis tierras; tengo que apelar á jornaleros, que piden exorbitantes sumas y ni así logro encontrarlos; carecemos de braceros. Los abonos cuestan, las viñas exigen maderas, los campos quieren varias labores previas para la producción. Los foros me llevan lo mejor: las semillas escasean y tienen precios subidos y ahora la contribución territorial no me dá espera: la cédula ya me la imponen con recargo y triplicado su coste, los consumos ¡ah! los consumos me *consumen*, porque no quise darle mi voto al que hace el repartimiento en la parroquia. Voy á casa de don X para que me preste algún dinero, para sacar de delante el recaudador de la contribución y al de cédulas, y también para comprar una yunta de bueyes que me labren los campos en abril, y no me lo dá, porque dice que no cosecho vino y no tengo con qué pagar. Fuí junto á don Z y ese me los presta con estas condiciones: además de hipotecarle mi casa y fincas y presentar como fianza al mayor contribuyente de la parroquia, he de pagarle adelantado dos años de réditos; éstos me los exige al diez por ciento.

Anuncié á la venta mis bienes. Ya hace un año que puse anuncios en la iglesia parroquial

sin que nadie se atreva á comprármelos. A mi padre le calcularon que valían treinta y ocho mil reales, así continúan figurando en el amillaramiento y bajo el tipo de este capital imponible contribuyo; y, pásmese usted, se atrevieron á ofrecirme por ellos siete mil tan sólo. Para eso tenía que hacer una información posesoria á mi cuenta, pagar la escritura y el registro en Hipotecas. Tengo que dejar los bienes y que se apodere de ellos el Estado. No tengo otro remedio. Bien lo siento, porque mis terrenos están regados por mi sudor, por el de mis padres y por el de mi difunta esposa. Al cabo de mi vida, trabajando siempre, no tendré otro remedio qué irme al Asilo de las Hermanitas y aguardar allí por mi última hora!...»

Al decirnos esto vimos correr por sus rugosas mejillas gruesas lágrimas, que se deslizaban hasta rodar por sus calzones de estopa y perderse en el suelo.

No pudimos consolarle. El tributo, el foro, el Estado, el municipio, la usura, todo estruja, chupa y aniquila á la agricultura. Galicia siente atravesado su corazón por esas duras espadas. Es demasiada la carga que se impone á la agricultura y los medios para sobrellevar la carga escasean.

La industria despreciada, sin bancos agrícolas, sin rectificar los catastros, las fériás sin demanda; los encargados de proteger la agricultura ayudando á enterrarla y... no está lejano el día en que nuestros campos yermos se vean abandonados al Fisco.

Tus dolores, Galicia amada, no hallarán alivio mientras la hidra revolucionaria aprisione en sus anillos tu agricultura, tu riqueza y tu dirección. Mira al Calvario, y en aquel mar de amargura, bebe la saludable agua de la resignación y pide la redención de tu esclavitud.

Abril 1895.





UNA PLAGA



No es creíble, si no fuera por desgracia verdad, la supina ignorancia de muchos hombres, que se lanzan pluma en riesgo por el campo de las letras en busca de una gloria efímera ó de un mendrugo, escribiendo en los periódicos diarios.

La prensa vomita millares de periódicos en los que no se vé una idea, no hay un raciocinio. Parece que no se necesita saber para escribir para el público. La ignorancia es muy atrevida; este refrán se halla confirmado todos los días al leer esa prensa despreocupada, que no halla campo vedado para ella, ni cree que no todo el monte es orégano. Historia, filosofía, política, literatura, teología, todo cae bajo la férula de su insipiencia, y, con un aplomo que admira, deciden cuestiones difíciles con la

seguridad de un sábio esos escritores noveles.

Esta es una de las pruebas de nuestra innegable decadencia. Los verdaderamente sábios no se atreven á abordar ciertas cuestiones, ni á emitir su dictámen en problemas difíciles, sin haber antes estudiado con detención los términos, sin haber pensado con madurez de juicio el pro y el contra de las escuelas que tratan de resolver dichos problemas. La ciencia es tímida; solo la ignorancia tiene ese atrevimiento, esa audacia para resolver con magistralia los intrincados argumentos, que requieren estudios complejos y largos.

Con una frase huera y de efecto, con un período altisonante y campanudo los nécios deciden una cuestión ó resuelven un problema. La escuela volteriana del siglo pasado comenzó ese sistema empleando la sátira, el epigrama, para ridiculizar los dogmas, burlarse de las creencias y asestar sus tiros contra las tradiciones de los pueblos y las verdades de la sana filosofía.

Buscaba la enciclopedia argucias en la metafísica, argumentos de verdad aparente en la historia, falsificaba las tradiciones, y se valía de los ropajes esplendorosos de la verdad para ocultar la fealdad del error. Hoy se progresó

más y todo esto se desprecia. Se hacen categóricas afirmaciones sin presentar los fundamentos en que se apoyan. Se plantean y resuelven árdulos problemas sin conocer el estado de la cuestión. Se pregonan los adelantos de la filosofía, cuando más se desprecian sus inmutables principios, que ellos desconocen.

En filosofía, como en toda ciencia verdadera, no satisface el *magister dixit* de los pitagóricos. En el racionalismo de nuestros días debía haberse desterrado el argumento de autoridad, y, por un fenómeno raro, vemos que es el argumento Aquiles de nuestros sábios periodistas vulgares. Díjolo Blas, ó lo dice Ciruelo. hé aquí la razón suprema con que contestan á las dificultades que se les presentan.

Desgraciadamente la ignorancia de los que se dedican á escribir, cuando debieran dedicarse á romper piedras, halla terreno ápto en el vulgo necio; para el número infinito de los tontos escriben esos literatos que todo lo destrozan, comenzando por degollar la gramática.

Es menester emprender una campaña moralizadora contra esta plaga; debía legislarse para evitar que se fomentase la ignorancia popular con escritos insulsos, necios y pretenciosos. No debía permitirse dar publicidad á los trabajos de la

ignorancia, ni circular tonterías, que en vez de ilustrar envilecen al pueblo borrando de su mente las pocas ideas sanas aprendidas en la juventud.

El mal cunde y nuestros gobernantes no paran mientes en los estragos sociales que causa este mal. La ignorancia es enfermedad epidémica y llegará un día en que el número infinito de los necios llegue á inspirar serios temores á las naciones. Peor es mil veces esta plaga, que amenaza las sociedades, que el pauperismo; es más perniciosa esa libertad de emitir disparates que la de expender venenos y explosivos.

Por ley natural está obligado todo hombre á conocer sus obligaciones, los deberes de su oficio. Para ejercer la medicina requiere la ley civil un título académico que sea garantía de la ciencia, que se supone debe tener el que la ejerce. Solo para escribir públicamente, solo al periodista no se le exige título, ni previo exámen, ni se le pone traba. Hablamos de esa avalancha de periodistas espúreos y advenedizos, que en vez de empuñar una lezna cojen la pluma, en vez de manejar la garlopa, hojean un diccionario y con esto se creen capaces de escalar el Pindo y poner la ceniza en la frente al mismo Cervantes.

El periodismo de nuestros días se halla sin prestigio y autoridad por esa punible condescendencia, por esa facilidad con que se permite escribir y colaborar á los ignorantes. Fórmese una cruzada contra los advenedizos; póngase un veto á los ignorantes; suprimase el aliciente de poner al pié de los embutidos literarios el nombre y apellido de los autores de tales hazañas, y habremos adelantado algo en el progreso del periodismo.

Fustíguese sin compasión á los invasores, hágase la razonable crítica de sus sandeces y habremos hecho un bien á la sociedad. Dá grima leer muchos periódicos, causa horror el cinismo de la ignorancia. Arredra del estadio de la prensa á los hombres de valer científico el ver esa multitud de sandeces impresas en letras de molde.

Destruyanse esos hongos mezclados con las ricas flores de la verdadera literatura, esos zánganos plagiarios y esos fátuos que no se conocen así mismos, porque no se les hace ver ante el espejo de la crítica.

En Galicia debíamos formar una liga contra esos escritorzuelos de *perro chico* y formar un gremio, al que solo podrían pertenecer aquellos que obtuviesen un diploma concedido por una academia, ó se sujetasen á un exámen

público para poder ejercer el honroso cargo de periodista.

Una previa censura, una mordaza de hierro, un suplicio hacía falta para contener á esos malhechores, que se lanzan al campo de las letras escudados con el lema de *Audaces fortuna juvat*.

Que no se diga fuera de Galicia: «zapatero en Galicia es sinónimo de escritor».

Zapatero á tus zapatos. Practiquese esto, y la enfermedad se remediará.

Abril 1895.





OTRA BURLA



Los dolores que afligen á nuestra pátria sin ventura y las grandes plagas que abrumam á nuestra Galicia son más hondas, son más grandes que lo que aparecen á simple vista.

En Galicia reviste caracteres de gravedad el nuevo sistema de tributación urbana y merece que se llame la atención pública sobre la situación en que se hallan nuestros laboriosos agricultores.

Días pasados hablábamos de la precaria situación en que se halla el propietario agobiado por los tributos, foros, rentas, y la tiranía del usurero, que aprovecha su penuria para estrujarle y oprimirle. Hoy se nos presentan con

clara evidencia otros males, previstos si, pero no sentidos todavía, que ván á aumentar el acervo de las penas de nuestros infelices labradores.

La contribución sobre las fincas urbanas no tiene razón de ser en la población rural gallega. Con raras excepciones, puede asegurarse que Galicia no tiene ciudades ni villas: en su inmensa mayoría solo tiene aldeas. En las aldeas gallegas la fincabilidad urbana se halla diseminada, se halla en condiciones tales, que de todo tiene menos de urbana: sirve simplemente para albergue, no reditúa.

Un descuido, propio de nuestros representantes en el Parlamento, debió ser la causa de que los proyectos de Gamazo referentes á la tributación urbana fuesen aprobados por las Cortes sin una enmienda en favor de Galicia, sin una excepción que eximiese á las fincas, impropriamente llamadas urbanas, de nuestros paisanos.

El proyecto se aprobó sin protesta por parte de nuestros diputados. Muchos ignoraban la trascendencia y perjuicio que acarrea á Galicia la aprobación de tal proyecto, convertido hoy en ley. Y lo ignoraban, porque ignoran nuestras necesidades, porque no conocen la manera de ser de nuestros labriegos, á quienes solo conocen cuando reclaman de ellos sus sufragios y

á quienes olvidan poco después de recibir el acta, que puso en sus manos la autocracia de un cacique, ó el encasillado de un ministro.

Contra la aprobación de esa ley, que viene á colmar la medida de nuestros males, á concluir con la poca vida de nuestros esquilma- dos labriegos, debieron protestar las diputa- ciones provinciales, ya que no lo hacían nues- tros representantes en el Senado y en el Congreso, debieron elevar razonadas exposi- ciones los municipios y apelar á todos los medios legales para que no llegase á sancio- narse como ley aquel funesto proyecto, que carece de justicia de equidad y de aplicación á Galicia.

Hé aquí una de las consecuencias más fu- nestas del liberalismo centralizador; los dipu- tados y senadores debían ser de la región que los elige y residir aquí algunos años, ó cono- cer siquiera nuestras costumbres, necesidades y aspiraciones, para que conforme á las unas hiciesen las leyes, supiesen remediar las segun- das y satisfacer las últimas.

El mal arranca de esa dañada raíz. Nuestros representantes lo son de nombre; se sabe cómo son elegidos, se conoce demasiado la libertad y sinceridad del sufragio, y por eso se llaman vulgarmente diputados de D. Práxedes ó don

Antonio, porque representan lo que estos jefes quieren, no lo que la región desea: no representan al país.

Por eso cada día más odio cobramos al liberalismo corruptor de nuestras pátrias libertades y falsificador de nuestras Córtes tradicionales. El pueblo que paga y sufre se halla sin genuina representación en el Parlamento. Nuestros agricultores, nuestros ganaderos, nuestros industriales, se hallan huérfanos y sin procuradores de sus intereses en las Córtes legislativas.

Considera la nueva ley como finca urbana la humilde choza de nuestros campesinos, aquella casita sin techo de madera y en la que se albergan los hombres y los animales; al lado del hogar se hallan los corderos que han de suministrarle lana para sus vestidos, junto al horno se halla el cubil en donde se cría el cerdo, que no prueba nuestro labriego, porque con su producto tiene que pagar el foro y la contribución.

Los hórreos, las cuadras, los «alpendres» y cobertizos en que se guardan los granos, los animales, los aperos de labranza y las leñas, son fincas urbanas que se hallan sujetas por la nueva ley á pagar una contribución al Estado, igual á la que pagan los palacios de los

próceres, los edificios destinados al lujo y al vicio, como los teatros, centros de recreo y garitos. ¿Qué utilidad reporta el labrador de tales tugurios en que vive? Por ventura no paga ya por territorial? ¿á qué, pues, hacerle tributar por el hórreo en que guarda los frutos? No paga en consumos y riqueza pecuaria lo suficiente para que se le permita guardar ganados y leñas ó aperos en los cobertizos y cuadras? Es justo que tribute de nuevo bajo el mismo concepto? Cómo ha de tener riqueza pecuaria, cómo labrar las tierras si se le exigen tantas gabelas?

Urge que se asocien los ayuntamientos rurales, que acudan á las diputaciones para que estas reclamen del Gobierno la exención del oneroso tributo en favor de las casas-habitaciones de nuestros labradores, de los lugares destinados á guardar granos, leñas, aperos agrícolas, los molinos y cuadras para ganado vacuno.

Suplan ellos las deficiencias de sus representantes en las Cámaras legislativas, levanten su voz lastimera y no cejen en su empeño hasta ser oídos y atendidos como en justicia merecen.

Es un escarnio sangriento llamar fincas urbanas, y como tales hacerlas contribuir,

á las miserables chozas de nuestros labriegos.

Anímense los ayuntamientos y reclamen contra esa burla legal, contra esa cuádruple contribución, que viene á hundir más en la pobreza á nuestra arrastrada agricultura.

Protestemos todos contra esa nueva burla.

Abril 1895.





¡ES TIEMPO!



Aquí en España tenemos una manera especial de juzgar los presupuestos generales de la nación. Nos fijamos algo en el presupuesto de gastos, censuramos aquellos que nos parecen supérfluos, criticamos los que solo nos parecen convenientes y aun regateamos los necesarios. Esta manera peculiar de fijarnos exclusivamente algo en los gastos, no solo es propia de los que no disfrutamos del presupuesto y de la generalidad del vulgo, sino que también pasa lo mismo en el Parlamento.

Cuando se crean nuevos destinos, ó se aumenta el personal en la plantilla de algún ministerio, se pone el grito en el cielo, se viene á la boca la mala administración, el despilfarro de los gobernantes, la paciencia del que tanto

sufre. En las Cortes se discuten poco ó mucho dichos gastos, se consumen turnos en contra de la totalidad y del articulado de cada presupuesto parcial; discusion inútil por que á la postre siempre es aprobado el dictámen de la comision, cuyo dictamen refleja el criterio del ministro respectivo, sin que se admitan más enmiendas al presupuesto, que aquellas que el Gobierno permite, y por conclusión da la razón definitiva á la comisión y al Gobierno una disciplinada mayoría, que dice sí, por más que haya impugnado tales gastos. Así lo manda el jefe, así lo recomienda el ministro, así lo reclama la conveniencia del partido; contra estas razones no hay justicia que no se doblegue, ni absurdo que no se vote. Sería un caso extraordinario é inaudito en los anales del parlamentarismo representativo constitucional, una votación contraria al Gobierno y opuesta á los deseos del ministro, que entregó al diputado un acta y le dió asiento en el Congreso, sin que el representante de la nación conozca el distrito que le eligió. El parlamentarismo será cualquier cosa menos desagradecido y consecuente. Quien saca de la nada, es decir del encasillado un senador ó diputado tiene indiscutible derecho al voto y á la ciega obediencia del *cunero*.

Lo que pasa inadvertido al público y á la mayoría de nuestros diputados es el presupuesto de ingresos. Estos, salgan de donde salgan, son buenos cuando representan una cifra considerable, dan una suma mayor que los gastos y se recaudan entre el pueblo sufrido é inerme.

Es un fenómeno que venimos observando hace ya bastantes años. Mucha discusión, mucho ruido, gran oposición al presupuesto de gastos: ligereza, falta de exámen, aprobación sin debate en las Cámaras para el de ingresos. Excelentes ministros de Hacienda llaman los políticos del día á aquellos que presentan unos presupuestos nivelados: el *desideratum* de los liberales seria encontrar un ministro, que, sin cercenar los gastos, presentase un presupuesto de ingresos con un *superavit*, por onerosos que estos fuesen y por desproporcionados é injustos que resultasen.

No es nuestro ánimo investigar las causas de este fenómeno singularísimo que se verifica en nuestra España, y en nuestro Parlamento. Queremos fijarnos sólo en una de sus funestas consecuencias.

Entre los ingresos figuran partidas imaginarias, que se calcula producirán los nuevos ingresos de contribución sobre riqueza urbana.

Muchas riquezas contribuyen á levantar las cargas del Estado con una cuota insignificante. Para cubrir el expediente figuran con uno y medio por cien los cupones de la deuda. Las acciones del Banco, los compradores de bienes eclesiásticos y nacionales, los usureros las casas de cambio y banca, los acaparadores, los que tienen grandes capitales en metálico ó papel, esos disfrutan los beneficios del Estado, pero no contribuyen á levantar las cargas de la nación.

En cambio el comercio, la industria, y principalmente la agricultura esos solos llevan la carga. El productor tiene que pagar casi el cien por cien, es decir resulta un operario del Estado gratuito y sin salario. Paga el veintitantos por cien por concepto de territorial, el once más para cargas municipales y provinciales, el tres ó cinco para partidas fallidas, remanentes, *deficit*, premio de cobranza, etc., etc. Sobre esta contribución viene la de fincabilidad urbana, la pecuaria, los consumos, sal y cereales, la cédula personal, con arreglo á la contribución que paga, más el cincuenta por cien de racargo en dicha cédula para el municipio. Si ejerce algun oficio ó industria, —porque con la agricultura solo no puede vivir,— se le aumenta la contribución industrial y sobre el pequeño industrial ó pobre contribuyente por terrenos

cae todo el rigor de la tarifa, el peso de la ley de tributación; mientras tanto el potentado paga una insignificancia, el capitalista se burla de la ley y el político halla mil medios para que pague el pobre su parte y la de él, para que se hunda con tan pesada carga, poniéndole encima de sus ya débiles hombros la que debía soportar el poderoso.

Pasa con la contribución urbana lo mismo que sucede con todas las demás. Paga el pobre por su miserable vivienda, paga el pequeño propietario; pero no paga lo que debe el rico, el verdadero hacendado. Está en la conciencia de todos el dicho del sábio griego: «Las leyes son telas de araña que aprisionan á una mosca, pero no sujetan á un toro; los pobres no pueden romper sus mallas de acero, pero los poderosos las barrenan y desbaratan como si fueran ténues cabellos».

Hay escandalosas ocultaciones en la riqueza urbana, no lo negamos; hay promesa de rebajar la agricultura cuando toda la riqueza oculta contribuya con su cuota legal respectiva, no lo creemos; hay pactos, hay injustas é ilegales declaraciones por parte de los interesados, pero esos males no se remedian con el sistema liberal de mandar investigadores con pingües sueldos. Ese es un sistema desacreditado en

la España del siglo actual, es una nueva contribución indirecta, que no reporta utilidades al Tesoro ni ventajas positivas á la Hacienda. No pueden verificar la investigación con la escrupulosidad necesaria, ni tienen medios suficientes para hacer efectivas sus denuncias. El poder del caciquismo y otro poder más grande todavía... el poder del oro corruptor anula sus trabajos.

Hágase un catastro verdad, castiguese en buen hora á los que ocultan la verdadera riqueza, pero que haya equidad y justicia, que sea verdad la investigación y no sea el capricho, la injusticia la base en que se apoye ese ruinoso edificio, que siempre cae sobre el débil y desamparado, que siempre sepulta entre sus escombros al pequeño propietario.

Volvemos á excitar el celo de los municipios para que eleven razonadas exposiciones á las Cortes y pidan que se reforme la ley de tributación urbana en favor de Galicia.

Concretémonos á Tuy.

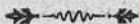
En Tuy la fincabilidad urbana no produce como produce en Vigo y la Coruña. Es injusto el criterio que calcula la producción de una casa v. gr. en la Corredera lo mismo que la situada en la calle de Entrehornos. El propietario siempre tiene que contribuir con su cuota al

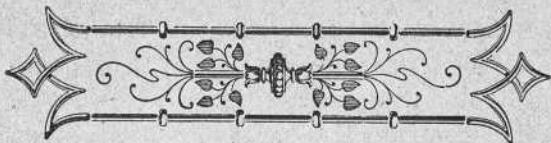
Tesoro y no se le tienen en cuenta los inquilinos insolventes, las pérdidas por incendios, temporales, etc., nunca se le rebaja ni descuenta. No se considera que nuestro pueblo es un pueblo pobre, falto de vida, con escasa guarnición (y eso cuando la tiene), que no es capital de provincia, su comecio es casi nulo, su industria está paralizada. Ya nos abruma la cuota por consumos, que no es la que corresponde al número de habitantes, ya nos sobran parásitos, ya las cosechas nos faltan, que no vengan ahora otras calamidades á concluir con la poca vida que nos resta.

Reclamen todos sin cesar, ahora que van á votarse los presupuestos de ingresos; que levante su voz en el Congreso nuestro diputado, que influya con sus amigos y alcance una mejora para el pueblo y logre una enmienda en favor de Galicia.

Si los municipios no se hacen eco de las necesidades del vecindario, si los diputados y senadores no reproducen nuestras quejas en el Congreso y en el Senado, si no somos escuchados; entónces ¡desgraciados de nosotros! más nos valiera no tener representantes, ni llamarnos españoles.

Abril 1895.





LUZ Y PAZ



No puede darse uno cuenta de la situación social, ni estudiar el árduo problema que encierra, sin que se ocurra al menos avisado esta pregunta: ¿Por qué hoy no preocupa tanto el socialismo y su consecuencia legítima el anarquismo?

Los Estadistas más notables y que trataron á fondo la cuastión social reconocen varias causas. El criterio de escuela se impone, y muchos, antes que confesar paladinamente la verdad, quieren desfigurarla disculpando su error. Desde que la luz del Vaticano se dirigió á esa cuestión ya no cabe dudar. La encíclica

del sapientísimo León XIII *De conditione opificum* fué un rayo de luz vivísima que dispó las sombras, que envolvían el tremendo problema del capital y del trabajo: ella es un luminoso faro que proyecta luz sobre el mundo obrero y señala el puerto seguro, la única solución, si no quieren naufragar patrono y obrero, el pobre y el rico en la conflagración social que se avecina.

Empeñense los masones en publicar en los parlamentos, en la prensa y en las lógiás la decrepitud del Pontificado, la ineficacia de la acción de la Iglesia, la carencia de finalidad en la doctrina católica ante los esplendores de la ciencia emancipada de la fé; nada conseguirán. Los hechos elocuentes vienen á desmentir sus peroraciones huéras de verdad y faltas de buen sentido. No es menester acudir á los siglos medioevales, para reconocer la importancia social de la Iglesia y del Pontificado; no tenemos que recurrir al siglo de oro de nuestra España, para reconocer que entónces era la Iglesia «un poder preeminente político, la única que tiene á su cargo las obras de beneficencia, la que elabora las ideas y da impulso á las artes»,—como afirma un librepensador,—sino que hoy, en pleno siglo xix, la voz del Papa enseña y corrige, calma é ilustra, contiene y sana.

La clase obrera halló en el Pontificado un Padre y un Maestro, el patrono un Defensor y un Guía, todos una panacea para los males que agitaban al mundo en estos últimos años y le hacían estremecer, amenazando con sus sacudimientos brutales desmoronar el edificio social, sepultando en sus ruinas el capital y el trabajo, el patrono y el obrero.

No intimida ya la fiesta del trabajo. El 1.º de Mayo transcurre como otro cualquier día del año. Los ánimos se hallan más tranquilos. Las agencias no ponen en conmoción á los Gobiernos y á las naciones. ¿Quién calmó las rugientes olas del socialismo? Quién apagó la tea incendiaria del carbonario, arrancó la dinamita de la mano del anarquista y contuvo al obrero desesperado ante la tiranía del patrono, de la miseria y del hambre?

No fué otro que el Vicario de Jesucristo. Este fenómeno social no reconoce otra causa sino la sublime palabra de León XIII, que desciende del Vaticano y se esparce sobre la haz de la tierra como benéfico rocío, que refresca la sedienta inteligencia del obrero, ablanda el corazón de mármol del patrono sin entrañas, ilustra á los gobernantes y á todos enseña sus olvidados deberes. Nada lograron los congresos contra el anarquismo: las utopías socialistas

empeoraban en vez de mejorar á la clase proletaria; la prensa buscaba remedios para curar el mal, mientras sembraba el pánico con sus alarmantes temores. En las cátedras y folletos se enseñaba la llaga, se descubría la enfermedad, se deducían funestas consecuencias pero nadie acertaba con un cauterio, que quemase lo podrido y conservase la parte sana, nadie oponía un valladar seguro contra esas invasiones de los hambrientos, que amenazaban destruirlo todo.

Pasaban los años y del socialismo pasábamos al nihilismo, del nihilismo veníamos al anarquismo, y de la dinamita ¿á donde progresaríamos? En París y Berlín, en Madrid y Barcelona se hallaba sobrecogida de espanto la sociedad. Huyera la tranquilidad de las ciudades y parecía habíamos llegado en el retroceso de los siglos al barbarismo romano, en que se consagraba aquella brutal forma de derecho *homo homini lupus*, porque los teatros y los puntos de reunión eran los sitios escogidos por los apóstoles del nuevo progreso, para destruir atrozmente á sus semejantes.

Ahora se comienzan á practicar las sábias enseñanzas del gran León XIII, y ya la hidra se siente herida de muerte. El egoísmo liberal y revolucionario engendrara ese monstruo con

el calor de sus deletéreas y perversas doctrinas: la caridad católica forma esas ligas de patronos cristianos, funda esos círculos de obreros, reparte las sanas doctrinas y siembra la buena semilla en incultos corazones ó en inteligencias trastornadas por el error. La verdad se hace amable cuando se la conoce: el deber es agradable cuando se pone ante la vista una eterna recompensa. El obrero sabe que el patrono católico es un verdadero padre; la fé hace del holgazán y descreído un laborioso operario y honrado ciudadano. El desengaño enseña á unos y á otros. La iglesia á todos acoge, á todos enseña, á todos corrige.

El mundo le es deudor al santo anciano de la ciudad de las siete colinas, al Pontífice romano, de la paz que disfruta, de haber conjurado el conflicto obrero. En cambio él recibe de los Gobiernos y naciones, como recompensa de sus incalculables beneficios, como premio á sus incesantes desvelos en pro de la sociedad, las duras cadenas que le aprisionan, las espinas que traspasan sus sienes y el olvido punible en que tienen sus justas reclamaciones.

Recibe la ingratitud de los pueblos, como el Divino Maestro, con la sonrisa en los lábios, con el amor en el corazón y cuando se postran

ante él para darle el ósculo traidor, les dice tiernamente *Amigo ¿á qué vienes?*

El mundo liberal es así; miedoso y cobarde con los dinamiteros, con la fuerza bruta, y tirano, é insolente con la fuerza moral, con la autoridad. Se humilla ante una Brischa y ayuda con su apatía á poner cadenas á su anciano Padre y Pastor, que salva al mundo y le libra de los peligros.—El Vaticano es la luz y la paz del mundo.

Abril 1895.





Franqueza.



Los católicos calumniamos, tenemos dañadas intenciones, buscamos el desprestigio de hombres eminentes, muévennos malévolas asechanzas é insanas pasiones cuando combatimos el liberalismo conservador como el más dañoso á la religión y á la pátria.

Así lo dicen ciertos periódicos, que se llaman sensatos, conocedores de la verdad y mantenedores del orden. Esto predicán esos perversos racionalistas, que, amalgamando la verdad con el error, quieren presentar como buena la monstruosa herejía del siglo.

Hoy más que nunca es necesatio presentar á la pública vergüenza las monstruosidades del liberalismo conservador tan funesto para la

sana doctrina católica como para la pátria, tan corruptor de nuestras gloriosas tradiciones, tan enemigo de la prosperidad nacional como el radicalismo revolucionario, como el cantonalismo, como el llamado fusionismo.

Conservar los malos principios liberales, conservar los estragos causados en el edificio social, prolongar el estado actual de cosas, es querer que la política liberal siga arruinando á la pátria, enervando las pocas fuerzas que nos restan y pretender reducirnos á la impotencia, para restaurar todo en armonía con los salvadores principios católicos.

Muchos creen que es un exagerado pesimismo de los católicos no querer admitir como buenos en la política los principios conservadores, y llegan á afirmar que la regeneración de España se conseguiría prestando todo nuestro apoyo, luchando con denuedo y abrazándonos á la bandera, que enarbola D. Antonio Cánovas.

Quien tal crea, quien tal desee, quien tal afirme, es declarado enemigo de nuestra grandeza nacional, vinculada á la unidad católica, rota y desprendida de la constitución de España por obra y gracia de ese nefando partido, más desastroso en su gestión del poder, que lo fué el llamado republicano y fusionista. Nó; España

no puede prosperar á la sombra del árbol maldito, no puede levantar cabeza mientras la gobierne ese y otro cualquier partido que sea y se llame liberal, ora añada el mote de fusionista, ora se cubra con la mascarilla de la falsa religiosidad conservadora. El enemigo solapado es más peligroso.

Lean los incautos —todavía los hay— examinen los que tengan una chispa de entendimiento, rumien esos sabrosos párrafos los vergonzantes imitadores de Lucifer, que intentan justificar la conducta del partido conservador y tratan de llevar á los católicos á los piés de D. Antonio, para servir de lastre á su viejo y averiado barco:

—«Somos liberales conservadores, nuestro partido se constituyó anteponiendo al nombre de *conservador* el de *liberal*. Sus actos en el poder vinieron á ratificar la elección de título sirviendo como de confirmación al nombre escogido en su bautismo político.

Nadie nos podrá negar que en la gloriosa historia del partido que dirige el Sr. Cánovas del Castillo no hay un solo acto, ni un solo propósito que presente tendencias retrógradas.

Hemos sido *conservadores* para continuar y afianzar las *libertades*, que, implantadas con exageración, requerían la base del orden para

arraigar en nuestra política y en nuestras costumbres.

Juzgando sin apasionamiento, pudiera afirmarse que entre los políticos contemporáneos, y á despecho de lo que declamen los Salmerón, Castelar, Sagasta, etc., nadie, absolutamente nadie, ha rendido más sincero culto al Parlamento que nuestro ilustre jefe el Sr. Cánovas del Castillo.

Sin conexiones con el antiguo partido moderado que no podía existir porque le faltaba atmósfera, el partido liberal conservador sin llamarse demócrata, lo ha sido mucho más que otros partidos, grupos y fracciones en que á título de democracia sólo se pusieron en acción procedimientos absolutistas y reaccionarios.

Por eso decimos que es demasiado hombre de Estado nuestro respetable y queridísimo jefe, y conoce además muy bien las señales de los tiempos para presentarse retrógrado é injusto contra las aspiraciones honradas que pueden tener todos los ciudadanos para vivir dentro de un mismo derecho y la propia igualdad.....

En este criterio del partido liberal conservador no hay inconsecuencia alguna. Lejos de haberla, no existe sino una nueva prueba de que antes que conservador es liberal».—

Esto dice *El Estandarte*, periódico de Madrid, órgano del jefe del partido conservador en su número de 16 de Abril pasado.

No podrá pedirse más claridad en la profesión de fé política. Con esa declaración ya sabemos á que atenernos los católicos, y pueden abrir los ojos aquellos ilusos, que cándidamente creían que con la subida de Cánovas al Gobierno iba á desaparecer la capilla protestante de la capital de España, á restablecerse la enseñanza oficial y obligatoria de la religión en los institutos, la represión de prensa heterodoxa é impía, la rebaja en las contribuciones directas, y el proteccionismo para la industria y producción nacionales, á abrirse los mercados extranjeros cerrados á nuestros granos y ganados. Nada de esto se restablecerá; porque los conservadores vinieron *para continuar y afianzar las libertades que, implantaas con exageración, requerían la base del orden para arraigar.*

Estas son las esperanzas, estas son las promesas hechas desde los bancos de la oposición! Hoy ya se disfruta del presupuesto y todo quedará como estaba, ó peor, porque las pocas fuerzas que restan al sufrido pueblo español se agotan; los males se agravan con el lapso del tiempo, las energías se enervan, la indiferencia

endurece el sentimiento patriótico y la apatía sustituye al casi apagado entusiasmo. De todo resulta que el dicho de que la política es una farsa viene á ser un axioma demostrado hasta la evidencia por la historia contemporánea y por la confesión de los jefes, que ya no buscan reformas políticas, ni el planteamiento de principios, ni restauración de sistemas decaídos, sino una nómina para disfrutarla en turno pacífico, mientras haya quien pague y contribuya á sostener ese carcomido armatoste que se llama política liberal turnante.

Veán esos desgraciados, que nos predicán las ideales bondades de la política conservadora, como no se puede servir de lastre á ese buque apestado de liberalismo, sin renunciar á la conciencia, á la pátria y á la dignidad. Mediten los que no tengan aspiraciones inmoderadas de ascensos, de lucros, de prestigios oficiales, ó cualquier otro fin bastardo, y dígan-nos si no es preferible morir como valientes soldados de la sana política regeneradora de la pátria con la pluma en la mano, rota antes que aduladora, muerta antes que servidora de esa política sin conciencia.

Nos gusta la lucha con el enemigo franco y leal, porque con ese la lucha ennoblece; pero en cambio, odiamos, aborrecemos á los

enemigos solapados, á los traidores, á los hipócritas, á los cobardes que con la piel de oveja cubren sus garras de lobo liberal, con la sonrisa en los lábios clavan el diente ponzoñoso en el incauto, y, como astuta serpiente, se ocultan en la verde yerba de los prados.

Sed francos conservadores, tened la valentía de nó negar vuestra satánica filiación.

Mayo 1895.





MASONES



NO de los enemigos más formidables que conspiran contra la integridad de la patria en las Antillas es la masonería. En la guerra pasada había una causa que disculpaba en cierta manera el movimiento separatista. El deseo de la emancipación, la libertad, la santa igualdad, ponía el machete en las manos de la gente de color. Hoy no se lanzan al campo en busca de la abolición de la esclavitud, que ya no existe en Cuba, ni se lucha por conquistar libertad, ni se busca una igualdad ante la ley. Eso ya lo poseen; las últimas reformas votadas en el Parlamento español ya les conceden derechos y libertades, que tal vez resulten excesivas y peligrosas.

No hay duda que el movimiento separatista cubano debe tener una causa oculta, debió ser producido por un móvil secreto, por una instigación que no todos conocen. En la guerra

pasada se comenzaba por la declaración de derechos, se señalaban las aspiraciones de los insurrectos en multitud de manifiestos; hoy no se dan manifiestos, ni se concretan las aspiraciones de los rebeldes; no justifican su rebelión y no obstante se hallan uniformados, obedecen á un vasto plan, cumplimentan órdenes y ejecutan designios que indican una peefeta organización.

Este motor oculto en las sombras, este agente, esta cabeza que rige esos miembros dispersos por la *manigua*, es la condenada y mil veces nefanda masonería. En el orden ideológico la masonería es un absurdo, en el moral la corrupción, en el social un mónstruo. Sin fé, no puede tener verdadero amor pátrio. Sin esperanza, predica la desesperación y presenta una utopía al cubano, para infiltrarle el odio á la metrópoli. Sin caridad, no busca al hermano sino para destruirle. Por eso se goza en su obra satánica sembrando la desolación y la muerte en los bosques vírgenes de América; por eso la sangre de hermanos, vertida por los heridos en el campo de batalla, dilata sus siniestras pupilas, que brillan en los cerros americanos, como brillan las del chacal en las vertientes del Atlas.

Esta guerra comenzó con asesinatos misteriosos. El robo impulsó á Maceo para asesinar

al capitán del pailebót que le condujo á Cuba, Otros asesinatos misteriosos y crueles indican que la mano traidora de la masonería maneja el machete del insurrecto. Los jefes principales residentes en Tampa y Cayo Hueso en Nueva York y la Habana son hermanos. . . masones, como lo son los cabecillas que capitanean esas hordas de bandidos, que no luchan por la libertad de Cuba, sino que se aprovechan del movimiento insurreccional, por ellos provocado y mantenido, para saciar antiguos rencores, cometer atropellos y enriquecerse con el fruto de rapiñas y escandalosos robos. No es un movimiento simpático, es repulsivo; sus hechos demuestran con evidencia que no se busca el bienestar de la isla; se pretende el predominio de la masonería para reducirla á su primitivo salvajismo.

Los amigos de componendas funestas hacen como el infortunado exgeneral de Cuba Sr. Calleja, no cortan la raíz del mal, no le persiguen, se contentan con dar esta contestación, parecida á la de Pilatos, á los que debían ser deportados por enemigos de la patria. Cuando los masones pedían autorización para celebrar un *meeting* público se la denegó «hasta que hayan pasado las circunstancias presentes». Demasiado sabía Calleja la parte

principal que cabía á la francmasonería en el movimiento separatista, no se le ocultaba que en las lógiás se conspiraba contra la pátria, y con todo dá esa dédil contestación. ¿Lo oye Sr. Cánovas? ¿Lo sabe hermano *Barcelò*?

Nuestros Gobiernos no se ocupan en eso. Dejan que la masonería conspire al aire libre en Cuba y en la Península, no la persigue, no la amordaza y sembrando estos vientos no quiere luego recoger tempestades.

Ya lo dijimos en *La Integridad*, Cuba se pierde en breve plazo y se pierde por el desarrollo que se permite á las sociedades secretas, por la persecución que allí se hace á la iglesia y á sus ministros; porque no se gobierna con sabiduría, en donde falta el temor de Dios.

No hace falta enviar grandes ejércitos á Cuba; es menester enviar apóstoles al campo y alimentar, con verdad y no con error, las inteligencias, que en las ciudades y poblados son víctimas de la corrupción masónica. ¡Guerra sin cuartel á la masonería! Esta secta posee la clave de ciertas entregas, de indisciplinas, de misterios que no saben los profanos, pero que conocen perfectamente los del mandil, enemigos jurados de la fé, de la pátria y de la honradez.

Mayo 1895.





LOS PURITANOS

Al leer el título que encabeza estas líneas, algún lector aficionado al divino arte creerá sin duda que voy á hacer la crítica de la ópera conocida con ese nombre.

Lejos de mi ánimo meterme en el escabroso asunto de analizar el libreto de Joaquín Pepoli, ni está en mi propósito encumbrar las incomparables armonías del maestro Bellini, que dió realce con su inspiración al trabajo de Pepoli. Dejemos á los peritos en la materia discutir y elogiar las bellezas de los *Puritanos*.

Es tan antiguo como el hombre el feo vicio de censurar las -faltas, de abultarlas, de afearlas. El criterio pesimista llega á imponerse y á oscurecer los esplendores de la verdad ofuscando la razón.

Si en todos tiempos la sátira empleó sus envenados dardos, dirigió acres censuras, ridiculizó los vicios, en los tiempos que correinos

debía emplearse en censurar lo intangible, lo que sólo merece aplausos. Así conoceríamos á fondo la antítesis social.

Desgraciado fariseo que te alababas públicamente de la justicia que decías practicar, no lograste santificarte con la enumeración de tus ostentosas virtudes. Por el contrario, la majestad divina vió al pobre publicano reconocerse pecador... y aquella humildad le ensalzó.

Aquella secta aborrecible y despreciable de los fariseos, reprodujose más tarde en siglo XVI con el nombre de *puritanos*. No eran los gnósticos, ni los priscilianistas, ni la falange innumerable de heterodoxos, que levantaban cátedra contra la cátedra de Pedro y ocultaban las asquerosas hediondecas de su moral inmunda bajo la bandera de pureza en los principios; ellos no buscaban el reino de Dios. No tenían la franqueza de romper el credo católico, ni se atrevían á reprobar su moral; sino que con la apariencia de evitar abusos introducidos y restablecer la primitiva sencillez, se lanzaban en el abismo de la herejía, conducidos por la orgullosa razón humana desligada de la legítima autoridad. Tampoco hablamos de esos desgraciados.

Los puritanos de nuestros días se semejan á los fariseos, tienen resabios del priscilianismo, usan iguales formas que los hijos de

Lutero y emplean parecidos procedimientos con sus contrarios.

En algo les aventajan: la ventaja sólo consiste en el medio de visión: los de hoy ven más, pero mucho más que sus contrarios.

Ven intenciones malévolas, —cosa inusitada y sorprendente;— ven un peligro para la religión en la defensa de los principios católicos, ven que la pátria pelagra, que la sociedad se derrumba, que el mundo perece si no se amordaza á los propagadores de la integridad de los principios católicos religiosos.

No hay corrupción más pésima que la de los buenos, no hay guerra más encarnizada que la intestina, no hay enemigo más feroz que el amigo tridor y venal. Por esta causa los puritanos de nuestros dias con el pretexto de no provocar conflictos, con la máscara de una paz octaviana, con la disculpa de que los males que sufrimos son crónicos, con la prudencia de la carne, quisieran vernos mudos, temerosos, cobardes y postrados de hinojos á los piés del becerro de oro del siglo, quemando incienso ante las aras del ídolo.

Puritanos son esas almas cándidas, esos inocentones, que no creen en la corrupción liberal que enerva á la pátria y no vén la ruindad y podredumbre que nos rodea.

Busquen en buen hora medios de servir á dos señores, investiguen el medio de cuadrar el círculo, y cuando lleguen á unir en razonable consorcio la justicia y la tiranía, cuando eso consigan nos tendrán á su lado.

Es un crimen, dicen ellos, reconocer la fealdad del error y enseñarla al público; es una falta imperdonable llamar á las cosas por su verdadero nombre. Por eso nunca los puritanos hallarán una disculpa para el que tenga el valor de mostrar las llagas sociales en toda su horrorosa monstruosidad.

El siglo se halla acostumbrado á oír los cadenciosos himnos entonados á la libertad, y cuando una voz se levanta en medio de ese universal concierto y grita: «Se os engaña, no teneis verdadera libertad; esa que os dan es servidumbre ominosa», entónces caen todas las iras del Júpiter olímpico sobre el desgraciado mortal, que así descubre la cara á la bestia nefanda del error.

Cubrir con una forma bella y engañosa, y llamar con pomposos nombres las cosas más aborrecibles, entretejer guirnaldas y ornar con ellas las sienes del cacique, cuando debiera clavársele en el corazón un puñal á ese monstruo, que no merece la muerte caballeresca de la espada, es el oficio de los puritanos modernos.

Adular, mentir, arrastrarse, envilecerse, engañar, ocultar la tristísima situación porque atraviesa la pátria: santificar las injusticias, disculpar los crímenes, callar en vez de clamar alto, besar la mano del verdugo que nos azota y despreciar al que nos brinda con el iris de la regeneración, sería oficio propio de nuestros puritanos, pero no sería el cumplimiento del deber que nos impusimos como periodistas católicos españoles.

No queremos ser puritanos á costa del honor y sacrificando la verdad. La corrupción tiene su centro en otras esferas. La santa libertad solo la poseen los hijos de Dios á quienes hace libres la verdad, los que reniegan de componendas nefandas con los modernos puritanos. ¡Malditos sean ellos!

Mayo 1895.





¡JAMÁS!

COMO en otro tiempo silbaba la infernal serpiente palabras tentadoras en los oídos de Adán, hoy también zumban en derredor nuestro palabras que, inspiradas por la hidra apocalíptica, tratan de adormecer nuestras conciencias, entibiar nuestros entusiasmos y hacernos apóstatas del campo en que militamos.

—Sereis como dioses, se nos dice por los imitadores de la antigua serpiente, abandonad esa intransigencia, deponed esa integridad de doctrina, quemad un poco de incienso ante las aras de los endiosados caciques y vereis cómo cesan las persecuciones, cómo se os concede libertad, cómo llegais á prosperar.

El mal es antiguo, dejad que pase el torrente, no detengais su curso devastador, vuestro tenaz empeño os expone á que os ahogueis en

medio de sus cenagosas aguas. El carro triunfante del liberalismo os arrollará y morireis aplastados bajo sus pesadas ruedas. Ved cómo se doblegan los cedros del Líbano, parad la atención en los que crecen como la espuma y se encaraman en altos puestos; hoy disfrutan de protección: son queridos y agasajados, son felices. ¿A qué ese continuo batallar sin provecho? Pensais por ventura ser los apóstoles del mundo? Intentais regenerar á España? Creeis que con esa ruda tarea de trabajar por el bien común sacareis gran lucro? ¿No veis que con esa doctrina, con esa conducta, con esa táctica, nunca llegareis á progresar y siempre sereis postergados? ¡Ilusos! deponed vuestra actitud, doblegad un poco la cerviz, incensad al ídolo, olvidaos de los sanos principios y nadareis en la abundancia, habreis hallado la piedra filosofal, se os abrirá el camino de los honores y pingües recompensas.—

Esto dicen, esto repiten y esto á todas horas nos presenta el tentador para hacernos prevairicar, para que seamos traidores á la santa causa que defendemos. Carecemos de ingenio, no tenemos fuerzas para presentar una batalla decisiva, grandes obstáculos nos detienen, es verdad; pero en cambio alienta en nuestro pecho un esforzado corazón, que, con la ayuda

de Dios, no nos permitirá desmayar en la titánica contienda.

Cuando nos abrazamos á la Cruz de Cristo, que es la causa única que defendemos, cuando juramos defender su bandera con la integridad de la doctrina, la intransigencia de la moral, cuando prometimos restaurar su reino en las sociedades y las naciones, ya sabíamos que á imitación suya nos aguardaban la tribulación, la pobreza, el odio del mundo, el ósculo del falso Judas, la indigna compasión, las tentaciones; y más todavía, la muerte ignominiosa y el eterno desprecio de los contemporizadores de Cristo y Belial.

Lo sabíamos, y nos llena de consuelo el convencimiento de que nuestras esperanzas no salieron defraudadas; lo experimentamos, y recobra nuevas fuerzas el ánimo y sentimos centuplicarse nuestros varoniles alientos. Para esto es necesario tener presente que lo único que pudiera apesadumbrarnos sería el aplauso mundano, el beneplácito de nuestros enemigos, que son los de Cristo y los de la grandeza patria. ¡Jamás cederemos á las tentadoras promesas!

No transigimos, no mutilamos nuestro credo político religioso, no nos doblegamos, no queremos; no podemos aunque quisiéramos.

Será un espectáculo quijotesco en medio de la versatilidad general, causará risa nuestra

tenacidad, nos creerán locos; pero todo eso nada nos importa. No ambicionamos riquezas, ni puestos, ni honores. Era una locura para los gentiles y un escándalo para los fariseos judíos la firmeza de los cristianos. Si eran pocos éstos y los enemigos muchos lo dice la historia: quienes vencieron lo dicen con evidencia los hechos.

No está el mundo tan subyugado al error del siglo como lo estaba al arrianismo en tiempo de aquel que dijo «que se admiraba de ver al mundo arriano». El arrianismo pasó y el catolicismo le sepultó ignominiosamente en el siglo VI. Más calamidades afligieron á la pátria en la invasión agarena y bastó un puñado de valientes capitaneados por Pelayo, cobijados por la Virgen de Covadonga y escudados con la Cruz, para librar á nuestra pátria de aquella langosta, que del desierto viniera á posarse en el fértil suelo ibero.

No importa que seamos pocos; menos nos importa que se nos persiga, ¡ojalá derramáramos nuestra sangre! ella sería savia fecunda, semilla fructífera, el rocío que purificase la envenenada atmósfera que nos rodea.

Batallaremos siempre y en todos terrenos con los enemigos de Dios y de la pátria. Queremos ser despreciados, humillados, odiados,

muertos, pero jamás seremos vencidos; preferiremos la miseria, la persecución, el horno de Babilonia, la cárcel mamertina, antes que aceptemos arrollar la integridad de la doctrina cristiana, esconder la bandera de combate ó adular al enemigo de nuestras creencias y nuestra grandeza tradicional.

Que se nos persiga, que se nos destierre, que se nos destruya, que se nos aniquile; nuestra última palabra el último suspiro se traducirá por aquel sublime é inefable «¡Dios no muere!» «¿Quien como Dios?»

Mayo 1895.





ENTUSIASMO

APENA el corazón leer la prensa diaria, especialmente la madrileña, cuando habla de la situación de Cuba y de la guerra separatista.

Sin querer profundizar el fondo de la cuestión, sólo tratan de sacar partido haciendo el análisis de las causas secundarias y atribuyendo unos, como los republicanos, la actual postulación de España á la restauración, otros como los monárquicos á manejos republicanos y á complacencias de los estados americanos. Todos los liberales tienen la culpa de la atrofia del sentimiento pátrio y de la frialdad, con que se oye lo referente á Cuba.

Lo cierto es que en la península se nota un decaimiento de ánimo en los que debieran entusiasmarse, una indiferencia punible, un desaliento inexplicable, sino demostrara la experiencia que se halla justificada esa indiferencia y ese desaliento.

El pueblo español no decae en sus primitivos y legendarios entusiasmos. La historia patria nos presenta con caracteres diamantinos en sus páginas de oro las gloriosas epopeyas llevadas á feliz término por el entusiasmo de nuestros antepasados.

Defender el territorio pátrio, luchar para desalojar al invasor de nuestro suelo; no reparar en sacrificios de sangre ni de dinero, ser todos soldados cuando la madre patria oprimida hace un llamamiento al valor de sus hijos, para sacudir el infame yugo de la esclavitud, es el carácter nacional español, es la idea típica que predomina en nuestra historia, es el retrato de aquellos que supieron con Viriato y Sertorio derrotar las huestes romanas; con Pelayo y Alfonso hicieron retroceder á Tarif y Almanzor; con Fernando é Isabel desterrar de España al musulmán é internarlo en los ardorosos arenales de África, en donde lloran todavía los vergeles perdidos y las vergonzosas derrotas sufridas.

No es menester recordar la fiereza española luchando con los franceses en Bailén, Zaragoza y Puentesampayo; ni viene al caso admirar una vez más la marcha triunfal de nuestro ejército, hace treinta y cinco años, desde Ceuta á Tetuán pasando por aquellas montañas regadas con sangre española pero testigos indelebles é irrefutables de la bravura de nuestros soldados y en donde reverdecieron los antiguos laureles de las Navas, Covadonga y Granada.

En nuestros días tenemos ejemplos de verdadero entusiasmo nacional, manifestaciones grandiosas y sinceras del sentimiento pátrio, genuinamente españolas, por la espontaneidad, por la universalidad de la explosion. Desde el Miño al Ebro y desde el Gualdaquivir á Cantabria resonó el potente eco del rugido, dado por el león español y arrancado por la afrenta que Alemania quiso inferirle en las Carolinas y Marruecos en Melilla.

Hoy no despierta aquel entusiasmo la guerra cubana. Las torpezas fusionistas antes, las debilidades conservadoras ahora apagaron el entusiasmo pátrio; son el fruto natural del liberalismo que nos domina: ellas concluyen con las energías naturales y atrofian el corazón de la patria.

En el fondo del sangriento drama, que se desarrolla en la manigua de Cuba, en aquellos campos regados con la sangre de nuestros soldados, víctimas del deber y esclavos de la disciplina, vemos la mano helada del error de nuestros días preparando la guerra con sus inmoralidades y vejaciones, levantando en guerra á los cubanos con sus despóticas disposiciones, armando el brazo del insurrecto con las exacciones, los vejámenes sufridos y el empobrecimiento de aquella provincia rica, fértil y digna de mayores venturas.

Nos duele ver la sangre derramada, nos hace sufrir considerar los sacrificios pecuniarios que el Tesoro nacional se impone para terminar una guerra, que, si bien es cierto que concluirá, no podemos determinar el plazo, ni el cúmulo de sacrificios que costará su terminación á la metropoli y á España entera.

La guerra terminará, pero desgraciadamente, la semilla liberal arrojada en Cuba hace un siglo volverá á germinar, los males se reproducirán con más gravedad porque se hacen crónicos y viviremos en guerra continua con nuestros hermanos. Los Gobiernos no cortarán de raíz el mal; no impedirán que Cuba sea esquilma por empleados sin conciencia, no se perseguirá con rigor á los prevaricadores,

las defraudaciones seguirán burlándose de la ley, la sed de oro, el afán inmoderado de enriquecerse llevará á Cuba á legiones de famélicos empleados sin más conocimientos técnicos, que ser amigos del ministro, sin más norma de justicia que la ambición y con estos elementos el separatismo sabrá prepararse para una tercer guerra. La tenacidad y unión les hará fuertes. Nuestros partidos gobernantes seguirán consumiendo pacíficamente el presupuesto y llegará un día en que los pueblos maldigan la memoria de los causantes de sus desgracias y de la miseria de la nación: el español sufrido raerá de la faz de España la vil relea de esos que hoy matan el entusiasmo patrio y con sus malditos sistemas liberales arruinaron la península y pierden á Cuba.

Junio 1895.





¡ALABADO SEA!



HAY una frase en el vocabulario popular español que simboliza su fé, que expresa su caridad, que alienta su esperanza.

La tradición nos la transmitió desde remotas edades y en los siglos de nuestra preponderancia era ella el mote de los caballeros, que se lanzaban á la titánica lucha de la reconquista de la pátria; era el lema que guiaba las plumas de nuestros regalados prosistas del siglo de oro; era la inspiración de nuestros inimitables poetas y artistas; era el encabezamiento de las leyes, el saludo del pueblo, el himno

nacional cantado por todas las lenguas y esculpido en nuestros monumentos.

Esa frase hermosa como los resplandores del sol, española de pura raza, y católica á prueba de todas las sutilezas heterodoxas es el *¡Alabado sea el Santísimo Sacramento!*

Esta exclamación hicieron nuestros antepasados cuando los vientos del error sacudían el árbol de su fé inquebrantable; así debieron decir los godos en los concilios toledanos al reconocer la divinidad de Jesu-Cristo y su real presencia en la Eucaristía; de esa manera debieron instruir al pueblo recién convertido Leandro, Isidoro, Julian, Braulio y Epitacio. Tal vez la erudición descubra orígenes más remotos á esta profesión de fé española y lleve hasta las márgenes del Ebro el nacimiento de esa exclamación que retrata la acendrada fé española, el amor del pueblo ibero al Santísimo Sacramento. Ignoro si el hijo del Trueno, nuestro Padre y Patrono en la fé, sería el primero que entonó ese majestuoso himno sacro popular, cuando María Santísima se le apareció en carne mortal sobre el Pilar en Zaragoza. Lo que sí es indudable es que la alabanza al Santísimo Sacramento se trasmite de generación en generación, pasa á través de los siglos y no tiene trazas para su ventura de desaparecer de los

labios del pueblo español, pese al liberalismo que intenta arrancarnos todo lo bueno que nos legaron nuestros padres.

Cuando niños oíamos y pronunciábamos el *¡Alabado sea el Santísimo Sacramento!* al salir de la escuela, al pasar por las personas de respeto, al entrar en la casa, al ir al templo; nuestros maestros y nuestros padres hacían lo mismo que hacíamos nosotros.

Hoy al oír en nuestras aldeas el *¡Alabado sea el Santísimo Sacramento!* se me agolpan las lágrimas á los ojos, me vienen á la memoria los gratos recuerdos de la infancia. Al corazón le alegra oír ese canto de labios del sufrido pueblo de nuestros campos, que trabaja, sufre y ora; de labios de los niños, que son la esperanza de la patria, haciendo armonía agradable á Jesús la plegaria que brota de los labios infantiles; ella será escuchada de Aquel que dijo que de ellos es el reino de los cielos.

Esa frase acude hoy á los labios del verdadero español; ella sale del corazón como una saeta que se dirige al Señor oculto en el Sacramento del altar y que vive entre nosotros en cumplimiento de su palabra soberana —No os dejaré huérfanos.—

¡Alabado sea! Su bondad infinita no nos abandone en los duros trances por que atraviesa

la madre pátria. Si España fuese otra vez *tierra de un solo labio* y si ese labio se empleara en pronunciar esa alabanza á la Divinidad del Rey inmortal de los siglos, Jesus sacramentado, nuestra regeneración sería un hecho y veríamos pronto reverdecer los marchitos laureles pátrios.

Resuenen en las campiñas, proclámense en la cumbre de nuestras montañas, cántense en las basílicas, repitan todas las bocas esas palabras, que son la panacea de nuestros males y no anidará en nuestro pecho el temor, ni la desesperación.

El *Corpus* es la fiesta española por excelencia, como lo testifican esos Autos Sacramentales del inmortal Calderón de la Barca; como lo prueba la constante tradición de los siglos.

Nada más ingenioso que el amor, ni nada más sentimental que el pueblo, ellos fueron los inventores de ese canto. Allá en los umbrales de la vida brota de nuestros pechos esa canción, que nos enseñaron nuestras madres; ahora en los azares de la peregrinación repetimos ese canto, que nos dá fuerzas para la lucha, y quisiéramos que ese fuese el último grito de nuestro pecho al entrar en la eternidad, porque él es el aliento de nuestra firme esperanza.

Hay dos frases que me cautivan, que me confunden por su grandiosa sencillez y sabiduría profunda, el *Alabado sea el Santísimo Sacramento* y el *Ave María Purísima*. Ellas son el compendio de nuestra fé, la clave de nuestra historia, el talismán de nuestras grandezas, la esperanza en los trances difíciles; mientras ellas sigan viviendo entre nuestro heróico pueblo, creo que la regeneración de la pátria no es una utopia, la santificación de la familia y la vuelta á nuestra perdida grandeza es la aurora que se avecina disipando en seguida las tinieblas, que nos rodean.

Canta pueblo español, canta ese himno de tus mayores; póstrate ante el Cuerpo de Cristo oculto en el Sacramento y confiesa á la faz del mundo tu fé católica, que esa é te salvará de la muerte, te librará del abismo y confundirá á tus enemigos.

En las angustias que oprimen nuestro corazón; en el estadio en que luchamos rodeados de encarnizados enemigos, en el abandono, en la tribulación que nos visita, viene á nuestros labios ese grito consolador y castizo, cristiano y muy español. Sentimos centuplicarse nuestras fuerzas, cobramos aliento invencible y nos lanzamos de nuevo al combate escudados con esa bandera celestial.

España y Galicia, la pátria de Pascual, Calderón, Teresa y Hermenegildo y la que ostenta en sus armas el Santísimo Sacramento, como el máspreciado y honroso de sus timbres, volved los ojos al Sacramento de nuestros altares, repetid el—*alabado sea*—y caerán sobre vosotras las celestiales bendiciones, como cayeron sobre vuestros reyes y capitanes, como cayeron siempre sobre este pueblo fiel.

Ante tan sublime misterio de amor postrados y con el corazón lleno de santa esperanza en el porvenir, os rendimos adoración profunda y como en los felices años de la infancia repetimos ; *Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar!*

Junio 1895.





RECUERDO

ESPAÑA ya no tiene importancia; su nombre, grande ante todas las naciones en otros días venturosos, es hoy pequeño y mirado con indiferencia, cuando debiera todavía resonar en todos los ámbitos de la tierra. España llora hoy por aquellos grandes reyes quienes procuraban que sus vasallos no fuesen esclavizados con exorbitantes gabelas é impuestos, y en los corazones de los españoles, trasmitiéndose de generación en regeneración permanecerán esculpidos como las letras en los mármoles y en los bronces, los nombres de aquellos reyes que engrandecieron nuestra patria. Era grande nuestra nación bajo su paternal cetro en cualquier terreno que queramos mirarla, ora miremos á las ciencias, ora á las artes; grande, porque al nombre de España temían todas las naciones; todas miraban con sorpresa

y á la vez con respeto como los monarcas de entónces la hacían digna de veneración con sus batallas y conquistas.

Recordemos á los godos, pueblo viril, con su caudillo Pelayo, derrotando á los mulsumanes en la memorable jornada de Covadonga; á un Cárlos V en lucha con Francisco I de Francia en la cual ganan los españoles la pasmosa batalla de Pavía haciendo al mismo rey prisionero.

Vengamos al hijo de Cárlos V y veamos como un Felipe II hace imperecedero su nombre, y á la vez que ennoblece y engrandece á España; citemos alguno que otro de sus hechos y veremos que entre los más culminantes de su reinado, sobresalen la guerra de Italia y la memorable batalla de San Quintin ganada á los franceses, en memoria de cuyo glorioso triunfo erigió el monasterio de San Lorenzo del Escorial, y la gloriosa batalla de Lepanto, en la cual queda anonadado el poder naval de los turcos; en una palabra, veremos que estos monarcas católicos como también el gran Recaredo defendían con ardor la fé, buscando el bien de sus súbditos é impidiendo que la herejía estableciese sus reales en esta nación feliz y venturosa. Nuestros gobernantes todos aunados á aquellos reyes profesando la sacrosanta

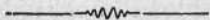
religión de Christo miraban solo por la grandeza de España.

Los gobernantes de hoy deben mirarse en ese espejo si quieren devolver á nuestra nación su perdida grandeza.

Los españoles quizás tengamos que sufrir la nueva humillación, que nos quieren hacer los neoyorkinos con la cuestión Mora, como sufrimos la ofensa de los marroquíes, como toleramos las insolencias que prepararon la insurrección cubana, porque no contamos con un Gobierno viril y que sea la expresión de la voluntad nacional, porque el liberalismo al romper la unidad católica nos robó la causa de nuestra grandeza, nos enervó aquella fortaleza indomable y nos redujo á la decadencia bizantina, que nos abochorna y tiñe de rubor nuestras mejillas.

El grato recuerdo de lo pasado y la evidencia del presente decaimiento nos mortifica, nos apena y nos hace redoblar nuestras plegarias al Todopoderoso para que se apiade de la desventurada España.

Junio 1895.





SAN ANTONIO

NUESTRO siglo puede llamarse el siglo de los centenarios. Un siglo que se ufana con el pomposo nombre de siglo de las luces y mendiga las glorias de los siglos del oscurantismo para celebrar esas fiestas, que son una condenación de las doctrinas racionalistas, una viva y elocuente protesta contra esas denigrantes especies vertidas contra la ilustración y la civilización de la iglesia católica.

Portugal celebra el sexto centenario de San Antonio con esplendor, con verdadero entusiasmo religioso y pátrio. En verdad que San Antonio fué una gloria purísima de la iglesia, de la religión franciscana y del vecino reino, en donde nació.

Trabajaron con ahinco y con verdadero furor sectario los masones portugueses, para impedir la celebración del centenario antoniano; sus trabajos se estrellaron contra la fé y el entusiasmo de un pueblo agradecido á su celestial protector.

No quedó calumnia, no se perdonó medio, todo se puso en juego para hacer abortar la apoteosis del gran taumaturgo del siglo XIII. Los masones ignoran que es imposible resistir la voluntad del Altísimo, no saben que si Dios no edifica, en vano trabajan los hombres, y Dios prometió ensalzar á los humildes y abatir á los soberbios.

Envuelta en esa ola poderosa formada por el recuerdo del gran Antonio cayó en tierra la arrogancia masónica portuguesa y muchos abrirán los ojos á la luz esplendorosa de la fé al ver la injusta guerra, las viles armas empleadas por las sectas secretas contra esa gloria nacional lusitana y ese hijo preclaro de San Francisco.

La prensa asalariada, la vendida al judaismo, la impregnada en el escepticismo y racionalismo volteriano acusaba al humilde fraile franciscano de ignorante, de egoista, de enemigo de la civilización. Como si los hechos, la tradición y la historia europea no viniesen á

desmentir tan groseras calumnias, á deshacer tan burdas tramas.

Gregorio IX llamó á San Antonio *arca de los testamentos y arsenal de las sagradas escrituras*, Sería ignorante nuestro santo cuando San Francisco le nombra lector de S. Teología; cuando le consultaban ilustres Prelados y al ejercer él mismo la prelacia en su orden esclarecida, en aquella orden que tenía en su seno á Fr. Pacífico, insigne poeta laureado, á los ilustres Egidio, Bernardo y Juan de Cortona, Tomás Celano y otros no menos sábios. Lean esos escritores sin conciencia, lean los sermones que dejó escritos San Antonio, estudien sus luminosos comentarios sobre la S. Escritura y aprendan en su libro *Concordancia moral*, á no denigrar aquel talento soberano iluminado por la Divina ciencia y que fué faro luminoso que ilustró á Europa en el siglo XIII.

El egoismo de Antonio está demostrado con la historia de su heróica vida. Aquel ardiente deseo que le conduce á las abrasadas playas africanas para llevar la luz de la fé á aquellos pueblos salvajes; sus excursiones apostólicas por Italia, España y Portugal convirtiendo á millares de pecadores, reformando con su predicación y ejemplo aquellas costumbres del siglo de las guerras intestinas, de las herejías

y de relajación general, son pruebas más que suficientes para hacer callar la impiedad, para sellar los lábios de los sectarios enemigos de la fé cristiana y por ende de la caridad, virtud hermosa, que ellos no conocen, cuyo nombre profanan, que ellos prostituyen y que heroicamente practicó el Santo cuyas glorias hoy pregonan la cristiandad, después de pasar por el tamiz de seiscientos años sin perder su prístino brillo, al contrario, recobrando nuevos esplendores á medida que los años pasan y las generaciones se suceden.

Mal que les pese á los librepensadores lusitanos, el actual centenario es la apoteosis de un fraile, de uno de esos arquitectos de la civilización, que había retrocedido seis siglos en la historia del progreso con la irrupción de los vándalos y alanos, que se levanta de nuevo robusta y exuberante, gracias á la acción benéfica de la iglesia católica y al esfuerzo de las órdenes religiosas, únicas que guardaron el fuego sacro de la ilustración, en aquellos siglos en que era un crimen el ejercicio de las letras y una ignominia procurar el adelanto de las bellas artes.

El despotismo feudal, aquellas costumbres tiránicas, embrutecidas con el continuo ejercicio de la guerra, habían oscurecido el conocimiento

de la justicia, atrofiado el sentimiento de lo bello, y las ciencias, las artes y la agricultura se hallaban relegadas al olvido. En los claustros se refugiara la semilla de la civilización, y los frailes eran los únicos encargados de esparcirla por la haz de Europa.

No vemos en el siglo XIII otros progresos en la arquitectura, que los progresos en la arquitectura religiosa. Si no fuera el espíritu destructor de los liberales reformistas de aquel entonces, veríamos desarrollarse aquellos gérmenes depositados en las obras y cartas del gran Rogerio Bacon, humilde fraile que abrió á las generaciones futuras las puertas de los progresos en las ciencias físico-matemáticas.

Estas verdades están en la mente de los pueblos, la historia las testifica, y en vano tratan esos enemigos del verdadero progreso, esos masones difamadores de las glorias legítimas, de arrojar lodo á esas estrellas de primera magnitud, que brillan en la obscuridad de los siglos medioevales con luz clarísima. Ese lodo cae sobre sus menguadas frentes. Trate la masonería de cubrir con negras sombras la fulgente aureola que circunda las sienes del gran taumaturgo de Pádua; esa aureola seguirá siendo el astro luminoso que guía á las generaciones á través de los siglos y las

enseñará los verdaderos amantes del pueblo, que son los santos, no los masones, que son los frailes salidos de su seno, no los librepensadores, que rompen todo freno para encumbrarse sobre el pueblo, y hacerle servir de escabel para erigirse con su sangre una estatua á su desmedida soberbia y luego oprimir con su despótica planta al infeliz pueblo á quien robó con su fé sus únicos bienhechores, que son los santos.

En Galicia es tan popular como en Portugal la devoción á San Antonio de Pádua. Nuestros padres veneraron al gran taumaturgo y le invocaban en sus aflicciones, y nosotros seguiremos esa piadosa tradición. ¿Por qué los pueblos siguen invocando á San Antonio? por qué no se acude con igual confianza á invocar el nombre de Camoens, como se acude al del glorioso San Antonio?

En tiempos de fanatismo religioso se podría explicar este fenómeno por los *Ciruelos* de la masonería, pero en pleno siglo XIX, en Portugal enemigo de los frailes, ilustrado por las masónicas luces y educado por una prensa malvada, no tiene fácil contestación esa, para ellos, terrible pregunta.

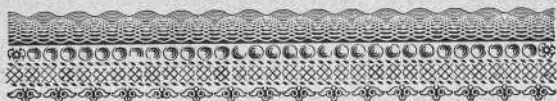
En Portugal, como en España, el verdadero pueblo es católico, y la condescendencia de los

católicos es la que presta esa vida aparente á la impiedad. San Antonio pida al Señor que su centenario sea la etapa que señale en la historia del vecino reino la época de su regeneración social. El Congreso católico sea el preludio de la unión de los buenos, para que unidos, como esforzado escuadrón, se lancen á la pelea y logren extirpar el árbol maldito, que les tiene muertos bajo su mortífera sombra. La masonería portuguesa presiente su ruina cuando se revuelve tan furiosa contra las fiestas centenarias. Ojalá podamos dar gracias al ínclito San Antonio, debelador de las herejías en el siglo XIII, cantando, con nuestros hermanos de allende el Miño, el himno de emancipación de la servidumbre de la bestia apocalíptica. Qué dichosos seríamos si todos unidos en una misma fe político-religiosa pudiéramos entonar el canto sublime de la libertad, de esa libertad que sólo dá la verdad, que sólo poseen los hijos de Dios, Rey inmortal de los siglos.

¡Glorioso San Antonio, ruega al Divino Niño por España y Portugal: dadnos la libertad porque suspiramos: regenera esta tierra, que santificaste con tus apostólicos sudores y redimiste con tus católicas enseñanzas!

Junio 1895.





DESPILFARRO



UESTRA oposición á los partidos liberales turnantes en el disfrute del presupuesto, no es sistemática, como algún cándido supone, es natural, patriótica y justa.

El tiempo nos viene á demostrar con hechos la malicia y ruindad de esos partidos.

La peor calamidad que pesa sobre la infortunada nación española, es la administración pública. Nuestra empobrecida Hacienda tiene por administradores hombres políticos que logran esa cartera no por sus conocimientos rentísticos y financieros, sino porque los jefes de la política los escogen entre el montón anónimo de diputados y los colocan al frente de ese ministerio como mamparas, para escudarse con ellos y lograr de este modo el disfrute onnímado de los recursos de la nación.

Presupuestos, reformas, planes económicos, debates parlamentarios, toda la labor de nuestras Cortes se estrella ante al afán desmedido de participar del Tesoro público por obra y gracia de una nómina, lograda por artes ilícitas. La política europea, y especialmente española, se reduce á comer sin trabajar. La abundancia de políticos hace que sea insuficiente el presupuesto y resulten escasos los ingresos. Muchos se dedican á la lucrativa carrera de la política,—que carrera es, y bien corta por cierto, la gobernación del Estado,—sin otro objeto, sin más ideales que el logro de una nómina, para vivir holgadamente á costa del contribuyente.

Se escala el poder, se adula al prohombre, se muñe una elección, se consuman unos cuantos chanchullos y se ve trasformado por arte mágico un simple escribientillo en un político de talla, un picapleitos callejero se troca en todo un personaje, que dispone á su antojo del Gobierno, de la administración, de la justicia. Esto lo vemos todos los días, en todas partes y bajo cualquier régimen político-liberal que nos des gobierne.

Como la política, salvas nulas excepciones, se halla en manos de tales hombres, de aquí las naturales consecuencias de la dilapidación

del Tesoro público, la injusticia en la distribución de los tributos, la corrupción en todos los ramos de la administración pública. La Hacienda, según confesión de todos los partidos, se halla empeñada, sin recursos para atender á perentorias necesidades, sin fondos para una inopinada conflagración europea, que bien puede ocurrir el día menos pensado; las economías se imponen, todos reconocen que no es arbitrio de gobernantes prudentes apelar á ruinosos empréstitos, ni á anticipos que no se pueden pagar, y que no es justo recargar más las contribuciones directas. Ya se recorrió toda la escala para sacar todo el jugo posible á la producción, á la industria y al comercio.

Veinte años de paz no nivelaron el presupuesto en una nación como España, en que no solo debieron saldarse ya las deudas contraídas en aquellos períodos de revolución, en aquellos días de río revuelto en que tantos parásitos hicieron su agosto y se elevaron hasta la superficie, saliendo del lodo miserable en que vejetaban y vivían. No sólo se debió reparar los descalabros sufridos, sino que debía existir un remanente, que sirviera de base para operaciones bursátiles, y especialmente para no castigar á los contribuyentes con impuestos extraordinarios, cuando en circunstancias

como las de hoy se viese el Gobierno precisado á conservar la integridad del territorio, á construir barcos para vigilar y defender las costas ó á emprender obras públicas para conjurar las crisis obreras.

Nada de esto se hizo ni se hará. El liberalismo es malo bajo todos sus aspectos, es tan mal político como mal administrador. Sus decantados frutos los tocamos ahora, y aquellas prosperidades prometidas se reducen al empobrecimiento actual, al despilfarro de siempre. La creación ó restablecimiento de tres direcciones generales, el aumento de empleos que consigo lleva, unido esto á la vergonzosa indemnización Mora, acreditan al partido conservador de tan buen hacendista como lo han sido los fusionistas con Moret y Gamazo al frente de nuestra hacienda.

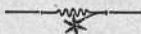
España paga, sufre y calla. No hay remedio posible en los partidos liberales. La justicia y la verdad, únicas que hacen felices á los pueblos, no se hallan en el liberalismo, debemos buscarlas en otra parte.

Mientras Jesu-Cristo no sea Rey efectivo de los pueblos, y los gobernantes no se informen en su doctrina, es inútil esperar prosperidad, honra nacional y empleados probos.

Julio 1895.



CONFESION



Cs conveniente registrar en las columnas de *La Integridad* las confesiones de los liberales. Estas vienen á darnos la razón en lo que venimos sosteniendo un día y otro día, acerca de la mortífera corrupción que invade todo el cuerpo político social.

El derecho nuevo ya se halla desacreditado en todas las esferas á donde llegó con su virus ponzoñoso. Algo había respetado la gangrena liberal, y antiguos prestigios, que todos acataban, circuían con aureola envidiable la administración de justicia. En el santuario de las leyes parecía que aún se respiraba una atmósfera sana, viril y á prueba de deletéreas tendencias. Themis no había roto su cándida veste, y los platillos de la balanza permanecían á igual altura, sin inclinarse el fiel ni á la derecha ni á la izquierda.

No podía ser duradera tanta belleza. El virus avanzaba é iba apoderándose de todo el cuerpo:

la parte no dañada todavía, ya se hallaba rodeada de podredumbre. La política todo lo invade, su poder se extiende á todos los ramos, su influencia es onnimoda, no hay parte inmune, no hay rincón en que no penetre, no hay institución social que no corrompa. Bastaron pocos años de régimen liberal en España, para que aquella justicia histórica, antes tan respetada y enaltecida, se viese pisoteada y arrastrada por el suelo. Ella tenía la culpa de su propio desprestigio.

El proceso de la calle Fuencarral de Madrid; los desaciertos de jurados indoctos; las frecuentes inclinaciones de la balanza de la justicia, cuando en uno de los platillos se ponía la influencia del cacique ó la recomendación del personaje político, fueron otras tantas piedras arrojadas al pedestal de la diosa Themis. Estas recientes polvoredas cubrieron de fango la radiante estatua de la justicia, nublaron el nimbo de luz que la rodeaba, y la precipitaron del elevado pedestal á donde la ensalzara la tradicional honradez de nuestros antepasados, para arrojarla hoy al medio del arroyo. La que antes ostentaba su faz serena, levantaba la espada hácia el cielo, de donde nace el derecho, y mostraba la fiel balanza de la administración de la justicia, hoy oculta su rostro enrojecido por la vergüenza, mira la espada rota que yace en el polvo, y la

balanza huyendo de sus manos cayó en el lodo de la venalidad.

La política liberal, que devasta todo lo grande y noble que nos legaron nuestros abuelos, hizo de la magistratura un instrumento dócil á sus caprichos. Cuando la vara de la justicia no quiere doblegarse ante sus antojos ó intenta poner un dique á sus bastardas aspiraciones, entónces el recto magistrado se halla expuesto á mil coincidencias, que le obligan á renunciar su porvenir, perdiendo los justos ascensos en la carrera, ó se le impele á hacer traición á su conciencia. Hallará en cambio el tal, como recompensa de su iniquidad, una protección decidida, que no necesitaría si la sociedad no se hallase en tal estado de descomposición.

Que el liberalismo había corrompido el santuario de las leyes, todos lo sabíamos. La experiencia nos venía demostrando la verdad de esta paradoja. Los defensores de las conquistas del derecho nuevo nos hablaban de la rectitud, de la imparcialidad, de la incorruptibilidad de los tribunales de justicia: era imposible oír á esos cantores sin que la duda se apoderase del inexperto y cándido admirador de pomposas teorías.

Un antiguo refrán nos decía:—allá ván leyes do quieren reyes—pero hoy se puede decir:

ván leyes, ván instituciones á donde quieren ministros. Un decreto, una real órden, basta para echar por tierra una ley secular. Esto sucede cuando se quieren cubrir las apariencias; cuando nó, se hace el infundio sin esos requisitos.

Ante la poderosa voluntad de ún ministro, se levanta ó se aniquila á un funcionario sin respetos á sus derechos adquiridos, sin considerar los méritos contraídos por una oposición, ni tener en cuenta los servicios prestados. Todo se ha de achicar y reducir al criterio personal. No hay bien común, ni deseo de gobernar con acierto; lo que se pretende es servir al partido, al cacique, al jefe de grupo. Esta política pequeña, rastrera, individual, egoísta, es la política liberal española.

Cambia un ministerio, y la mudanza se reduce á cambiar el personal: la crisis se verifica solo en la nómina. Dar entrada en el disfrute del presupuesto á los amigos y paniaguados, es el *desideratum* de políticos de altos vuelos y de políticos de café. Con esta salvadora política llegó España á la degradación, pobreza y desbarajuste actual.

Quéjense ahora los que contribuyeron con sus escritos, con su apoyo á la desmoralización de la pátria. Los que ayudaron á que se entronizase la peste liberal, que nos mata lenta é

infaliblemente, se lamentan de las consecuencias desastrosas de esa política bizantina. Ellos son los sembradores de tan funesta semilla.

Como dato de irrefragable autoridad, copiaremos una preciosa é incompleta confesión que hace un periódico liberal madrileño. Conviene registrarla en nuestras columnas, para que se vea cómo nos dán la razón los enemigos de nuestra causa.

Diferénciase de lo que nosotros decimos lo que dice *El Imparcial*, en que este se callaba cuando lo hacían sus amigos, y le parece mal ahora cuando lo hacen los amigos de Cánovas. Todos son iguales, conservadores y fusionistas; la raíz del mal es el sistema, es la doctrina liberal; no son este ó aquel partido liberal; todos los partidos liberales ayudaron á demoler la gran obra de nuestros católicos abuelos, todos corrompieron los individuos, los organismos, las instituciones y *el fondo real y positivo del régimen vigente*.

Dice así *El Imparcial* hablando de la imposición de Romero al juez madrileño Sr. Maroto. —«Reducir á los funcionarios judiciales desde el Gobierno por el temor á las traslaciones, á los expedientes, á todo género de molestia, y desde la oposición por miedo á las mas acres censuras, equivalía á advertir á los mismos de

que su papel, dentro del estado de cosas que constituye el fondo real y positivo del régimen vigente, reduciase á servir de instrumento ciego á quien concentraba en sus manos el poder ó la influencia.

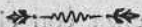
Esta tendencia es hondamente demoledora. Ningún partido de Gobierno, y menos el que se titula conservador, debía cooperar á hacerla efectiva. Los vicios que todo el mundo percibe en la actual administración de justicia, léjos de curarse con tal régimen, habrían de verse agravados. A pesar de todo, el Sr. Cánovas no halló otro departamento sino el de Gracia y Justicia á donde llevar al Sr. Romero Robledo.

¿Qué juez, qué magistrado se atreverá en lo sucesivo á cumplir con su deber cuando éste le ordene actuar contra un personaje político? Esta pregunta se hallaba en todos los labios.

El absolutismo ministerial impera desde que las Cortes se cerraron; mas el proceder relatado se antoja una rápida degeneración de aquél en tiranía». —

Aunque incompleta y tardía, vale mucho la confesión del periódico liberal condenando lo que nosotros condenamos. Un paso más, y estamos conformes.

Julio 1895.





ATONÍA



Los estragos causados en el espíritu nacional por el régimen corruptor que nos domina desde las famosas Cortes de Cádiz, son tan evidentes y palmarios, que los reconocen los mismos médicos á quienes convenía ocultarlos. A tal grado llegó la atonía nacional, que asusta á los mismos médicos que recetaron ese acónito, á los propagadores de las doctrinas deletéreas importadas de la vecina república francesa, á los callejeros redentores de España, quienes á comienzos de siglo llevaron vergonzosamente á la constitución los principios del jacobismo y jansenismo franceses.

Fué una obra demoledora la implantación en España del maldito liberalismo. Ese engendro híbrido, monstruoso, que penetró en nuestra patria con la piel engañosa de libertad política; ese destructor de nuestra sabia legislación secular, que comienza con el Fuero Juzgo y

termina en la Novísima Recompilación; ese enemigo de nuestras grandezas nacionales, que comienzan con la unidad religiosa jurada en las asambleas toledanas y reciben golpe mortal con la abolición del tribunal del Santo Oficio, centinela avanzado de la pureza de doctrinas religioso-políticas; ese liberalismo que se subleva con Riego y Quiroga robándonos las posesiones americanas; que se amotina en Barcelona y Logroño, ensangrienta el suelo ibero produciendo motines sin cuento, y levanta barricadas en las calles de nuestras ciudades para ensalzar ídolos de un día; ese es el que engendró la atonía nacional, que nos consume la anémica vida que todavía nos resta.

Honda pena produce en todo pecho honrado y español la contemplación de la decadencia y atonía que nos sobrevino á paso de gigante. Aquella vida exuberante, aquella altivez ibera, aquella abnegación sueva, aquella bravura goda, aquella España de los siglos de la reconquista, descubridora de un nuevo mundo y vencedora de los hijos del Alcorán, no es la España de hoy, miedosa ante las imposiciones yankées, débil y vacilante ante las osadías marroquíes, dócil y sumisa ante las indicaciones de las potencias. En su interior se halla corrompida con la desmoralización en su seno,

con el egoismo encarnado en su política, con la arbitrariedad, con el capricho, con el favor administrando los bienes, la justicia y los destinos del poder. Ayer vida, hoy miseria; ayer poder, hoy debilidad; ayer sacrificio, abnegación, desinterés, prosperidad; hoy egoismo, ambición y mercantilismo, generadores de la atonía y decadencia que nos consume.

Esta atonía no proviene de la revolución de Septiembre, como dice *El Imparcial*, tiene origen más remoto, ni se nota tan sólo *en la falta de amplitud para abarcar impresiones*, se nota desgraciada y realmente en todo. El pueblo español ya no puede abarcar impresiones, se halla moribundo y no le afectan las sensaciones cuando su poca vida se concentra, y necesita el resto de actividad que aún le dejan, para atender á otras cosas más necesarias. Cansado de sufrir, harto de peroratas que aumentan sus males en vez de remediarlos, no espera su resurrección del veneno que enervó sus robustas fuerzas, ni cree será su redentor el que fué su alevoso asesino, el liberalismo; espera sí, en Dios, único que podrá disipar esos *temores y recelos de las personas previsoras*.

No se pierden en el vacío las voces de alarma. Estas voces las estamos dando los católicos hace casi un siglo; es cierto que se nos

motejaba de visionarios, de fanáticos, de retrógados, de oscurantistas, porque dábamos voces de alerta, gritos de alarma al pueblo sensato y sencillo, á quien trataban de engañar los apóstoles de la falsa libertad, los redentores del pueblo, los gacetilleros asalariados, que como *El Imparcial* ponderaban las excelencias del nuevo régimen, las conquistas de la revolución y del derecho nuevo y nos predicaban el liberalismo nefando como la panacea de nuestros males y como sol que alumbraría nuestras futuras dichas.

El tiempo y los hechos vinieron á darnos la razón en todo. El liberalismo como doctrina es una herejía, como sistema una aberración, como forma política un grave pecado, un asesino de la pátria. Desde el año doce hasta hoy el pueblo se vió colmado de libertades y agobiado de tributos directos é indirectos. Por su parlamento pasaron los proyectos más seductores y las constituciones más liberales, pero sin resultados positivos para el pueblo. Se suprimió el diezmo y se cobra el Estado toda la producción líquida. Se gritó ¡abajo los consumos! ¡abajo la contribución de sangre! y todo se consume. El pueblo hoy está desengañado.

Confiese paladinamente *El Imparcial* su cooperación al malestar de España con sus

propagandas liberalescas, confiese que la causa de nuestros males está en toda clase de liberalismo y véngase á defender nuestras tradiciones, nuestras doctrinas católicas sin apéndices, sin caretas y emplee sus fuerzas en derrocar ese mónstruo que nos aniquila, esa peste que nos produce esa atonía; esa *doctrina dictatorial y absurda*, que no se conforma con la doctrina de Cristo, y es patrimonio de todos los partidos liberales. Rompa con todo liberalismo y sea verdaderamente imparcial.

No basta conocer la verdad á medias, es menester que él contrarreste el mal que causó en España con su propaganda, pervitiendo las inteligencias y atrayendo voluntades á la mala causa del liberalismo. Rompa con los compromisos de escuela, sacrifique mezquinos intereses mercantiles, entone el *mea culpa*, para venir esperanzado al campo de la verdad y defender las batallas de Cristo, Rey inmortal de los siglos.

Hé aquí las verdades que reconoce el diario madrileño, del cual se puede decir lo que decía el poeta, *video meliora proboque, pejora sequor...*

«En poco más de veinte años el espíritu nacional parece haber envejecido muchos siglos. La debilidad de esa decadencia por vejez se

marca en esa falta de amplitud para abarcar impresiones y pensamientos distintos.

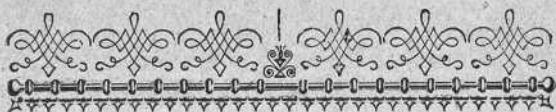
Esa doctrina, dictatorial y absurda, de que el poder ministerial invade la jurisdicción de los tribunales castigando ó corrigiendo, sin causa, ni expediente, sin informe de altos cuerpos consultivos, á los jueces que no procedieron con arreglo al personal criterio del ministro, habría originado en otras circunstancias las más rudas tempestades en uno de los pilares del régimen á que la nación está sometida lo que se falsea con semejantes principios, y no obstante, el espíritu público parece no haberse enterado.

De esa atonía se aprovechan los hombres de la situación actual para despacharse á su gusto. Vendrán y no muy tarde las aplicaciones de tal doctrina, y al sentirla se enterarán los distraídos ciudadanos de que hasta la seguridad de los derechos privados más respetables está pendiente del capricho ministerial.

Hasta entónces las voces de alarma se perderán en el vacío.

Tal es la triste realidad, no se puede más por hoy. Pero al ver de que modo van acumulándose las materias explosivas, las personas previsoras empiezan á recelar y temer».

Agosto 1895.



Egoismo.

UN síntoma de grave la enfermedad social, que padecemos, una prueba evidente de los estragos causados en nuestra patria por el maldito liberalismo, la tenemos en ese movimiento egoísta de las clases acomodadas, de individuos que se apresuran á pedir la jubilación, el retiro ó renuncian á su carrera antes de correr los peligros de la guerra ó exponerse á los contratiempos de la campaña en Cuba.

Fenómeno jamás observado en nuestra nación, caso raro y que contrasta con aquellas hazañas llevadas á cabo por nuestros mayores en todos los tiempos, cuando el grito de la patria oprimida despertaba en nuestro corazón

entusiasmos que producían aquellos sacrificios heróicos, aquellas abnegaciones sublimes, aquellas epopeyas nacionales, que registra la historia pátria con los nombres de guerra de la Reconquista y en nuestro siglo con el de Independencia.

Aquellos eran tiempos de fé, y la fé obra prodigios, traspasa montañas y engrandece á los pueblos. Se trabajó, se trabaja en robar á nuestro pueblo ese talismán de grandeza y no debemos extrañarnos de que un pueblo sin fé religiosa sea un pueblo débil, egoísta y cobarde. El liberalismo arrancó de nuestro suelo los conventos, degolló los frailes, persiguió al clero, empobreció á la iglesia, propagó la masonería y no reparó en medios para sustituir aquellos emporios de ciencia por los clubs modernos, centros de ideas disolventes, generadoras de planes destructores; fomentó la prensa mala y el folleto procaz que engendraron el anarquismo en el obrero, la indisciplina en el soldado y el desprecio á la autoridad en todos.

¿Cómo se apagaron los entusiasmos de antaño? ¿Quién atrofió el sentimiento pátrio é hizo que el interés sea el único móvil, que conduzca á los campos de combate á las huestes españolas? ¿Quién empequeñeció la imagen de la

pátria que la tape *un abonaré por cobrar*? El liberalismo que nos gobierna apoderado de las riendas del Estado desde comienzos del siglo; el liberalismo inficionando las fuentes de cultura nacional y dueño de la prensa, de la cátedra, de las instituciones, de todo lo que nos rodea.

La pátria fué la suprema deidad en cuyas aras se sacrificaron sin duelo ni recompensa las generaciones, cuando el clero arengaba al pueblo y le inculcaba el amor á Dios, primer lema de nuestra bandera, cuando el fraile lo guiaba al combate y le enseñaba á sacudir el yugo del invasor con la predicación y el ejemplo, cuando en el libro y en la cátedra no se atentaba impunemente contra la autoridad, ni se sembraba en las juveniles inteligencias el error, la desmoralización, cuando no había prensa sectaria y se le ponía al pueblo ante sus ojos ejemplos de abnegación, de sacrificio, como aquel los frailes guerreros que poblaban los claustros. Las órdenes militares no eran órdenes masónicas. Los guerrilleros de la independencia no cobraban del presupuesto: el elemento oficial estaba corrompido, el pueblo llevó á cabo la epopeya del año ocho sin contar con refuerzos ni prestigios, no obstante venció á Napoleón con su entusiasmo, su fé y su valor.

El Abad de Valladares conquistó á Vigo y como él hay cien ejemplos en la historia de nuestra reconquista.

A Dios gracias todavía hay fé en España. Los daños causados por el antipatriótico liberalismo los remediará la fé, que vive en nuestros campos, en nuestras aldeas y en nuestros pueblos. El pueblo que sufre, calla y paga es el que produce esos quintos que se batan contra un enemigo superior en número y posición. Estos quintos los son hijos del pueblo: esos egoistas, que prefieren la paga descansada y abandonan el servicio cuando la pátria reclama su auxilio, son los hijos del liberalismo, engendrados por esa hidra de cien cabezas sin entrañas, sin sentimiento, sin fé.

La reacción vendrá, no lo dudamos vendrá y pronto, pero no del lado podrido, sino de la parte sana. Ya no puede sufrir más la sufriendísima raza goda, ya es insoportable el yugo del liberalismo. Es necesario romper ese yugo para que no ahogue al pueblo español; es urgente extirpar el cáncer que nos corroe; es cuestión de vida ó muerte nacional coadunarse todos y lanzarnos como aguerrido escuadrón, contra el árbol maldito, arrancarlo de cuajo, destrozar su tronco, reducirlo á astillas, quemarlo y luego aventar sus cenizas, para que no retoñe en

nuestra bendita tierra el hijo del protestantismo, el padre de la mentira.

La reacción vendrá por las inteligencias primero, por las voluntades más tarde. La primera se está verificando, la segunda no tardará. Dios ilumine á las unas y mueva á las otras. Rueguen con ahinco los buenos, pidan al dador de todo bien la regeneración de la pátria.

En un periódico, en un paladin del liberalismo se reconoce que la mayoría no se halla corrompida, que hay esperanza todavía.

Meditense estas palabras, que descubren en todo su horror la llaga social del egoismo, que rehuye defender la pátria en el honroso campo de la guerra. Dice el diariario madrileño:

—«Este aspecto calculador y frio egoismo á que aludimos es capaz de descorazonar al más optimista. Por fortuna, contra él deponen el entusiasmo con que esos pobres quintos, apenas sacados de sus casas, se batan contra un enemigo superior en número y posición, y el heroismo de que tantos jefes, oficiales y sargentos están dando á diario maravillosas muestras.

¿Cómo han de abundar los que condenen ostensiblemente la conducta de quienes ante la probabilidad de salir á la campaña piden la

licencia ó el retiro, si vemos tantos que los disculpan? ¿Hasta qué altura no habrá llegado en los ánimos el egoismo cuando con razonamientos se justifica, no solo el propio, sino el de los demás? ¿Qué perturbación tan honda no acusa el desconocimiento de que la suma de los egoismos escuetos y descarnados nunca constituirá una colectividad verdadera y mucho menos una nación?

La pátria fué aquí la suprema deidad en cuyas aras se sacrificaron sin duelo ni recompensa las generaciones. Hoy su imágen se halla tan empequeñecida que la tapa un abonaré por cobrar.

La única esperanza que podemos acariciar es la de que lo más genuino de nuestra raza es lo otro y ya vendrá la reacción».

Agosto 1895.





¡VIVA EL PAPA!



AYER, cuando leíamos los telegramas de nuestro diligente corresponsal en Madrid referentes á la revista de las tropas expedicionarias á Cuba, el corazón se dilató y por nuestra mente cruzaron ideas consoladoras, en nuestro pecho se avivó la esperanza y prorrumpimos en un entusiasta ¡viva España!

Aquellos bravos hermanos nuestros, que van á la isla de Cuba á reparar con las armas los daños causados por perniciosas propagandas; aquellos soldados, que van al suelo inhospitalario antillano á defender la honra de la bandera gualda y roja; aquellos oscuros hijos del pueblo, que en campo de batalla saben conquistar inmarcesibles laureles con su arrojo, con su sufriente, con su indomable bravura,

son los descendientes legítimos de los legendarios tercios españoles del siglo dieciseis, son los hederos de los infantes de las Navas y del Salado, de San Quintín y Bailén.

Con los vivas á España se mezclaban los vivas á los reyes y al Papa. León XIII mandó á su representante en nuestra nación Monseñor Cretoni que bendijese en su nombre á las tropas expedicionarias: su corazón paternal no puede ver las desgracias que afligen á España sin conmovirse; nuestras desventuras engendran en su pecho amargos presagios: su mirada de águila descubre serenos y dilatados horizontes de felicidad para nuestra nación, y para alentarnos, para fortalecernos en la tribulación presente, nos envía su bendición y ella será prólogo fecundo de prosperidades y venturas.

A esa bendición contesta nuestro valeroso ejército con ese espontáneo y entusiasta ¡viva el Papa! Así debieron gritar aquellas huestes conducidas al combate por D. Rodrigo de Toledo y D. Alfonso cuando tras encarnizada lucha lograron la señalada victoria de las Navas de Tolosa en los riscos de sierra Morena. En España está encarnado en el espíritu nacional el amor á la iglesia y no debe causar extrañeza ese viva dado al Papa por nuestras tropas, por

que en los siglos medioevales los Prelados eran los que convocaban á los pueblos, les predicaban la cruzada contra el musulmán y precedían á nuestras tropas en el campo de batalla. El gran Hermoigio, obispo de Tuy, prisionero en Val de Junquera, nos presenta un digno modelo. Los pastores corrían igual suerte que sus rebaños y con ellos triunfaban ó con ellos padecían.

Este proceder levantaba el espíritu de las tropas; esto era factor poderoso de esas epopeyas sublimes de que está esmaltada la gloriosa historia española.

Ante ese viva lanzado por nuestros soldados debió bramar de rabia Lucifer allá en sus tenebrosos antros en donde habita y temblarán de seguro sus imitadores en España, porque ellos conocerán que con ese viva se dá una voz de alerta contra los enemigos de nuestra fé, que son también los enemigos de nuestra grandeza nacional. Quiera el Altísimo sea ese grito la voz de combate para lanzarnos todos formando apretado haz, como aguerrido escuadrón, contra el árbol maldito que extiende sus ramas sobre el suelo ibero y nos cobija con su mortífera sombra.

Parece que los descarnados huesos de la patria se cubren de carne y los nervios enlazan

esas calizas osamentas para trasformarse en breve plazo en atléticos miembros y ostentar la vida exuberante, que tenía en tiempos más felices. Será una esperanza lejana, pero abrigamos esta firme esperanza de que, una vez lanzado el pueblo español contra el liberalismo, causa de la decadencia actual, arrancado de cuajo ese maldito parásito, aparecerá resplandeciente el sol de nuestra regeneración.

Los liberales confiesan que no se ha corrompido todo en España, á pesar de sus propagandas impías, contra todo lo hecho por la masonería para corromper nuestro pueblo arrancándole la fé, esta vive todavía, y crece, y vá dando señales de robustez en esos vivos á la religión de nuestros mayores y al pontificado, guarda fiel de ese talismán que nos hizo tan grandes.

La fé engendra el heroísmo: sólo los pueblos irreligiosos son pueblos cobardes, España es un pueblo religioso y con sus creencias tiene su inagotable fondo de energía para vencer á sus enemigos, ó saber apurar hasta la última gota el cáliz amargo de la tribulación.

Con ejércitos, como el revistado en Vitoria, que gritan ¡viva el Papa! no hay enemigo que resista, ni contratiempo que le haga retroceder, ni penuría que le abata. La religión católica es

la única que sabe engendrar el amor al sacrificio, á la obediencia y sólo ella hace preciosa y amables los horrores de la muerte. Un soldado católico es en el campo de batalla un atleta, que lucha sin reparar en peligros y con la mirada fija en la eterna recompensa, única que produce el heroismo.

Agosto 1895.





NECESIDAD

FELIZMENTE para nuestra provincia, pronto será un hecho la construcción de una línea para un ferrocarril de vía estrecha, que partiendo del Porriño termine en Mondariz.

Quisieramos registrar en nuestro periódico muchas obras tan beneficiosas y tan necesarias como ésta en que hoy nos ocupamos. En Galicia necesitamos obras de utilidad para fomentar el bienestar de nuestros postergados campesinos. La nueva vía de comunicación reportará grandes ventajas á los agricultores de la región que recorrerá esa línea en proyecto.

No es el Estado sino la iniciativa de una empresa particular quien intenta esa obra tan beneficiosa á la comarca de Puenteáreas y Mondariz. Para esa comarca se inicia una era

de prosperidad y desarrollo material, de que tanto necesita.

La riqueza de esa región es una riqueza forestal por excelencia. Las dos encañadas, la una que comienza en los Covelos, cae por Paraños, Cumiar, Oliveiras, y pasando por Arcos, desciende al valle de Puenteareas, valle que riega el Tea; la otra, que corre paralela á ésta y está separada de la primera por la cordillera de San Martín, comprendiendo á Barciademeira, Lougares, Mondariz, Pías, Prado y Bugarrín, ambas encañadas repetimos recibirán grandes beneficios, reportarán incalculables ventajas de la construcción de esa línea.

Estas parroquias, hoy reducidas á producir lo que sólo allí puede consumirse; sin fácil comunicación para exportar su excelente ganado vacuno, de cerda y lanar; sin medios baratos de transporte, para poder presentar en otras regiones sus abundantes forrajes, sus ricos cereales; sin poder desarrollar sus pequeñas industrias de alfarería, cestería, tejidos, quesería, etc., por carecer de rápida comunicación con otros pueblos y provincias, en donde hallarían mercados y fácil salida á esos productos; estas parroquias, hoy pobres y aisladas, hallarán remedio á su aflictiva situación y un auxiliar poderoso para redimirlas del

olvido en que yacen, en la línea que se vá á construir.

Necesidad grande se siente en nuestra provincia de esa línea de comunicación; como necesarias son otras vías análogas, para favorecer y fomentar la riqueza de nuestro suelo feraz, y dar alguna salida á la pléctora que empobrece á regiones separadas y sin fácil comunicación con el resto de la Península.

Galicia, y especialmente Pontevedra, obtendría incalculables beneficios si se llevan á cabo las obras de construcción para ferrocarriles de vía estrecha proyectados, y otras, que resultarían tan beneficiosas para el país, como productivas para las empresas constructoras de esas líneas.

Una pequeña red que viniese á enlazar la línea de Orense á Vigo con esos pintorescos rincones de nuestra provincia, hoy aislados por lo quebrado del terreno y por carecer de vías de comunicación, sería una red de nervios, que darían vigor á nuestra atrasada y agobiada agricultura; serían más bien que líneas férreas, venas por donde correría sangre robusta, que acudiría de los extremos al corazón de España y volvería en su viaje de retroceso á traer la vida á nuestras ignoradas y ricas regiones. Poco costaría un ferrocarril de vía estrecha

desde la Guardia á Tuy: el de Vigo á Bayona, en proyecto, pudiera prolongarse y enlazarse con el de la Guardia, bien faldeando la costa, bien pasando por Gondomar, los Tebras, etc., para fertilizar esa rica y poblada comarca. Construido el de Caldas á Villagarcía y á Pontevedra (en vista de lo indefinido del plazo para la construcción del ferrocarril de Pontevedra á Carril) para completar esta red necesitaríase una línea desde Puente de Caldas á la capital de la provincia; otra desde el centro del Rivero á Rivadavia y una que arrancase de Lalin, pasando por el Carballino, Cea, Amoeiro, y fuese á enlazarse con el ferrocarril de Orense á Monforte. Dichas líneas serían los brazos que sostuviesen nuestro anémico comercio, que darían gran impulso á la decadente agricultura y desarrollarían nuestras hoy desconocidas industrias. Estas construcciones darían trabajo á esos millares de emigrantes, á esos famélicos labradores, que huyen, porque aquí no pueden vivir.

Esto necesita la región gallega; esto deberían promover los que se interesan por su suerte. Del Gobierno no esperamos ese beneficio; sería una utopía, una ilusión cándida esperar la realización de proyectos beneficiosos de aquellos que sólo se acuerdan de nosotros

para agobiarnos con tributos, sin cuidarse de que no tenemos producción, ni medios de donde sacar lo que el fisco nos exige. Los capitalistas deben anticiparnos ese capital que se necesita. La iniciativa particular es la que debe emprender la realización de esos proyectos, en la seguridad de que no hay exposición para el capital, ni riesgo para las empresas. Nada de subvención oficial, que suele ser rémora y no auxilio. El Gobierno, es verdad, debiera proteger estas empresas dictando leyes justas para la expropiación forzosa y para evitar que ambiciones particulares pusiesen obstáculos á la construcción de proyectos tan beneficiosos para el país.

Algo se resentirán pequeños intereses creados, no faltará quien grite contra las compañías constructoras; esto no debe arredrar á los constructores del ferrocarril á Mondariz. Los intereses generales, el bien del público debe anteponerse á bastardas ambiciones. Ojalá pudiesen los empobrecidos municipios coadyuvar á esas empresas, ellos y las diputaciones debían ser los iniciadores, los constructores, los explotadores de esas pequeñas líneas, que llevarían la regeneración física á nuestros pueblos.

Por desgracia, el centralismo absorbente, el sistema liberal, que nos domina concluyó con

la autonomía municipal y provincial, les enervó las fuerzas, y les es imposible en las actuales circunstancias acometer ellos tamaña empresa. Los municipios y provincias no tienen vida propia, se hallan muertos y son causa inconsciente quizá del malestar general, porque la política nefanda se apoderó de esos organismos.

La empresa constructora del ferrocarril á Mondariz parece que está animada de los mejores propósitos á fin de realizar inmediatamente sus promesas. El capital, que se necesita para las obras, se halla reunido: estas comenzarán simultáneamente en varios puntos para activar y concluir los trabajos en el más breve plazo posible.

A imitación de lo que hicieron las provincias vascas, para desarrollar, para fomentar su riqueza y su industria, construyendo líneas con capital propio, explotadas por empresas del país, debiera hacerse también otro tanto en las cuatro provincias hermanas gallegas. La paralización de los capitales á nadie beneficia. En Galicia hay capitales suficientes para emprender esas obras, que darían empleo á muchos braceros, y serían el medio más adecuado para impedir esa creciente emigración, que nos empobrece y origina tantos males.

La confianza debe movilizar ese capital paralizado y hacer que contribuya á mejorar la aflictiva situación de nuestros labradores, promoviendo estas obras de reconocida utilidad pública.

El ejemplo, que nos presenta la empresa del ferrocarril á Mondariz debía ser acicate para despertar á los recelosos capitalistas, ojalá el capital sea regenerador activo, que levante del letargo actual á los pueblos gallegos, que se hallan sumergidos en el olvido y postración.

Agosto 1895.





FEUDALISMO



COMPARANDO épocas con épocas y estudiando á fondo alguuas cuestiones histórico-políticas de nuestra pátria, llegamos á encontrar analogías y semejanzas entre unas y otras á formar un juicio, que, si bien parece paradógico, resulta verdaderó.

Llamó nuestra atención una frase estampada en un periódico liberal de esta provincia y escrita por un Sr. Martinez, quien sin duda escribió á vuela pluma, cuya frase nació al calor de un pecho agradecido y de un estómago repleto, que si bien son atenuantes no eximen de responsabilidad. En dicha frase se anatematiza el feudalismo de la edad media y se le pinta con negros colores, ensalzando en cambio la flamante aristocracia de nuestros días.

Releído el escrito, no aparece la razón por que se anatematiza el primero y se prodiga tanto incienso á la segunda.

Esto es corriente en nuestros días de erudición á la violeta; á nadie extraña ver en letras de molde frases huecas, de relumbrón, que se dicen por redondear un período, sin parar mientes en la cualidad esencial del pensamiento, en la verdad, sin fijarse si el concepto vertido envuelve una injuria ó resulta una necedad.

Tendrá sus manchas el feudalismo, cometería sus yerros, abusaría de su autoridad, pero esto ¿es motivo suficiente para juzgar en general al feudalismo como una cosa intrínsecamente mala? Llamar nefanda á aquella institución, ver con horror aquellos tiempos en que dominaba, creerla tan monstruosa que no merezca más que anatemas y maldiciones, es desconocer aquella edad, es falta de criterio para comprender aquellos tiempos, y un prejuicio que nos impide ver con claridad lo bueno de las instituciones, discernir el abuso del uso, la práctica de la teoría, y las personas particulares de las constituidas en autoridad.

Hoy mismo puede una autoridad ser muy buena, una ley ser justa, y el encargado de aplicarla ser un desalmado, y no permite la

lógica atribuir á la especie lo que sólo pertenece al individuo; ni hace injusta una ley el abuso que de ella se haya hecho al aplicarla á casos particulares. En aquellos tiempos era el feudalismo una forma de gobernar necesaria, y á pesar de los abusos, conveniente. No sólo España sino que también Alemania, Francia, Holanda, Inglaterra, Italia y toda Europa tenían el régimen feudal establecido en sus dominios. Si tan malo era ese régimen, si tan monstruoso, ¿cómo vivió tantos siglos, cómo se extendió á tantos países, cómo lo toleraron y establecieron tantos reyes?

La ignorancia, el servilismo, la indignidad de los pueblos, etc., son las causas á que atribuyen la vida del feudalismo los regalistas y enemigos de lo tradicional. No podemos pasar por esas sinrazones, ni admitir como buenas esas causas. Los pueblos estarán más ó menos adelantados en su progreso moral y material, tendrán sus grados de civilización, pero desde que el cristianismo informa ese progreso, desde que la iglesia lleva el timón de la civilización, no admitimos esa ignorancia tan supina, ni ese servilismo tan degradante, ni creemos existiera nunca esa atrofia de la dignidad, esa carencia de sentimientos nobles de amor á la autoridad y de odio á la tiranía.

Aquellas sociedades eran cristianas, aquellos pueblos estaban formados por hombres, que tenían razón, voluntad, sentimientos y fuerza para proclamarse libres con la verdad; «la verdad nos hará libres» nos ha dicho, hace cerca de dos mil años, un ilustre desterrado en Patmos. Europa sabía esto, y la Iglesia tutora de los pueblos se lo predicaba de continuo.

Mermada la autoridad real, era más fácil la impunidad de los señores, que, validos de su fuerza, impulsados por sus pasiones, guiados tal vez por sus caprichos, abusaban de su poder, se burlaban de las órdenes del rey; pero esta razón no basta para tener por malo el feudalismo, única manera posible de gobernar en aquellos siglos á pueblos aislados, sin fáciles vías de comunicación y en continua lucha con feroces enemigos, que acampaban á corta distancia de las murallas de aquellos castillos, atalayas de nuestra independencia, baluarte de nuestra reconquistada nacionalidad contra las irrupciones de los normandos, de los árabes, almohades, almohades y benimerines, todos enemigos declarados de nuestra libertad é independencia.

Para el feudalismo medioeval hay sarcasmos, hay negros colores, no hay justicia ni compasión;

para el feudalismo de hoy, engendrado por el liberalismo, que merma las régias prerrogativas y tiene por lema *el Rey reina, pero no gobierna*; que crea el cacique de nuestros días repugnante señor feudal del siglo de las luces y en tiempo de paz; para el feudalismo político, que barreña las leyes, reparte las provincias entre los paniaguados como si fueran feudos; para el feudalismo, que nos proporciona el encasillado ministerial y degrada á los pueblos libres imponiéndoles como jefes á políticos de nombre, lobos hambrientos en realidad: para este feudalismo del siglo XIX no hay censuras, se moja la pluma en salsa verde, se le ensalza si se participa de la nómina; ó se le adula por la esperanza de lograr un mendrugo de la mano de estos nuevos señores feudales.

Agosto 1895.





¿CASTIGOS?



AY que añadir una nueva catástrofe á la larga série de desastres, que afligen á nuestra nación sin ventura.

No estamos repuestos todavía de la penosísima impresión causada por la pérdida del *Reina Regente* y del *Tajo*, cuando el abordaje del *Sánchez Barcáiztegui* viene á doblar el luto y á continuar el catálogo de las desgracias nacionales.

La prensa liberal habla con tan infausto motivo del destino adverso, de la mala fortuna, de la negra estrella de nuestra amada pátria, como si la fortuna, el hado, la estrella y el destino fueran cosas reales y existentes, capaces de cubrir de luto una nación ó de regir los destinos de un pueblo.

Para los gentiles, embebidos en las groseras teorías del Pórtico y del Liceo, era el hado una deidad y recibía su culto la fatalidad, como lo recibían otras monstruosidades. Cicerón nos habla de la fortuna, como si fuera un ser real é inteligente, capaz de influir en la vida del individuo y de los pueblos. En igual sentido se expresan otros autores paganos. Hoy tienden á resucitar ese antiguo error el naturalismo, el racionalismo y su hijo predilecto el liberalismo doctrinario.

No nos coge de sorpresa oír en la prensa liberal ese lenguaje de sabor gentil y marcadamente anticristiano. Estamos acostumbrados á presenciar aberraciones mayores y nuestros oídos escuchan diariamente disparates de más bulto.

Es una manera de hablar impropia y poco exacta esa de atribuir á la fatalidad aquello que no puede ser efecto de lo que no existe. En cambio los católicos conocemos que todo cuanto existe, obra y se mueve, obedece á una causa primera, infinita, sapientísima. Las causas segundas producen sus efectos, pero con el concurso de la primera, bien sea inmediato ó mediato; sea como quiera es concurso simultáneo. No queremos decidir la cuestión de la causalidad de las criaturas, inclinándonos á una ú otra

escuela escolástica. Nadie pondrá en duda que no se mueve la hoja del árbol sin la permisión de Dios, causa primera, única y omnipotente de todo lo visible é invisible. El cuidado y vigilancia sobre sus criaturas; la ordenación de las causas secundarias á sus respectivos fines particulares y á su fin último; el oficio de padre, curador y señor de todas sus obras, especialmente del hombre, hecho á su imágen y semejanza; ese atributo divino lo conocemos con el simpático nombre de Providencia.

Los cristianos reconocemos esa Providencia y no admitimos hados, fortunas, estrellas ni otras zarandajas parecidas. Solo la Providencia de Dios es la que rige y gobierna á los pueblos, á los individuos y á todos seres, á los cuales se extiende su bienhechora y paternal mano.

España, es cierto, sufre grandes desastres, padece aflicciones sin cuento; las tormentas asolan sus tierras, las enfermedades diezman sus habitantes, las guerras ensangrientan su suelo y las aguas del mar sepultan á sus valerosos hijos, no dejando rastro de su sepulcro y sacándoles traidoramente la vida, sin que tras esa muerte traidora quede fulgente estela de gloria. Otras veces hemos trazado el cuadro pavoroso de las calamidades que azotan á la desgraciada España. ¿Debe intimidarnos la

repetición de tanto desastre, el aumento de nuestros males?

No: esa fé que nos muestra la existencia de una providencia sabia y paternal; la razón que nos dicta lo absurdo del acaso; la historia que nos enseña el porvenir al relatar lo pasado, vienen de consuno á fortalecer nuestra esperanza, á dar ánimo al abatido espíritu y también á anunciarnos el comienzo de nuestra gloriosa resurrección nacional.

Como reconocemos la providencia, también confesamos la justicia divina; esta es inexorable con los delitos de los pueblos, como lo es con los de los individuos. Las naciones libres pecan, como pecan los hombres, que abusan libremente de su razón. No purgan sus crímenes las naciones en otra vida, como lo hacen los hombres; por eso es aquí donde presentamos esos espectáculos terribles, que borran pueblos de la faz de la tierra, derrocan dinastías y hacen astillas de robustos tronos; porque no hay nacionalidades en lo futuro, por eso las hecatombes sociales se encargan de purificar las corrompidas naciones.

España no está tan corrompida como las ciudades de Pentápolis, ni es tan pura como el santo patriarca de Idumea; tiene que purificarse de faltas, eso sí; hé aquí el fundamento de

nuestra esperanza. Dios la ama y quiere sanarla, por eso la afiige. La tribulación es muchas veces pan de los escogidos, no siempre es castigo de los malos; las víctimas inmoladas, con su inocencia atraen el perdón para los culpables, como las hostias del Circo y del Coliseo atrajeron rocío de gracias para el pueblo gentil, que las inmolaba y presenciaba sus tormentos y martirio.

Job recuperó con creces lo perdido, porque no le abandonó la paciencia. España recobrará su pristino esplendor y grandeza si se muestra resignada, si no cesa de pedir al padre de las misericordias, á la Providencia divina que se apiade de sus dolores y enjague sus lágrimas.

El fin de la tribulación se acerca. Oremos con más fervor. El vendaval arrecia; unámonos con la resignación. El enemigo intenta la batalla decisiva, sus comprimidos rencores impulsan el bajel de la destrucción; oremos con perseverante constancia. Confianza en Dios seremos perdonados.

Setiembre 1895.





EL DINERO



HACE dias viene hablando la prensa madrileña de un empréstito que el Gobierno español está negociando con el Banco de París.

Nadie adivina que á ese préstamo, que solicita del extranjero nuestro Gobierno, se le llama con el pulcro nombre de *operación* de Tesorería. No hay duda que es una operación, y una operación, como la de exteær muelas, dolorosa, antipática y que costará cara al pueblo, que es el paciente, el único que ha de pagar los cristales rotos.

Autorizado el ministro de Ultramar por las cerradas Cortes, para contraer las deudas necesarias para las atenciones y gastos que ocasione

la guerra cubana, no faltarían capitales españoles, que acudiesen á cubrir el empréstito, recibiendo por el anticipo un módico interés.

Medió en el negocio el señor ministro de Hacienda y creyó más ventajosos para sus intereses —para los de Hacienda— contratar el empréstito en Francia y someter así á la férula extranjera nuestra exorbitante deuda, para hacer más imposible el crédito en el mercado exterior.

En los periódicos burocráticos y en los círculos financieros se trató el asunto considerándolo bajo el aspecto económico y rentístico. Visto bajo este concepto, la llamada *operación* de Tesorería resulta desastrosa para los intereses del Tesoro público. Considerado el empréstito como un esfuerzo patriótico, para concluir con la insurrección en la Antilla, tampoco debió acudir en demanda de dinero á Francia nuestro ministerio, porque España, que supo contestar con prontitud pasmosa al llamamiento de hombres, movilizó sus reservas y envió á Cuba lo más florido de su juventud, lo más granado de la brillante oficialidad de su ejército, sabría contestar con largueza pecuniaria al llamamiento de la patria.

Los capitales españoles no negarían su desinteresado concurso para llevar á feliz término

la reunión del caudal suficiente á la sustentación, armamento y manutención de sus esforzados hijos, que luchan allende los mares por la integridad de la pátria. Si hace falta dinero, no faltará dinero.

Son muy liberales esas operaciones de Tesorería, son muy conservadoras las razones en que se habrá apoyado el Sr. Navaro Reverter para convencer á sus compañeros de Gabinete y al Sr. Cánovas de la conveniencia y necesidad de acudir humildemente á la bolsa judía, á los enemigos de España, para realizar esa antipatriótica operación.

No debiera abrigar recelos nuestro Gobierno, ni dejar, por temor á un fracaso, de averiguar si el Banco de España, ó el Hipotecario, ó la banca catalana querían realizar el empréstito y si eran más ventajosas sus proposiciones, que las que pueden hacer Rostchild ú otros banqueros tan desinteresados y rumbosos como él.

Ese desaire á los capitalistas españoles á nadie favorece. Tal vez perjudique á nuestro quebrantado crédito en el extranjero, esa meticulosidad con que obra nuestro ministro de Hacienda. No creemos lo que dice la maledicencia, de que negociando el empréstito en el extranjero se pueden cobrar comisiones, tanto

por ciento del cambio, corretajes, primas, etcétera, porque esto no es español, ni digno, ni cabe en la mente del Sr. Castellano ni lo autorizaría el Sr. Cánovas.

Por el contrario, creemos que los ministros mirarán por el bien del país y, caso de ser necesaria la operación de crédito intentada, procurarán hacerla con dinero español, abrirán concurso entre los mismos españoles para evitar el agio, y si no es factible en España ese empréstito, sabrán contraerlo en el extranjero con ventajosas condiciones y nunca sometiendo al capricho egoísta de la banca judía, aunque con esta última hayan contraído ya algunos compromisos.

Nuestra Hacienda empobrecida, nuestro Tesoro esquilmado, no pueden permitirse esos lujos de pagar primadas y torpezas de los que tienen obligación de velar por nuestros intereses.

En vista del cuidado con que se ocultan las bases de esa operación y del silencio de los ministros responsables, casi sospechamos si se trata de hacer el empréstito á cencerros tapados. A mayores desdichas estamos acostumbrados. No será novedad que el contribuyente tenga que pagar mañana los desaciertos de los administradores del Tesoro público;

ni nos extrañaría ver realizados los pesimismos referentes á la contratación de la nueva deuda, que vendrá á ser un nuevo dogal, que ahogue al ya prensado contribuyente.

Hemos dicho varias veces que el liberalismo no tiene entrañas. ¡Quedemos desmentidos si quiera por esta vez!

Después de apelar á todos los recursos, agotadas las medidas de la prudencia, cuando se conozca que no hay remedio en la península, ó que el egoismo se impone al patriotismo, como único remedio supremo, acúdase entónces al capital extranjero. Mientras esto no suceda, no se someta la generosa nación española al sonrojo de pedir limosna al avaro judío.

Es cuestión de honra, y en cuestiones de honra no cede España á nación alguna de la tierra. Esta nación hidalga, que puso en pie de guerra á más de cien mil de sus hijos y los envía orgullosa al combate y á la muerte ó la victoria; esta nación, que acudió á las miserias de Murcia y á las calamidades de Consuegra con tantos millones, ofrecidos espontáneamente por la caridad á la necesidad nacional, sabrá desprenderse del vil metal para atender á las necesidades de la guerra, sabrá sacrificarse pecuniariamente y sacar si es preciso el pedazo de pan de la boca, para llevárselo

presurosa á sus hijos hambrientos en la manigua, enfermos en los hospitales ó jadeantes en el campo de batalla.

España será siempre la misma: sabrá sacar fuerzas de su flaqueza y tesoros de su miseria. La abnegación y el sacrificio son distintivos de nuestra raza ibera.

Sepa el gobierno llamar á las puertas del corazón español, y éste, con un esfuerzo magnánimo, le sacará de sus apuros, cubrirá sus deudas y anticipará todo cuanto el Estado necesite para ensalzar la bandera nacional en Cuba.

Los rumores de negociaciones ruidosas y solo útiles para los agiotistas, cerrarán ese venero de riqueza pública y sembrarán la desconfianza entre los capitalistas.

¡Que no venga el mal ejemplo de arriba á congelar los entusiasmos de abajo! ¡Que no tengamos que registrar otra catástrofe financiera, que venga é sumir en la miseria á esta nación merecedora de mejor suerte!!

Octubre 1895.





LOS FRUTOS



NO de los amargos frutos, que nos regala el árbol maldito del liberalismo, es la corrupción de la enseñanza cristiana. La palabra empleada por los sectarios no es esta, es la de emancipación de la enseñanza, libertad de la cátedra y la no menos sonora de la ciencia por la ciencia.

Con motivo de la justa y legal suspensión del catedrático impío D. Odón de Buen, corren por la prensa liberal una porción de errores, se escriben necedades sin cuento y se pone de manifiesto una ignorancia supina, señal inequívoca de la decadencia intelectual, —que corre parejas con la decadencia en todo— y de las fatales consecuencias de la enseñanza liberal española.

Pocos dias há que en un periódico liberal madrileño leíamos estas estupendas palabras: «Acaso nuestra relativa inferioridad proviene de ahí. Pueblo educado intelectualmente durante siglos por teólogos y por juristas, nos hemos acostumbrado á discurrir sobre palabras cuyos capitales conceptos se nos daban formulados en principios ó leyes» y puesto en ese camino se lanza á denigrar aquellos siglos y aquellas enseñanzas.

Quisiéramos hoy estar á la altura de aquellos tiempos en cultura intelectual. La teología y el derecho eran las ciencias que se estudiaban, y en ese terreno no hemos adelantado un paso, al contrario, se nota un retroceso, una anémia intelectual pasmosa. Aquella pléyade de juristas famosos de los siglos XVI y XVII, que llenan las bibliotecas del mundo con sus obras monumentales de derecho, con sus sábios comentarios á las leyes, con sus luminosas disertaciones, no tienen hoy quien les represente y levante el caído pendón castellano, que era la bandera de la ciencia jurídica en las Universidades de Europa. Hoy se contentan legisladores y legistas con copiar del extranjero y con traducir del francés cuatro vaciedades.

En Teología no digamos, ninguna nación del mundo aventajó á la nuestra ni llegará á

igualarla en el transcurso de los siglos. En España el escolasticismo rompió los estrechos moldes de la argucia y del sofisma y estableció la armonía entre la filosofía y la ciencia de Dios. Dígalo el Concilio de Trento, díganlo esas obras inmortales de nuestros canonistas, de nuestros teólogos, de los moralistas y esa legión de verdaderos filósofos, admiración de propios y asombro de extraños.

Reciente está la augusta asamblea del Vaticano. Allí brilló la escuela española por su pureza en la fé y por su tradicional maestría en la controversia.

No necesita vindicación aquel pueblo educado por tales juristas y teólogos. Los hechos son la prueba más palmaria de la necesidad de ese aserto despreciativo de nuestra tradicional cultura. Aquella enseñanza educó á un pueblo que, lanzado en los campos de batalla, vencía al francés, al italiano, al holandés, al inglés, al alemán. Los teólogos y juristas de entónces levantaron tan alto el nombre de las universidades españolas de Alcalá, Salamanca y otras como nunca serán capaces de levantarlo los Buen, los Clarín y profesores de la misma ralea.

Lanzado á las procelosas aguas del atlántico, aquel pueblo descubrió la América, que

no fueron capaces de sostener los descendientes de los Pinzones, Pizarros y Hernán Cortés, educados por los modernos juristas del derecho nuevo. En el campo de las bellas letras produjo la brillante legión de poetas y prosistas inimitables. Los Garcilasos, Cervantes, Santa Teresa, Lope de Vega, Calderón. Los Luises de Granada y de León, Rojas y Malón de Chaide no bebieron en los cenagosos manantiales de la impiedad actual, ni fueron educados por la masonería entronizada hoy en las cátedras.

Los gritos de la turba escolar sublevada en Barcelona, la indisciplina reinante en aquella Universidad, la imposición de unos cuantos librepensadores que quieren dictar leyes al gobierno y á la Iglesia, maestra de la verdad, son una consecuencia legítima de la premisa liberal de la emancipacion de la enseñanza del magisterio de la Iglesia católica.

El sostenimiento en sus puestos de otros profesores impíos y masones como D. Odón, los libros de texto plagados de errores científicos y religiosos, puestos en manos de la juventud inexperta y la falta de vigilancia en las doctrinas vertidas en juveniles inteligencias, son los vientos que siembra el liberalismo imperante, para recoger mañana, como

recoge hoy, las tempestades de motines, asonadas y trastornos, que perturban el orden de una ciudad, conmueven la sociedad y amenazan todavía con más terribles desastres.

Las generaciones, educadas por Moraita, Salmerón, Alas, Buen y otros hermanos de la misma cofradía, tienen que resultar generaciones de sábios á la moderna; con mucha dosis de derechos individuales y mucha ignorancia en la inteligencia; con gran caudal de impiedad, pero la voluntad pervertida é inútil para el bien. Gran responsabilidad alcanza á los gobernantes, que tal consienten, que no defienden á la sociedad de los males que le amenazan, que no amparam el derecho paterno, que no protegen á los buenos estudiantes ansiosos de ilustración sólida y de verdadera instrucción.

Dá asco y apena ver el esperpento literario juridico escrito por *Clarín* en el *Heraldo de Madrid* defendiendo á su colega D. Odón y destrozando la ley, la lógica y el sentido común para cohonestar la rebelde actitud de los estudiantes librepensadores y la del catedrático masón.

¿Qué leyes sabrá *Clarín*, qué literatura, qué educación dará quien así se burla de la iglesia, del venerable Prelado de Barcelona, del Concordato y del sentido común? ¿Por qué se

paga á esos corruptores de la inteligencia de la juventud?

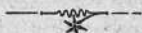
Dios quiera que no le falte energía al ministro de Fomento ni á sus colegas de ministerio, para que hagan cumplir la ley, no cedan ante las alharacas masónicas, ni se muestren meticulosos ante las imposiciones republicanas. Todos los profesores impíos no deben cobrar del Estado católico. Los reboltosos se les debe deportar á Mindanao ó presentar en Cuba, para que allí muestren ese valor, de que sólo hacen alarde para insultar á indefensos Obispos y sacerdotes, ante los enemigos de la pátria.

Octubre 1895.





VILEZA



DECÍA el conde de Maistre que era menester ver la clase de enemigos, que combatían una obra, para conocer si esta era buena. Cuando los malos emprenden cruda guerra contra una empresa, esta es buena. No es doctrina nueva, ni criterio de verdad inventado por el ilustre conde, este de juzgar de la bondad de las cosas por la clase de enemigos que las combaten, es muy antigua, es criterio muy racional.

Muchos siglos há se escribió aquella sentencia, «sereis odiados por causa mía, el mundo os odiará y sereis perseguidos, creyendo con esto prestar gran servicio á Dios».

En verdad, que no somos jactanciosos, ni queremos sentar plaza de impecables, pero

ciertamente nuestro corazón se alegra y el júbilo rebosa en nuestro pecho cuando contemplamos la falange de enemigos, que nos rodean, como leones rugientes, hambrientos de hacer presa en nosotros. Nos creen tristes, desconsolados, pesarosos, cuando en realidad estamos satisfechos, alegres y contentísimos.

Los duros é injustificados ataques á nuestras personas, el odio africano á nuestro periódico, las insidiosas redes, que tienden á nuestros piés, la hiel y el rencor con que nos tratan los enemigos de la verdad, ¿no son por ventura garantía de la justicia y verdad de la causa que defendemos? Pudiéramos jamás esperar un galardón máspreciado, un premio más alto? No; la vanidad no nos ciega, ni la soberbia nos impulsa, pero, en verdad que nos agrada sobremanera ver esa jauría ladrando en derredor nuestro. Los unos desearían vernos desaparecer del estadio de la prensa, para poder continuar vilipendiando á sus anchas á la religión y á la verdad; los otros ansían nuestra muerte, para seguir sembrando la mala semilla, á espaldas del padre de familias; los de mas allá guardan en sus rencorosos pechos el veneno del odio, á causa de los vapuleos que descargamos sobre sus hombros, levantados y engreidos por la ignorancia; casi todos porque buscamos primero

el reino de la verdad y rompemos lanzas contra toda suerte de enemigos de Dios y de la Pátria francos y declarados, ó solapados y escondidos.

Esta guerra la esperamos tener siempre; el día que nos falten enemigos es señal de que hemos hecho traición á la bandera jurada. No llegará ese infausto día, ni nos verán quemar incienso ante los ídolos; antes nos verán muertos. La ruindad de nuestros cobardes enemigos, la sinrazón de sus argumentos, la mala ley de sus armas se manifiestan en esa cobardía al combatirnos. El anónimo, esa arma de villanos, el ataque con la máscara puesta y por la espalda, es propio de cobardes y malandrines.

Si son tan valientes, que no rehusan atacarnos, preséntense en campo abierto, levantada la visera, empuñen la espada del caballero y no la navaja del salteador; si son tan poderosas sus razones y tan concluyentes sus argumentos, no apelen á la calumnia, ni al chiste volteriano, ó á la chanzoneta de burdel; expongan, discutan, refuten como lo hacen los hombres, dignos de este nombre; no se conviertan en asquerosas mujerzuelas empleando el chisme, la maledicencia, esquivando abordar la cuestión esencial, la de doctrina.

No hay tales razones, ni tal guerra: lo que hay es el temor de que la luz esplendorosa de la buena causa llegue á iluminar los tenebrosos ámbitos de sus manchadas conciencias. Creen sin duda nuestros enemigos que tratamos de escalar puestos en la sociedad, como ellos lo hicieron, á costa del sacrificio de la conciencia: creen tal vez que intentamos enriquecernos con el sudor del pobre y engañarlo á trueque del jugo que se le chupa, como ellos hacen. No tenemos tan aviesas intenciones; amamos la santa pobreza y nos hallamos satisfechísimos con permanecer siendo guerrilleros simples; no adulamos, porque amamos la verdad y sabemos ser dignos en la humildad; no abdicamos, porque nos lo veda la razón y la conciencia; no desaparecemos del estadio, porque es necesario permanecer todavía arma al brazo hasta raer de la faz de España el árbol maldito y reducir á polvo los lobos que se cubren con piel de oveja.

Calumnien, desesperen, bramen nuestros enemigos, que nosotros no cejaremos ni un instante en la contienda. Muevan todos los resortes mundanos para amordazarnos, hablaremos siempre: pongan grillos en nuestros piés, cadenas en las manos, volvamos á la cárcel mamertina, no por eso desapareceremos

dé la arena, no arriaremos la bandera, no anidará el miedo en nuestros pechos: ¡Dios no muere! El mejor hinno de victoria, el mejor canto de triunfo lo forman esos alaridos de rabia lanzados por nuestros sanguinarios enemigos, esos gritos rencorosos del vencido, que muerde el polvo afrentoso, ese despecho de los que así nos declaran invencibles. Ellos no conciben la hidalguía, porque la vileza es su patrimonio.

Su mal deseo les engaña, la ira les ciega, no ven que con su vileza nos dán más brios y suministran nueva vida sus profecías de muerte. Déjense de hacer pronósticos de nuestra próxima muerte, no moriremos; «antes ciegos que tal veas». Primero abrid los ojos y ved la muchedumbre honrada que nos sigue á todas partes; después decid si con ese apoyo se puede morir. Sed nobles: no seais tan viles.

Octubre 1895.



ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
<i>Dedicatoria.</i>	III
Nuestra bandera.	I
Ante su cadáver.	9
¡No ha muerto!.. . . .	12
Recuerdo.. . . .	16
El Templo de Melón.. . . .	19
Entrada triunfal.	29
Bien venido.. . . .	34
La crisis.	40
Marcialidad.. . . .	46
Decadencia.	53
Los Judas.	59
Los Herodes.	66
Las antillas.	74
Inmoralidad.. . . .	80
Longinos.. . . .	87
Descrédito.	95
Canalejas.	102
La Nación.	108
Presupuestos.	113
Lugo.	117
A Moteira.	123
Caridad.	127
Consuelo.. . . .	132
Calamidades.	137
¡Nefanda!.. . . .	142
Cuba.	148

	Pág.
Puerto Rico.	153
El porvenir.	158
Dolores.	163
Una plaga.	169
Otra burla.	175
¡Es tiempo!.	181
Luz y Paz.	188
Franqueza.	194
Masones.	201
Los puritanos.	205
¡Jamás!	210
Entusiasmo.	215
¡Alabado sea!	220
Recuerdo.	226
San Antonio.	229
Despilfarro.	236
Confesión.	240
Atonía.	246
Egoismo.	252
¡Viva el Papa!.	258
Necesidad.	263
Feudalismo.	270
¿Castigos?.	275
El dinero.	280
Los frutos.	286
Vileza.	292

*Se terminó la impresión de esta Obra
el 22 de Junio de 1896 en la
Imprenta de José Manuel
de la Cuesta
Valladolid.*



PRECIOS DE ESTA OBRA

En rústica. . . .	1'50	pesetas	ejemplar.
En cartóné. . . .	1'75	id.	id.
En tela.	2'00	id.	id.

G 35284